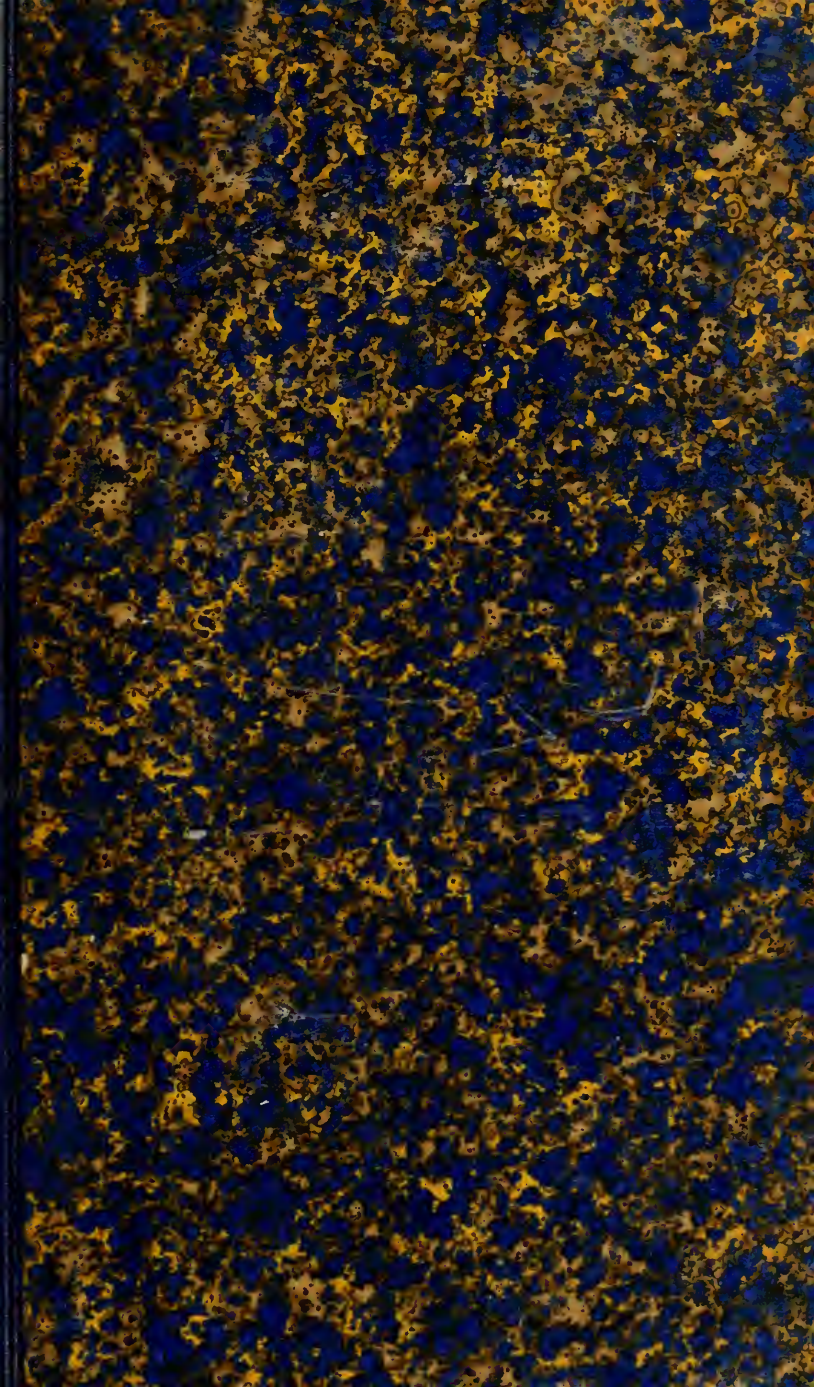






EL
REFRANERO GENERAL ESPAÑOL,

PARTE RECOPILADO, Y PARTE COMPUESTO

POR

JOSÉ MARÍA SBARBI.



MADRID.
IMPRENTA DE A. GOMEZ FUENTENEBRO,
Bordadores, 10.

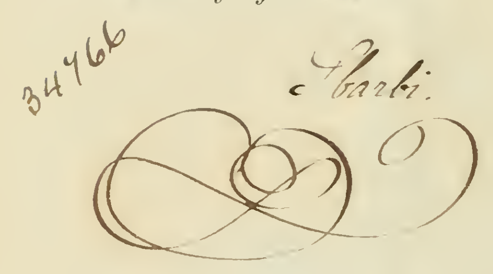
—

M.DCCC.LXXV

Tirada de 400 *ejemplares, firmados todos por el Recopilador, de los cuales se han impreso*

300 *en papel blanco;*
50 — *verde claro; y*
50 — *azulado.*

Madrid y Agosto 31 *de* 1875.



PRÓLOGO.

La *obra que presentamos hoy al público pertenece á D. Antonio Valladares de Sotomayor (cuyas son las iniciales que figuran al frente de la portada), entendido cuanto diligente investigador de antiguallas literarias á fines del pasado siglo y principios del actual, de los cuales calificativos daría testimonio en caso de duda, á vueltas de varias otras producciones publicadas merced á su laboriosidad, el* Semanario erudito, *curiosa poliantea generalmente conocida, y compuesta de 34 volúmenes en 4.° De alguna que otra obra fué asimismo autor, habiendo llegado á hacerse en nuestros dias bastante rara la que tenemos el gusto de ofrecer hoy á la consideracion de nuestros lectores.*

Échase de ver por el final del prólogo que hizo preceder á la presente Coleccion de Seguidillas ó Cantares, *que su ánimo fué dar á la estampa varios tomos comprensivos de este linaje de literatura popular, propia y*

Y ya que nuestra flaqueza nos induce á pagar un tributo á dicha tentacion (¡pluguiera á Dios que tódas fueran tan pecaminosas como ésta!) nunca podríamos comenzar á tratar en más debida forma semejante asunto, por lo que respecta á su historia, que copiando el siguiente testimonio de Mateo Aleman, quien dice así en su Guzman de Alfarache *(1): «Las seguidillas arrinco- »naron la zarabanda, y ótras vendrán que las destru- »yan y caigan.» Ahora bien, la zarabanda se conoció en España por los años de* 1580 (2); *es así que Mateo Aleman daba á la estampa las aventuras de su* Pícaro *en* 1599, *luego las* seguidillas *nacieron á fines del siglo décimosexto.*

Tambien parece hablar como de práctica no muy antigua el autor del Quijote, *cuando se expresa por estas palabras: «¿Pues qué, cuando se humillan (los poe-*

---

editor de antiguallas literarias en la persona de Valladares, sentimos no poder hacer otro tanto ahora con el autor, pues lo pobre de su invencion en la mayor parte de sus producciones, junto con la falta de lima en el estilo de todas ellas, nos lo impiden absolutamente. La presente obra, empero, es quizás de lo mejor trazado y ménos incorrecto que salió de su pluma.

(1) *Parte I, lib. 3, cap. 7.*

(2) *He dicho á posta que* se conoció, *por ser cuestionable si se inventó la zarabanda en nuestro suelo, ó si dicho baile fué importado de las Indias. Como quiera, el hecho es que se atribuye su invencion á una histrionisa llamada Zarabanda, cuyo nombre tomó, y de quien asegura Jerónimo Gómez de Huerta, en el prólogo de su* Florando de Castilla, *que estaba en boga á la sazon en España una jácara ó romance cantado cuyo título era:* Vida de la Zarabanda, ramera pública del Guayacan. *El* Florando *se publicó por vez primera en Alcalá de Henares el año de* 1588, *contando su autor tan sólo quince de edad cuando lo compuso.*

»tas) á componer un género de verso que en Candaya »se usaba entónces, á quien ellos llamaban seguidillas? »Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, »el desasosiego de los cuerpos, y finalmente, el azogue de »todos los sentidos (1).» Es muy probable que por el reino de Candaya pretendiera el Héroe alcalaino dar á entender el territorio manchego, blanco, por no decir negro, de su ojeriza, y cuna de las seguidillas, sobre cuyos autores procede en seguida á descargar los más furibundos golpes, diciendo «que los tales trovadores »con justo título los debian desterrar á las islas de los »Lagartos;» pero que «no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen (2).» Y como si aún no se diera por satisfecho, continúa derramando su inquina sobre los tales en el Viaje del Parnaso, cuando dice:

«Las jarcias parecian *seguidillas*,
de disparates mil y mil compuestas,
que suelen en el alma hacer cosquillas (3).»

Pero la verdad es que ni la profecía de Aleman se ha cumplido hasta de presente, ni los despiadados sarcasmos de Cervántes, retraido á la gente de semejante baile y cantar, en los cuales hallan una de sus mayores diversiones los aldeanos de todas las provincias de nuestra

---

(1) *Parte II, cap. 38.*
(2) *Ibid.*
(3) *Cap. I.*

España; no siendo ménos cierto, por otra parte, que muchas de las seguidillas, contra lo que asienta el Manco de Lepanto, *son verdaderas flores que exhalan el más exquisito perfume, ya por lo delicado y sentimental, bien por lo travieso é ingenioso de sus conceptos, y, en tal supuesto, quinta esencia de la* poesia popular.

Vengamos ahora á la estructura poético-musical de la clase de composiciones que nos ocupa.

La seguidilla *constó en su orígen de cuatro versos dispuestos en esta forma: 1.° y 3.°, libres, de siete sílabas; y 2.° y 4.°, asonantados, de cinco. Posteriormente se le añadieron estribillos de varios géneros, tales como el* eco, *la* chamberga, *etc., cuya estructura podrá ver el curioso lector en Rengifo y demas preceptistas. Hoy es lo más comun agregar á la* seguidilla *primitiva un estribillo que consta de tres versos, combinados en esta disposicion: 1.° y 3.°, de cinco sílabas, asonantados entre sí, y nó con el 2.° y 4.° anteriores; y 2.°, de siete, igualmente libre.*

Algunos A.A. de esta clase de composiciones han incurrido en un abuso censurable, que no podemos ménos de atacar en esta ocasion, el cual consiste en hacer agudos los finales de algunos de dichos versos, cuando todos éstos, por regla general que no comporta excepcion alguna, deben ser constantemente breves. ¿Qué es lo que viene á resultar, pues, de tan desacertado procedimiento? Que al ser cantadas dichas composiciones, quedan violadas sin remedio las leyes de la prosodia, como vamos á demostrarlo en seguida. Pruebe, si nó, cualquier persona que tenga mediano oido, á cantar con la música que guste, propia por supuesto de este linaje de compo-

siciones, *la seguidilla* 29 *de la presente* Coleccion, *y dígame despues*, *por vida suya*, *si no se ha visto en la indeclinable precision de tener que pronunciar las palabras que al efecto escribimos aquí en letra cursiva*, *con la impropiedad del acento tónico que les marcamos:*

Amo por un impulso
de mi *inclinácion*,
pero correspondencia
no pide este *ámor*.
Amo por *ámar*,
sin que nada pretenda
esta *volúntad*.

La causa de semejante impropiedad se origina de que no constan dichos versos, *pues sabido es que en Poesía valen por dos sílabas las finales agudas. Desgraciadamente para el caso presente*, *gran parte de las* Seguidillas *que componen el curioso librito que hoy reproducimos*, *y forma por sí solo el tomo IV de nuestro* Refranero, *adolecen de tamaña falta.*

No se me esconde que éstos y otros inconvenientes parecidos en que suelen caer muchos poetas, *provienen*, *por punto general*, *de su carencia de instruccion en la Música. Hermanas gemelas ésta y la Poesía*, *y profesadas ambas de mancomun por los primitivos trovadores*, *decían*, *y podían decir éstos*, *al comenzar de sus versos*, *con tanta razon como sinrazon asiste á muchos de sus sucesores*, canto: *porque*, *en efecto*, *el lenguaje de los dioses nacía de su mente al par que brotaba de sus labios*, *conmoviendo el corazon de sus oyentes por medio*

de lo sublime del pensamiento junto con lo agradable de la melodía de su voz acompañada de la armonía de su arpa. El usar, pues, del verbo cantar *la mayoría de los poetas contemporáneos, y áun de los últimos siglos, es una de tantas usurpaciones como por doquiera se cometen, si bien no pertenecen éstas, por fortuna, al número de las muchas trascendentales que, verificadas en nuestra centuria, se encargará de registrar un dia en sus anales la historia justa é imparcial.*

Y supuesto que hemos tocado ya una cuerda tan interesante para el estudio poético-musical, vamos á decir ahora cuatro palabras igualmente acerca de los diptongos, que podríamos llamar breves, *usados por la generalidad de nuestros poetas, así antiguos cuanto modernos, al final de algunos de sus versos. Para prevenir desde luégo á los lectores en favor mio por lo que toca á este particular, permítaseme que invierta los términos, anticipando los ejemplos á los preceptos.*

Don Francisco de Rójas termina su linda comedia Entre bobos anda el juego, *de esta manera:*

Lúcas.	Don Luis, si os quereis casar,
	mi hermana está aquí de nones,
	y haréis los dos lindo par.
Luis.	En Toledo nos verémos.
Lúcas.	Iréme de él si allá *vais*.
Cabellera.	Y Don Francisco de Rójas,
	á tan gran comunidad
	pide el perdon con que siempre
	le favoreceis y *honrais*.

Y para no hacerme interminable en aducir pruebas acer-

ca de un sujeto que es generalmente notorio, sabido es que D. Tomás de Iriarte concluye una de sus fábulas por estas palabras:

¡Oh! dijo el borrico:
¡qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
la música asnal?
Sin reglas del arte
borriquitos *hay*,
que una vez aciertan
por casualidad.

Ahora bien: cierto que en Gramática es el diptongo la union de dos vocales que se pronuncian en un solo tiempo, y forman una sola sílaba; *pero en Música no siempre sucede así, al ménos para un oido sumamente delicado y exquisito*; *y en Poesía, mucho me temo que para ese mismo oido produzca constantemente un efecto ménos agradable el eco que en el diptongo ó triptongo breve resulta de las vocales débiles (por más que predomine el sonido de la fuerte sobre que recae el acento prosódico, y envuelva en sí y haga como suyo el de las demas vocales que en dicha ocasion se asocia, y aunque todas ellas sean proferidas con una sola emision de voz), dado que no suena lo mismo* casar, par, comunidad, tocar, asnal *y* casualidad, *que* casáir, páir, comunidáid, tocáir, asnáil *y* casualidáid, *á cuya asimilacion arrastra forzosamente el oido mediante el eco que percibe en los respectivos finales susodichos de las palabras* vais, honrais *y* hay.

Tocante al supuesto de la Música que acabo de sentar, valga, por otros muchos, el ejemplo siguiente:

Que á tus plantas rodó la cabeza
de Satan, como rueda el alud,
y en tu sér natural la pureza
de ley fué, como en Dios la virtud.
Invocándola España en sus glorias,
dió feliz á dos mundos la *ley;*
y voló de victoria en victoria,
y de cada español hizo un *rey* (1).

Pues bien; póngase igualmente cualquiera que posea un oido fino á cantar esta estrofa, y decláreme con toda lisura asimismo si no encuentra falta de decision y de rotundidad en la conclusion de los versos sexto y octavo, y áun más especialmente en éste último, donde por razon de tener que terminar la composicion musical en la parte fuerte del compas, queda, por decirlo así, en el aire la conclusion del período. Será tal vez una extravagancia propia mia lo que voy á recapitular con este motivo; pero me parece que lo ingenuo de mi confesion merecerá disculpa á los ojos de las personas más entendidas, dado caso de parecerles tal: Nunca estimé como de buen gusto el empleo de los diptongos breves usados

(1) *Cuarta estrofa del bello* Himno *que compusieron unos franciscanos de Baena el año de* 1855, *en honor de la inmaculada Concepcion de la Virgen Madre, cuyo estribillo empieza:*

¡Salve, salve! cantaban, MARÍA!

al final de nuestros versos para formar asonancia con sus respectivas vocales; mas cuando éstos se han hecho con el objeto de ser cantados, siempre reputé el uso de aquéllos, especialmente al fin de un período musical, por una falta del mayor momento contra el estrecho lazo que debe unir á la Música con la Poesía.

Pero.... hagamos aquí punto; pues de seguir *ocupándonos en las* seguidillas, se seguiría *tener que escribir* á seguida *muchos pliegos más, y vendría á parar en discurso lo que empezó prólogo, con riesgo inmediato de resultar mayor el zaguan que la casa, y de vernos, por ende, expuestos á que se nos censurára en los propios términos que á aquel enano que ostentaba sombrero disforme en su cabeza.*

Cuéntase, en efecto, de un playero andaluz (¡para que no fuera zumbon!) que habiendo topado en la calle por acaso con un liliputiense ó gigante negativo, portador sobre su cabeza de un bombo descomunal, trocando los frenos y haciendo instintivamente uso de la figura prosopopeya (que no hay mejor retórica que la natural), se dirigió á aquel objeto en són de pregunta, diciéndole: «Zombrero, ¿aóndé va osté con ese jombre?....» *Conque.... lo dicho, dicho: para* prólogo *basta, y áun sobra.*

José María Sbárbi.

COLECCION

DE

SEGUIDILLAS

Ó CANTARES,

DE LOS MÁS INSTRUCTIVOS Y SELECTOS.

ENRIQUECIDA CON NOTAS Y REFRANES EN CADA UNO, PARA HACER MÁS FÁCIL SU INTELIGENCIA, Y LA LECCION MÁS FÉRTIL Y AGRADABLE.

SE ILUSTRAN

con Anécdotas, Apólogos, Cuentos y Sentencias morales, politicas y jocosas. Todo recogido, dispuesto y exornado, para acreditar que ninguna nacion tiene un ramo de literatura tan exquisito y lacónico, tan abundante de conceptos sublimes, de elegantes máximas, y de morales sentencias en la Poesía, como el que componen nuestras seguidillas.

POR

D. A. V. D. S.

TOMO I.

MADRID.
IMPRENTA DE FRANGANILLO.
1799.

CARTA DEL M. R. P. MAESTRO FRAY TOMÁS DE MUÑOZ,

LECTOR JUBILADO, DEL ORDEN DE MÍNIMOS DE S. FRANCISCO DE PAULA, PADRE DE PROVINCIA POR SU RELIGION, PROVINCIAL QUE HA SIDO EN ESTA SUYA DE LAS DOS CASTILLAS É INDIAS, CALIFICADOR DEL SANTO OFICIO DE CÓRTE, Y DE LA SUPREMA Y GENERAL INQUISICION DE ESPAÑA, Y EXAMINADOR SINODAL EN ESTE ARZOBISPADO DE TOLEDO; RESIDENTE EN EL CONVENTO DE NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA DE MADRID, AL AUTOR DE ESTA OBRA, EXPONIENDO EL JUICIO QUE FORMÓ DE ELLA.

Sr. D. A. V. D. S.

MUY SR. MIO: *He leido con particular gusto y atencion el primer Tomo de la Coleccion de Seguidillas ó Cantares que usted ha compuesto é ilustrado con varias notas y refranes propios de nuestro idioma, con muchas anécdotas, apólogos, cuentos, y sentencias morales, políticas, serias y jocosas, para hacer más fácil su inteligencia, útil, fértil y agradable su leccion. Vd. quiere que yo exponga mi dictamen sobre todo, creyendo de buena fe que tengo voto en la materia. Debo vivir agradecido al distinguido favor que se sirve dispensarme; pero la verdad es que jamás he gastado mucha conversacion con las Musas, y así entiendo poco, ó por mejor decir nada, de cuanto ellas nos presentan. Sin embargo, para cumplir con la obligacion en que Vd. me constituye, diré que en efecto nuestras seguidillas (aunque ignoremos su orígen, ó su inventor, y el por qué se las ha bautizado con este nombre) son ciertamente unas sentencias breves y lacónicas, que en pocas y bien ordenadas palabras explican y pueden explicar en todas materias, y acerca de cualesquiera objetos, los pensamientos y conceptos más finos, delicados y sutiles. Por esto merecieron justamente que nuestro Diccionario de la Lengua Española de nuestra Real Academia nos diese una idea de su composicion métrica. Despues de esto son muy oportunas para cantadas (acompañadas de cualquiera género de instrumentos) en las honestas diversiones y recreaciones; y áun pueden servir de*

advertencia y correccion de los defectos que se suelen notar en las costumbres, como tambien para el elogio y alabanza de las virtudes. ¿Qué más? En ellas puede tener, y tal vez tiene parte todo el coro de las nueve Musas, atendida la materia y objeto que en ellas se propone; siendo por sí solas capaces de formar un nuevo Parnaso Español; y visto lo visto, me temo que aquellas señoras comparezcan algun dia de comun acuerdo en el Tribunal de Apolo, gritando contra D. A. V. D. S. y protestando que aunque están prontas á coronarle con los laureles que de justicia se tiene merecidos, sin embargo de esto la piden para que Vd. las restituya y adjudique á cada una el ha de haber *que, como parte de su herencia legítima, de derecho las corresponde en esta su premeditada Coleccion de Seguidillas.* Clio, *clamará por las que pertenecen á las debidas memorias de los varones ilustres;* Polimnia, *las morales que se dirigen á la formacion de las costumbres, y sagrados cultos;* Melpómene, *vestida de luto, las que recuerdan las lágrimas y tristes memorias de los más finos amantes;* Erato, *las que celebran los incendios, y castos efectos del amor y de la hermosura;* Terpsícore, *dirá que ella debe presidir en todas aquellas diversiones en que se cantan y bailan estas preciosas letrillas, y que no puede ménos de danzar en todas, principalmente en las satíricas y burlescas, por ser más festivas y alegres;* Talía, *las que entre las gracias y donaire censuran rigorosamente las costumbres, estando desde tiempo inmemorial en posesion de este oficio;* Euterpe, *reclamará las que sean propias de su gaita y tamboril, como en efecto lo son todas las de boton gordo, y tal vez dirá que con todas se baila;* Calíope, *acaso demandará por todas, porque todas se cantan; y á la celestial* Urania *no la faltará que pedir, habiendo muchas que están llenas de soles, lunas y estrellas. Y yo quisiera saber si en este conflicto y juicio dejaría Vd. disgustadas y áun desairadas á unas señoras tan ilustres como éstas, en cuyos amenos y deliciosos pensiles ha cogido las más fragantes y olorosas flores, y en cuyas aras han ofrecido sus votos los mejores y más juiciosos ingenios*

de todas las naciones, y entre éstas los de nuestra España, por más que la hayan querido desacreditar en esta parte (como en todo lo demás) algunos envidiosos, que siempre hablan mal porque no saben hablar bien, y que son capaces de pelarse las barbas por decir mal de todo, señaladamente de nuestros poetas. La presente Coleccion es una buena prueba de la invencion y juicio de Vd., y de lo singular de su ingenio. Es verdad que esta especie de composicion métrica ha sido poco usada entre aquéllos; pero nó tan poco, que no la veamos en algúnos, como son el P. M. Cornejo, D. Francisco de Quevedo, el Maestro Leon, y ótros; y sobre todo, debe bastar que ya salga á luz, para hacer su papel en el Teatro del mundo literario, como hasta ahora le han hecho los Sonetos, Décimas, Octavas, Quintillas, Redondillas, Cuartetos y Tercetos. Por esto, y porque en todo el discurso de la Coleccion no hallo cosa alguna que se oponga á las verdades de nuestra santa Religion, ni á la pureza de las buenas costumbres, me parece que Vd. puede y áun debe solicitar las licencias para darla á la estampa. En lo demás, soy todo de Vd., que podrá servirse de mi inutilidad en cuanto sea de su agrado.

La Victoria de Madrid en 14 de Mayo de 1799.

B. L. M. de Vd. su afectisimo servidor y Capellan

Fr. Tomás Muñoz.

PRÓLOGO.

Que componen nuestras seguidillas una de las más preciosas piezas de literatura, lo tienen conocido y publicado los sabios nacionales, y los extranjeros que han conseguido poseer á fondo nuestro idioma. En cuatro versos, dos de siete sílabas, y dos de cinco, se han vertido los conceptos más delicados y enérgicos, y las comparaciones y exageraciones hiperbólicas más ingeniosas y elocuentes; siendo lo más admirable, que un gran número de ellas está compuesto, y cada dia se propaga, por mujeres y jóvenes que no supieron ni saben leer, y explican perfectamente sus sentimientos, los vicios que reprenden, ó las virtudes que celebran; lo que acredita, que el ingenio español, áun sin cultivo, es el más propio para tratar con las Musas.

Siendo esto constante, y que nuestra Nacion inventó las seguidillas (no sabemos cuándo, ni quién), que es la que únicamente está en posesion de su composicion y uso, y que son infinitas las que posee, se extraña mucho que no se haya dedicado algun literato á dar al público una coleccion de las más conceptuosas y elegantes, con las críticas reflexiones y advertencias que hubiese tenido por convenientes, para enriquecerla é ilustrarla. Todos los dias se imprimen varias obras poéticas, que consisten en Sonetos, Romances, Décimas y otras composiciones; pero hasta ahora no han logrado esta fortuna las seguidillas, á excepcion de la vida de San Benito de Palermo, que está en ellas; y no sabemos cuál haya sido la causa, teniendo la gran recomendacion de que nacieron en España, que en ella sólo se usan, y que ninguna nacion ha sabido imitarlas, por más que todas compitan en aplaudirlas.

Estas razones me hicieron creer que sería bien recibida del público una coleccion de las más selectas, sin más trabajo que el que emplease en recogerlas; y en su consecuencia adquirí muchas, y elegí las que me parecieron más excelentes. Pero considerando despues que para presentar al público su belleza, necesitaba de cierto adorno que yo no era capaz de producir, abandoné mi pensamiento; bien que meditando y reflexionando siempre el modo con que se podría exornar esta obra, para que fuese útil y deleitable. Con este objeto me atreví á formar un plan, el que concluido, y, por sujetos bien conocidos en el orbe de las letras, aprobado, le seguí y tuve por conveniente que fuese este tomo todo original, seguidillas y notas; porque no recibiéndole bien el público, sólo yo sufriría la pena, en justo castigo del atrevimiento; y conformándome con este pensamiento, le puse en ejecucion.

No faltará (como á todas las cosas) quien aplauda, y quien vitupere esta obra. La consideracion que tendré de lo úno y de lo ótro, será igual á la que merezca la literatura del que alabe, ó del que censure. Si el que haga lo primero no tuviese dadas pruebas de su instruccion y discernimiento, y estas circunstancias se hallasen en el segundo, éste será el que me obligue á tributarle gracias por disipar con sus luces mis tinieblas.

Las seguidillas guardan el órden alfabético en todos los tomos. Cada una, como está dicho, tiene su nota, y sembrados en ella refranes oportunos (este tomo tiene más de quinientos, como se ve por el Indice que va al fin de él), muchos rasgos históricos, apólogos, cuentos, dichos célebres y sentencias morales, políticas, jocosas y satíricas; de modo, que cada tomo comprenderá tantos argumentos, cuanto sea el número de las seguidillas, que llegará á cerca de doscientas (1).

---

(1) Véase lo que acerca de los extremos que abraza este párrafo decimos en nuestro *Prólogo*. *(N. del Recopilador.)*

Sea en hora buena grande este pensamiento, como lo es, por más que no esté desempeñado con la energía y acierto de que es digno. Básteme, para formar una ligera satisfaccion, haberle propuesto. Sirva sólo mi trabajo de plan, para que uno de los muchos literatos que tenemos le vista y adorne con todo el decoro y elegancia de que es susceptible. Logre él solo toda la gloria, quedándome á mí el pasajero recuerdo de ser su inventor.

SEGUIDILLA PRIMERA.

A.

(1.) Antes de que ejecutes
debes bien pensar;
mira que los errores
se corrigen mal.
Si son de un sabio,
se vuelve vituperio
lo que fué aplauso.

(1.) Las empresas grandes deben meditarse despacio, y ejecutarse de prisa. Así lo aconseja Séneca; y que no tiene enmienda el error del sabio, lo dice Catulo, y estos refranes lo confirman: *Quien bien ata, bien desata. El que bien devana, bien teje. Quien se detiene á pensar, no quiere errar. Quien más corrige y borra, quita más borra.*

Felipe II solía decir á sus camareros: «Vestidme despacio, que estoy de prisa,» suponiendo que las cosas que se hacen con precipitacion y atolondramiento nunca salen bien, y es preciso deshacerlas para perfeccionarlas; en lo que se tarda más que cuando son ejecutadas con reflexion y prudencia.

Lo que el estribillo asegura, lo justifican estos Re-

franes: *Cuando el sabio yerra, más que al necio le hacen guerra. El error del entendido de tódos es reprendido, y rara vez corregido;* porque *Miéntras más sabio es su autor, ménos enmienda tiene su error. Cuanto se celebró á un sabio, si una vez yerra, se convierte en su agravio. Hazme ciento, y fáltame en úna, y se acabó tu buena fortuna.*

No proceden así los verdaderos sabios, que imitando á Sócrates, saben que nada saben. Estos notan el error con prudencia, y celebran los aciertos con eficacia. Se conocen poco los que quieren exigir de los demás aquello que no pueden alcanzar de sí mismos, que es no errar, porque esto sólo en el cielo se ve. Las virtudes se sostienen con la constancia; pero ésta desaparece cuando observa contra sí mucha oposicion. La rigidez, y un tono imperioso y mordaz en la crítica, personalizando más que corrigiendo, son más propios para irritar, que para convencer: por lo mismo lo reprueban las leyes, y lo abominan los juiciosos y sensatos. Sólo lo practican los revoltosos, maldicientes y atrevidos, que sin conocer sus defectos, se ensangrientan más contra la persona, que contra los que notaron en su semejante. A éstos los castiga un célebre satírico, diciendo: «¿Cómo ha de »tolerarse que los turbulentos Gracos, gente amo»tinada y alborotadora, se quejen agriamente de los »sediciosos? ¿Cómo ha de sufrirse que Vérres, escán»dalo asombroso de Sicilia por sus robos, blasfeme de »los ladrones? ¿Cómo ha de aguantarse que Clodio »maldiga á los obscenos, tributando él adoracion á »la lujuria? ¿Quién disimulará, que el traidor Catili»na repruebe las acciones de Cótego, siendo su más »grande imitador? ¿Que Augusto, Marco Antonio y »Lépido, que fomentaron la inhumanidad más asom-

»brosa, ponderen la tiranía de Syla, habiéndole ex»cedido en las sangrientas operaciones? ¿Que Alejan»dro, que sólo empleó sus dias en usurpar reinos, »destruyendo á sus legítimos dueños, sentencie á »muerte á un pirata, que con solo un barquillo hacía »una ú otra pequeña presa? Y en fin ¿que Aristarco »satirice de ignorante á Artioro, siendo él la igno»rancia misma?» *Lo que notas malo en esa obra, tienen las tuyas de sobra. Censuras las obras ajenas, y de errores las tuyas están llenas. Nota el error, pero no ofendas á su autor:* porque *Lo que erró Cloro ayer, mañana lo puedes tú hacer.*

(**2**.)

A la sombra iban múchos
de árbol frondoso,
cayó en tierra, secóse,
le pisan tódos.
Así es el hombre:
rico, consigue aplausos;
desprecios, pobre.

(2.) ¡Cuántos suspirarán tiernamente al oir esta seguidilla, reconociendo que son el árbol que pinta! Pero no se avergonzarán los ingratos que, habiendo sabido disfrutarle, buscan medios para más abatirle. *Del árbol caido todos cortan ramas. A toro muerto, gran lanzada. De beneficios, salen ingratos; y de caidos, avisados.*

(**3**.)

A los primeros cultos
que dí á Cupido,

hallé los escarmientos
en los peligros.
No los veré más:
¿Si así trata al principio,
despues qué no hará?

(3.) Las obras que se principian sin reflexion, no pueden concluirse con felicidad. Miéntras más grandes, más acierto piden sus fines. Los principios, llaman las curiosidades; los fines, las atenciones. Esto enseña la seguidilla, y lo previene este refran. *En tu mano está la entrada, y en la de Dios la salida.* Y acreditan más á aquélla los siguientes: *Al primer tapon, zurrapas. Arremangóse mi nuera, y volcó en el fuego la caldera. Una vez que me arremangué, toda me ensucié.*

(4.)

Al que puede ofenderte,
Fabio, no agravies:
si sabes de él defectos,
los tuyos sabe.
Y debes pensar
que si él te oye los suyos,
los tuyos oirás.

(4.) Con elegancia aconseja que no ofendamos al prójimo echándole en cara sus debilidades, porque como las tenemos tódos, se vengará recordándonos las nuéstras; porque, *Quien tiene hijo varon, no llame á ótro ladron. La gloria vana, florece y no grana. Bartolo me llama borracho, y hecho un zaque le llevan entre cuatro.*

(5.)

A una hermosura tonta
dijo un ingenio:
«Lástima es que no tenga
»alma este cuerpo.»
Y yo antepongo
un dedo de talento,
á mil de hermoso.

(5.) Un talento sublime es superior á una hermosura tonta. Harto necio será quien se embelese más con ella que con él, á no ser por pocos momentos. Un literato, viendo y escuchando á una mujer hermosa, pero necia, dijo: «Que encendería el corazon más »de nieve al verla, y que reduciría á nieve el cora»zon más encendido al oirla.» Y dijo bien: porque *Hermosa que encanta, si es tonta que espanta, buen músico y mala garganta. Olla sin sal, haz cuenta que no tienes manjar. Simpleza y hermosura, es honrada sepultura.*

(6.)

Aparentes finezas
y hacerme agravios,
das, ingrata, por premio
de mis cuidados.
Mas no te asombres
si ves mis amenazas
ejecuciones.

(6.) Quejas justas y amenazas legítimas, deben ser escuchadas y temidas. Las únas y las ótras mani-

fiesta la seguidilla que son dictadas por la razon, y proferidas por una cansada prudencia. Quien da motivo á ellas merece experimentar lo que dicen estos refranes: *Quien se burla del prudente, algun dia lo siente. El que no crea en buena madre, que crea en mala madrastra. A cada puerco le llega su S. Martin.*

(7.)

Al caracol parece
la tal Doña Ines,
que su casa y sus muebles
siempre van con él.
Esto es muy bueno,
no hay que hacer en las casas,
ni con caseros.

(7.) Justamente satiriza esta seguidilla á aquellas mujeres que habitan siempre en la calle. A aquéllas que, haciendo distinto uso que las abejas de lo que chupan de las flores, no dejan, desde la de la malva hasta la de la cicuta, ninguna donde no empleen su malicia. A estas víboras racionales reprenden la razon, y estos refranes: *Mujer que no pára en casa, cadena en pié, y la mano en la masa. Mujer compuesta, y siempre en la calle puesta, á todo lo malo está dispuesta. Mujer mia, buena va la fiesta; siempre en la calle, y siempre compuesta.*

(8.)

Aunque es pobre Fileno
múchas corteja;

con cuentos las divierte.
que nó con cuentas.
Porque su caudal,
para cuentas no tiene
por donde empezar.

(8.) El que está pobre y quiere tener parte en la sociedad, ya que carece de medios, que son las únicas llaves que abren las puertas de las más respetables al ménos digno de ocupar lugar en ellas, debe tener abundancia de razones útiles y divertidas, para que suplan aquella falta. Un ingenio pronto, vivo, y que á tódos satisface con oportunidad y gracejo, en todas partes no sólo es admitido, sino deseado: porque: *Haz que sepas, porque en todas partes quepas; que aquél que sabe, en todas partes cabe.*

(9.)

Antes que conociese
Rita á Belardo,
era una inocentilla,
y ahora es un diablo.
Y está el defecto
en que, del malo, nada
se aprende bueno.

(9.) Nos persuade esta seguidilla con máscara alegre, que huyamos de las malas compañías, porque insensiblemente pervierten al bueno. Aun cuando nuestra fortaleza resista su influencia, no nos libraremos del mal concepto que formarán de nosotros; porque: *Díme con quién andas, y te diré quién eres.*

Quien con lobos anda, á aullar se enseña. En la casa del jabonero, el que no cae, resbala.

(10.)

A tódos nos encantan
falibles dichas,
y lo que es más seguro
se nos olvida.
No hay quien no piense
en glorias pasajeras,
mas nó en la muerte.

(10.) Si tuviéramos presente la advertencia tan importante que nos ofrece esta seguidilla y su estribillo, despreciaríamos las dichas momentáneas, y solicitaríamos con más eficacia las eternas. *No hay cosa que más despierte, que dormir sobre la muerte.* Este comun proloquio nos enseña á conseguirlo, y el siguiente, nos dice sus consecuencias. *Quien siempre piense en la muerte, en Dios pensará siempre; y el que siempre piense en Dios*, *no será muy pecador.*

(11.)

Aunque de ardides fieros
se libró Fabio,
su vicio le presenta
ótros más arduos.
Salió de Circe,
y le apresó en sus redes
segunda Frine.

(11.) Al que siga el camino del vicio jamás faltarán riesgos. Apénas salga de úno, dará en ótro ma-

yor. Desprendido este Fabio de su encantadora Circe, dió con la astuta Frine: es decir, se libró de Caríbdis, y cayó en Scila.

La verdadera Frine fué natural de Beocia. Juntó tanta hacienda por medios torpes, que fué acusada al magistrado, y se presentó á él casi desnuda. Absortos los senadores viendo tanta belleza, quedaron sin accion para el castigo, y con sobrada piedad para el perdon. Sobre este pasaje dijo Quintiliano, que «más »que el patrocinio de los jueces, había valido á Fri»ne la hermosura.» Un poeta expresó este caso así:

....La beociana,
y siempre obscena Frine, con los pechos
desnudos, á los jueces se presenta.
Máxima fué tirana,
porque de la lujuria todos hechos
viles esclavos, no la piden cuenta
de su vida insolente.
Y perdonada fué tanta malicia
por la lujuria, nó por la justicia.

Nuestros refranes dicen: *Más tiran tetas, que carretas. En habiendo por medio belleza, es raro el que no tropieza.*

(**12.**)

Aborreces lo amable,
y amas, Fileno,
lo que aborrecer debes.
¡Qué dos extremos!
Mas que es, repara,
virtud, la que aborreces:
culpa, la que amas.

(12.) En amar lo ajeno, y aborrecer lo propio, se

quebrantan dos preceptos del Decálogo. La buena esposa la da Dios; y la mala mujer, la culpa. En aquélla se recibe un sacramento; y con ésta se hacen muchas ofensas. Harto infeliz es aquél á quien arrastra más el pecado, que la virtud. *Hueles las espinas, y desprecias las rosas. Quien sigue la serpiente y deja la tortolilla, lleva su vida vendida. Ama lo tuyo, y respeta lo ajeno; que aquello es miel, y esto veneno.*

(**13**.)

A una luz muy brillante
á amor comparan,
que en faltándola aceite,
luégo se apaga.
Se acabó el amor,
y en su lugar el oro
flecha es del harpon.

(13.) Las flechas de oro hieren los corazones de diamante. Cupido conoció que sus tiros perdían muchos triunfos. Puso en su arco onzas en vez de flechas, y desde entónces todas las victorias son suyas. *Se acabó el amor verdadero, que era de color de cielo, y reina el de la plata, que todo lo avasalla. A balazos de plata y bombas de oro, rindió la plaza el moro. ¿Cuánto me quieres, Magdalena?* Preguntó un enamorado indiscreto á la que amaba; y ella respondió: *conforme el dinero que tengas.* Se acabaron las Porcias y las Lucrecias, y ocuparon su lugar las Frines y las Lais. Una jovencita, que acababa de recibir bastantes alhajas de un amante á presencia de su madre, dijo á ésta: «He tomado, madre, lo que no »pensaba;» y la respondió: «Piensa en lo que has de

»pedir mañana, que eso, hija, ya está en casa.» Este es mejor arte de amar, que el de Ovidio.

(14.)

¡Ay de aquél que compite,
si es su amor noble,
con rival poderoso,
estando él pobre!
Porque es bien claro,
que hallará en el desprecio
su desengaño.

(14.) La nota anterior habla con esta seguidilla lo mismo que con la que la motivó. Sólo añadirémos, que: *El pobre que en amor compite con los ricos, siempre dará de hocicos. Pobre y hombre de oro lleno, éste es triaca, y aquél es veneno.*

(15.)

A horrorosa borrasca
la llamé dicha,
y no quise salvarme
con mi barquilla.
Ya noto el riesgo,
y huyo de él, pues me espera
piadoso el puerto.

(15.) Toda es moralidad esta copla; su sentido parabólico debe abrir los nuéstros para entenderla, y en nuestros peligros observarla. El mundo disfraza sus riesgos con máscara de felicidades. Nos entregamos á ellas arrastrados de nuestras pasiones, experi-

mentamos las borrascas, y no queremos salvar de ellas la pobre barquilla, que es el alma, por más que fluctúe entre tan furiosas olas. Al fin, tocamos el desengaño, y como *Más vale tarde que nunca*, huimos del peligro, y nos dirigimos al Padre de las misericordias, que es nuestro verdadero puerto, y el que siempre espera al pecador arrepentido; porque *Quien á Dios llama, á Dios halla. La oveja perdida que bala, el pastor va á buscarla. Dios perdona al que su culpa llora.*

(16.)

Antes de que te entregues
á las confianzas,
deben por la experiencia
ser aprobadas.
Tienen mil riesgos,
y producen á veces
fines funestos.

(16.) Para formar una entera confianza, preceda una larga experiencia, y áun estando bien acreditada, se suele ver desmentida. La mayor ciencia del hombre es conocer al hombre. Ningúno más diestro en esto que Tiberio; pero ningúno que ménos se pudiese conocer. Cada palabra suya, vertida como acaso, le descubría un misterio. Por lo mismo tuvo pocos amigos, porque ni su crueldad era para tenerlos, ni toda su sagacidad fué capaz de encontrarlos. ¡A cuántos ha perdido una confianza fundada en larga experiencia! Asombraría por muchos los que los lloráran, si juntos se vieran.

Cansada Agripina de tolerar las crueldades de su hijo Neron, ó arrastrada de las suyas, determina su

muerte. Confía este secreto á su íntimo y oculto favorito; la oyó con atencion, y la aseguró con juramento que se cumplirían sus deseos. Descubre el bárbaro designio, y manda el monstruoso hijo que á su presencia experimentase la fiera madre el horrible fin de su más horrible vida. Así se ejecutó, cuyo ejemplar, que hasta entónces no se había visto, nos hizo entender que tambien sabía la naturaleza horrorizarse.

(17.)

Amas á Clito, Fabia,
y haces me admire,
por ser tú tan hermosa
y él tan horrible.
Díme sus gracias,
á ver si hallo disculpa
á lo que le amas.

(17.) *El amante en lo que ama, imperfecciones no halla.* Luego siendo cierto este refran, como lo es, ¿qué mas gracias ha de tener Clito para Fabia, que la de ser amado de ella? El que se admira en esta seguidilla de ver querido de una belleza un monstruo de fealdad, quede satisfecho con lo que escribe Aristóteles, y es, que la hermosa Helide empleó toda la fineza de su amor en un etíope. La griega Armintas, despues de tener su hermosura infinitos pretendientes, inflamada del amor más verdadero, porque duró en ella miéntras ella duró, hizo feliz con su mano á Aristomes, enano, jorobado, feo y necio. Satirizando un amigo á ótro lo mal que empleaba su amor, le decía: ¿qué es lo que amas en Laura? Su color es páli-

do, sus ojos azules, sin pestañas y tiernos; su nariz torcida y arremangada, y su boca corrompe. Oyó el amante con atencion estos defectos, que eran evidentes, y contestó á su amigo con sonrisa: «Las imper»fecciones que notas en Laura son para mí dulcísi»mos embelesos. Yo veo en el color de su rostro uni»das la nieve y la púrpura; hallo en sus ojos dos ra»yos dispuestos por la naturaleza para abrasar los co»razones: su nariz me parece una flecha que puso »allí Cupido, para herir con ella á cuantos la miren: »y por su preciosa boca aseguraré exhala toda la »mirra del Orontes y el olor de todas las yerbas aro»máticas, sabeas, arabias, arménicas y pancayas. »En una palabra, en Laura veo, amo y gozo todas »las perfecciones, toda la belleza y encantos de las »Cleopatras, de las Atalantas, de las Sofonisbas, de »la misma madre de Amor y de las tres Gracias.»

(18.)

A repetidos golpes
de mi fortuna,
hoy son los escarmientos
los que me ilustran.
¡Dichosos ellos!
Pues con sus advertencias
me corrigieron.

(18.) *En poco campo, mucho sembrado*, dice un refran, y comprende perfectamente á esta seguidilla, pues lo que enseña en poco terreno, necesitaba de mucho ámbito para explicarlo. Sólo dirémos, respecto de lo que propone, que: *Quien peca y se enmienda, á Dios se encomienda. De los escarmentados sa-*

len los avisados. Poco á poco hilaba la vieja el copo. Porque *La virtud no se logra en un cuarto de hora.* Y *Cuando Dios quiere, con todos los aires llueve.*

(19.)

Ayer Fílis y Fabio
se hallaron juntos,
y aunque estaban reñidos,
sus señas hubo.
Porque en efecto,
el carbon que fué ascua
se enciende presto.

(19.) Ninguna desazon se sosiega con más prontitud que la de dos enamorados. Riñen, jurando no volver á verse: y en el mismo acto desea cada úno que el ótro procure desenojarle. Lo que parece concluye para siempre con una tempestad de execraciones, vuelve á renacer entre un diluvio de ternezas; lo mismo que el gusano de seda, que muere como tal, y resucita paloma. *Riñen el lúnes los amantes, y se buscan el mártes. Palabras, plumas y riñas de enamorados, el aire se las ha llevado. En cuentas de casados, riñas de enamorados, carta de monja y amistad de baile, no fie nadie.*

(20.)

Aunque ves mi semblante
alegre siempre,
al corazon destrozan
penas crueles.

¡Las siento y lloro!
Mas quisiera ocultarlas
áun de mí propio.

(20.) Sentimientos que se retiran al fondo del corazon, sin permitir ni áun el alivio de quejarse, son verdaderos sentimientos; porque: *El que se queja, sus males aleja.* Pero ¿qué sabemos si el sujeto de la seguidilla hallaría más tormento en manifestarlos que en encubrirlos? Si fuese así, se verificaría en él que *Lo que es bueno para el hígado, es malo para el bazo.* Lo cierto es, que si las penas no pueden pasar desde el pecho al labio, se hacen doblemente sensibles; porque *El que habla, descansa, y el que cuenta sus males, ménos malos los hace.* ¡Con qué elegancia ponderó el silencio que merecía su dolor un célebre poeta, cuando dijo:

Sólo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento;
y aún no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

(21.)

Advirtió Juana á Pedro
que fuese anoche;
Pedro se durmió, y logra
la dicha Jorge.
Que en estos juegos
no quiere amor dormidos,
sino despiertos.

(21.) *Quien mucho duerme, nada espere.* Poco amante es el que se duerme cuando lo que ama le

espera. Debe castigarse este descuido, premiando la dama otro cuidado; porque aunque no lo ejecute como apasionada, tiene disculpa si lo hace como ofendida. Un poeta dijo:

> Quien á la cita falta de su amor,
> es necio, loco, tonto ó gran traidor.

Y áun se nos advierte, que: *Quien tiene tienda, que atienda. El pastor dormido, y el ganado en el trigo. Dormir no es malo; pero es mejor cumplir con el amo. En el rebaño el lobo, y el pastor durmiendo con ótro.*

(22.)

> Atreverse á imposibles
> nunca es lo mejor;
> pero sin pretenderlos,
> ¿quién los superó?
> Y nunca olvides,
> que si él quiere ser fácil,
> no hay imposible.

(22.) Por imposible que sea una cosa, siempre es útil tantearla con medios correspondientes á su imposibilidad; porque *Al osado la fortuna da la mano. A los atrevidos favorece la suerte.* Decía un discreto: «Para facilitar en algun modo un imposible, se »debe usar de arbitrios tan poderosos, que parezca »imposible no hacer fácil el imposible mismo.» Si esto pareciese temeridad, tenemos quien nos advierta, que *Los mayores imposibles, tiempo y dinero los hacen posibles.* Si Ícaro quiso elevarse al sol, y cayó precipitado porque sus alas, que eran de cera, fue-

ron derretidas con tanto fuego; el águila se remonta con las suyas á beberle sus rayos. Si no lo consigue, merece aplauso porque lo intenta; y áun quizá, que por un atrevimiento tan extremado, haya adquirido el imperio sobre todas las aves. Mejor lo explican estos versos:

Aunque del sol no logre lo que intento,
y aunque á sus rayos muera derretido,
amor me hará inmortal, por haber sido
sin ejemplar mi heróico atrevimiento.

(23.)

Al perrillo de Fabio
Flora hace fiestas;
si esto hace con el perro,
¿Con él qué hiciera?
Y de esto infiero,
que quien quiere al perrillo,
bien quiere al dueño.

(23.) No es legítima consecuencia que por querer una mujer á un perrillo, quiera más á su dueño; mayormente siendo muchas tan propensas á los perros, y todas tan hábiles para darlos. Sin embargo, *Quien bien quiere á Beltran, á su perro le echa pan. Al perro de Blas quiere tanto Olalla, que le echa en su cama; pero á Blas, le quiere más. Las fiestas que hago al perro, son por su dueño.*

(24.)

A nadie en tus escritos
personalices.

mira que los agravios
jamás corrigen.
Y dijo un sabio:
«Que ya más ó ya ménos.
»todos erramos.»

(24.) La buena crítica es una antorcha que todo lo ilumina. Ella pone en el camino al que le erró, y saca del pantano al que cayó en él. Si se aparta el que la hace de la obra, y se ensangrienta con la persona del que la dispuso, deja de ser ilustrador, y se convierte en detractor villano; porque *El que tu obra corrige, te ilustra y no te aflige; mas si á tu persona zurra, te aflige y se deslustra.*

Por lo que hace al estribillo, se fundó el sabio que habla en él diciendo la verdad; porque *Cada campana da su badajada. De tonto, de poeta y loco, cada úno tiene un poco. De los hombres es el errar, y de los burros rebuznar. El que en el ojo ajeno ve la arista, en el suyo no advierte la viga. El que no sea compuesto de tierra, es el hombre que no yerra.*

(25.)

Al esposo difunto
llora la viuda,
diciendo que consuelo
no tendrá nunca.
Y á los seis dias.
ya se había casado
la pobrecita.

(25.) El cruel dolor que desgarró el corazon de esta inocente paloma por la falta de su amado consorte, no la permitió contraer ántes sus segundas

nupcias. Otra viuda, igual á ésta en el amor que había tenido á su esposo, aunque algo más vivaracha, lloraba amargamente su muerte á presencia del cadáver. Estaba á su lado úno que había sido muy amigo del difunto, y para consolarla la dijo: «Señora doña »Eufrasia, es preciso conformarse con las disposicio- »nes del cielo. Usted sabe la estrecha amistad que »profesé con el difunto; no ignora ni mi conducta, »ni mi genio, ni mi caudal. Si discurre usted que mi »compañía puede servirla de consuelo, mi mano es »suya.» «¡Ay Sr. D. Agapito de mi alma! (exclamó doña Eufrasia). ¡qué pesado ha estado usted en ha- »berme declarado su pensamiento!... Ya es tarde... »¡Cuánto lo siento!... Apénas dió la última boqueada »mi amadísimo Pantaleon, ofrecí á ótro mi mano. »Pero para que usted vea lo que le estimo, le prome- »to despachar prontamente á este segundo perillan, »para ser entónces toda de usted.» «Nó, señora, (contestó el pretendiente, asombrado de lo que había oido á la bendita viuda); «quedo satisfecho de la bondad de »usted; y desde aquí voy corriendo á tomar un claus- »tro por asilo, ántes de caer con ótra igual.»

(26.)

Advierto, amor tirano,
Tu poder: pero
Aunque huyo de él, más cerca
De él me contemplo.
Porque haces sean
Mayores los peligros
Con resistencias.

(26.) Declara esta seguidilla que no hay resisten-

cia para el amor. Y dice bien, porque ni los hombres más fuertes, ni los más sabios ni austeros, pudieron librarse de ser sus esclavos. A Hércules rindió Onfale; á Aquíles, Briseida; á Ciro, Berenice: y Capua vió con admiracion tirar del carro de Cupido á Aníbal; así como Taranto servir á Espartaco el búcaro á Emilia. Aristóteles adoró á Hermia; y los himnos que la compuso, siendo acusado por Demófilo, dieron motivo para que le desterrasen de Aténas. Por eso se dice, que *Mozos, viejos, reyes y pastores, están sujetos al dios de los amores.* Y más breve: *Omnia vincit amor.*

(27.)

Aunque eres noble, Anfriso,
cual vil procedes,
pues sólo hablar mal sabes
de las mujeres.
Y al bello sexo,
el que nació con honra
rinde respetos.

(27.) Reprende justamente este cantar á aquellos hombres que, por no hablar de nada bien, hablan siempre mal de las mugeres. Con razon asegura, que procede con vileza el que las ofende con malicia. ¿Qué defectos se encuentran en ellas, que no se noten en los hombres, ó qué virtudes hay en éstos que en ellas no brillen? Ninguna cosa grande deben á la naturaleza, que no se las haya concedido pródiga y benéfica. Si ellos son más sabios, esto no consiste en falta de disposicion, sino de estudio. Omitiendo nombrar aquí todas aquellas sabias, fuertes y generosas

heroinas de que hacen mencion las escrituras sagradas y profanas, porque sería preciso formar un catálogo numeroso, tenemos Abigaíles para la prudencia; para el gobierno, Déboras; Carmentas, para las letras; Artemisas, para la memoria; Penélopes, para la constancia; para la lealtad, Neeras; para el amor, Laudamias; para las brasas, Porcias; Lucrecias, para la castidad; Leemas, para los secretos; para el valor, Cloelias; y Semíramis, para las armas. En una palabra, las mujeres son como las casas de juego; todos dicen mal de ellas, y los que pierden, las maldicen: pero estos mismos las buscan, y sólo viven en ellas.

(28.)

Agraviar á quien debes
tener contento,
será hacerte un ingrato,
ó un indiscreto.
O tal vez logres
perder de tus ascensos
las ocasiones.

(28.) Quien retribuye beneficios con agravios, no merece el trato de los racionales. Únase á las fieras el que es peor que ellas, y oiga á un filósofo gentil, pues le enseña lo que ignora en este particular, como si fuera un San Pablo. «Al hombre que te hizo bene»ficios, (dice Séneca), mírale como á una deidad, re»conociendo siempre que le debes ó todas ó parte de »tus felicidades. Si faltas á esta sagrada obligacion, »los dioses descargarán sobre tí la tremenda espada »de su justicia; porque nada sienten más que la in»gratitud, y la castigan á correspondencia de lo que

»la sienten.» Lo que debe hacer el agradecido y el »que depende de ótro, lo avisan estos refranes: *Al que te hizo beneficio, está siempre propicio. Al que debas contentar, no procures enfadar. Cuando estés con el Conde, no mates al hombre: que el Conde se te irá, y el hombre se quedará. En chanza ó en véras, con tu amo no partas peras. Haz lo que tu amo te mande, y comerás con él á la mesa.*

(**29.**)

Amo por un impulso
de mi inclinacion,
pero correspondencia
no pide este amor.
Amo por amar,
sin que nada pretenda
esta voluntad.

(29.) Bien hallado estaba el que nos pinta esta seguidilla con el amor platónico. Queria este filósofo que se amasen más las almas que los cuerpos, fundando su argumento en que las cosas perecederas no merecen tanta estimacion como las que siempre duran. Y siendo así que lo que se ama del cuerpo es la hermosura, y ésta falta y se marchita por edad ó enfermedad, se acabará el amor luégo que esto se experimente; lo que no puede suceder amando sólo el alma, porque sus bellezas se acrecientan, y no faltan. ¡Pobre naturaleza! ¡qué agravio te quiso hacer este filósofo, por más que por antonomasia sea conocido por el divino! Con la práctica de su sistema ya se habría acabado el mundo. Son muy oportunos para este asunto los refranes siguientes: *Quien el amor*

platónico siga, no tendrá quien padre le diga; si acaso no es fraile, que entónces por fuerza será padre.

(30.)

Amor hace al que tiene
con él comercio.
que si busca ganancias.
encuentre empeños.
Si algo se aumenta,
como es propio del diablo.
él se lo lleva.

(30.) Como regularmente son las mujeres las que llevan el giro de este comercio, los hombres los que aprontan á la vista los caudales para él, y el amor con que aquéllas le hacen tan fácil y quebradizo, porque sólo atienden á su interes y á que viva el que más ofrece, resultan unas quiebras, que dejan á los aseguradores en los mismos términos que pintan al rapaz que los introdujo en aquel laberinto, que es en cueros, como está Cupido. Las hacen cargo de la mala versacion de los caudales, y las culpan de las faltas que han tenido en dirigirlos y conservarlos. Mas ellas contestan diciendo, que *Más tiene una pelota*, y que *No hay más chinches que la manta llena:* que si ellos dieron la plata, ellas pusieron el trabajo, conque pata; y que *Al buey por el cuerno, y al hombre por la palabra*. Ellos dicen que aquella ha sido *Mala noche y parir hija*, y que son como *El habar de Cabra, que se secó lloviendo*. Y satisfaciéndoles ellas con que *A palabras locas, orejas sordas*, que si perdieron el caudal, han quedado las hipotecas, que son ellas: que *Oro es lo que oro vale*, y que *¿Adónde*

irá el buey, que no are? porque *Lo que se usa no se excusa,* concluye todo como fin de entremes, diciéndose únos á ótros mil cosas preciosas, porque *Riñen las comadres, y se descubren las verdades*, y *El hijo de la gata, ratones caza*, porque *La cabra siempre tira al monte*, y *El olmo no puede dar peras.* Con lo cual se justifica en ellos, que *El que siembra en mala tierra, sólo coge yerba;* y en ellas, *Comamos, luzcamos y triunfemos, y con salud los enterremos*, pues *Cada dia que amanece, el número de los tontos crece.*

(31.)

A tódos satisface
de Astrea el peso,
pues por méritos solos
vende los premios.
Y en sus balanzas,
la virtud y la ciencia
todo lo alcanzan.

(31.) La balanza del peso de Astrea es distinta de la del mundo. Un solo cabello de interes en aquélla la hace bajar hasta el suelo; y ésta no se mueve si los intereses no pesan mucho. Aquéllas son balanzas de posesiones para los que las merecen: éstas de esperanzas que jamás las experimentan efectivas los desgraciados, sino los favorecidos. En aquel peso se pone el mérito para premiarle: en el de acá se coloca el favor para atenderle. Lo que en éste consigue el empeño ó el interes, en aquél logra el servicio ó el talento. Aquél corre al dulce soplo de la verdad; éste se mueve al furioso viento de la lisonja. El fiel de

aquél es fiel siempre; el del mundo, rara vez. Uno es de oro finísimo, y no se pesa en él oro, sino merecimientos; el ótro es de hierro, y convierte los hierros en oro. Las ligerezas de aquél son más justas que las pesadeces de éste, porque allí se despacha de contado, y aquí es necesario para despachar *contar* ántes. Allí se suman los méritos que se hacen; aquí las *sumas* que se ofrecen. Aquél, en fin, es peso de una diosa, que da á cada uno lo suyo; éste es de hombres que procuran apoderarse de lo ajeno, hasta ver á quién pertenece; y por más que su dueño lo reclame, *Miéntras consulta Roma, perece Sagunto.* Y como no son los hombres como las grullas del monte Tauro, que cada una le pasa con una piedra en el pico para no poder cantar, ellos mismos descubren sus defectos, alabándose de su asombrosa iniquidad. Lo cierto es, que *Buen peso y medida, dan á la República vida. Las cosas hechas con buen peso, quiebran los ojos al exceso. Quien pesa mal, y no le pesa al cabo, buen dia dará al diablo.*

(32.)

Amor se ha convertido
en una rueda,
que ya sube, ya baja
al que anda en ella.
Y es necesario
saber que andan por ella
muchos rodando.

(32.) Cierto autor difinió al amor de otro modo, pues dijo *es un no sé qué:* viene *no sé por dónde:* le

envía *no sé quién;* se cría *no sé cómo;* conténtase *no sé con qué;* siente *no sé cuándo*, y mata *no sé por qué.* Platon le llamó *deseo de inmortalidad.* Otros filósofos dicen que *es un dulce tirano*, *un fuego escondido*, *una llama agradable*, *un alegre tormento*, *una agradable herida*, *y una muerte deseada.* La rueda que apunta esta copla, es á veces como la de Ixion, toda llena de navajas y puñales, con cinco órdenes de ellos, que se componen de *celos*, *desden, olvido*, *mudanza y ausencia;* y ótras se ve cercada de claveles y azucenas, con otras cinco órdenes, que son *satisfaccion*, *correspondencia*, *firmeza*, *tranquilidad y posesion.*

Los que andan en esta rueda, son como los cangilones de las norias, que ya van cabeza arriba, y ya cabeza abajo. Cuando ménos lo esperan, pasan á ser los más favorecidos más desgraciados, y por el contrario. Por esto ruedan tantos, y algúnos lo hacen de modo que no vuelven á levantarse. *El amor*, dijo un discreto, *desvaría como niño*, *es caduco como viejo*, *y yerra como ciego.* Ótro dijo, que *En el camino del amor no hay camino.* Séneca asegura que: «Luégo que el hombre empieza á amar, empieza á temer; porque aunque no hay cosa, por imposible que »sea, que no emprenda un amante por lo que ama: »tampoco hay sombra que no le intimide, imágen »que no le acobarde, ni pensamiento que no le pos»tre, recelando siempre perderlo. Lo cierto es que to»das las artes pueden aprenderse sino la de saber »amar, porque esto ni lo supo escribir Aristóteles, ni »pintar Asclepio, ni enseñar Ovidio, ni contar Elena, »ni áun aprender Cleopatra: sino que de la escuela »del corazon ha de salir, y la naturaleza misma lo »ha de enseñar.»

(**33**.)

Amor, que trato honesto
siempre se observó,
hoy se ha vuelto comercio
con nombre de amor.
Y es de tal forma,
que se aman los caudales,
nó las personas.

(33.) Aunque es vergonzoso consentir en que sea cierto lo que explica este cantar y su estribillo, nadie puede oponerse á su verdad. Si el verdadero amor, que une dulce y honestamente las almas con lazo indisoluble, se ha hecho comercio, ¿qué será el impuro y obsceno? Para contraer el santo matrimonio dijo un poeta, que:

Tódos la hacienda examinan;
algúnos, las calidades;
poquísimos, las virtudes;
y las condiciones, nadie.

De modo que verdaderamente puede decirse que hoy los matrimonios se conciertan por el interes, nó por el amor; se casan atendiendo más á la codicia, que á la pasion; tiene más imperio en las almas de los contrayentes la riqueza, que la voluntad. Las virtudes no se buscan, la honestidad no se echa ménos, las calidades se olvidan, y las condiciones, genios y conducta las justifica la riqueza. A correspondencia del fondo de ésta se engrandecen aquéllas. ¿Cuántas bodas se descomponen por faltar la dote que se ofreció? ¿Y podría ser el amor el que iba á unir

estos corazones interesados y ambiciosos? Semejantes vínculos, como hijos de la codicia, producen consecuencias lastimosas, porque en ellos se falta al principal objeto del matrimonio, que debe hacerle un fino y casto amor por ambas partes; pero *Por dinero baila el perro. Antes amor hería los corazones, y ahora lo hacen los doblones. A Andrea se la lleva aquél que más lleva*; porque *Al que tiene más plata, quiere más la beata.* Y si la beata procede así, ¿cómo procederá la que no lo sea? *Ojo al dinero, que es el amor verdadero.*

(34.)

A balazos de nieve
me quieres matar:
¿No ves que dando en fuego
se derretirá?
Tu engaño noto;
pues ignoras que matan
mejor tus ojos.

(34.) Si los efectos de la nieve son pasmar, y los del fuego encender, la blancura de la dama de que habla esta copla, que es comparable á la nieve, pasmará ó admirará, que es lo mismo, pero no producirá incendios. Al contrario unos ojos encantadores, pues serán un fuego apetecible, capaz de encender la voluntad más remisa y el corazon más tibio. Con cada mirada encantan á cuantos participan de ella. Así como el iman atrae el acero, así se llevan tras de sí los corazoues. Por esta razon dijo un poeta:

A la nieve tu color
la blancura la ha quitado;

pero al sol tus bellos ojos
robaron todos sus rayos.
¡ Ay que me abraso !
Pues con ser tanta la nieve ,
no apaga el fuego en que ardo.

(35.)

Aunque pongas mil guardas
á tu corazon,
ya por los ojos puede
estar dentro amor.
Y en este caso,
los guardas pasar dejan
los contrabandos.

(35.) Con efecto, si la honestidad se descuidó; si el recato estuvo poco solícito; y la obligacion á mirar por el decoro, algo detenida por las puertas del corazon, que son los ojos, fácilmente entran y se apoderan de él las pasiones. Cien ojos tenía el pastor de Ovidio, y tódos quedaron dormidos á la encantadora música de Mercurio. Cuando la razon despierta y acuerda las obligaciones, poco efecto puede producir si la pasion tiene dispuesto el ánimo para rebatirla, sin querer reconocerla. Un filósofo decía: «Si el amor »entra por los ojos, los ciegos no pueden tener amor. »La experiencia tiene acreditado lo contrario; luego »no es sólo por los ojos por donde el amor se apodera »de las almas.» No puede rebatirse esta consecuencia. El amor tiene imperio en todos los sentidos. Por cualquiera de ellos halla la entrada segura; y en haciéndola, con dificultad se le quita la posesion, porque: *Si una vez te rinde Cupido, siempre estarás rendido.*

(36.)

¿A cuál dar más aplausos
debe la fama,
al que hereda los timbres,
ó al que los gana?
Ya se decidió:
Que el saber adquirirlos
es gloria mayor.

(36.) Es preciosa esta copla por la brevedad con que pregunta, y más recomendable el estribillo por el modo con que responde. ¿Quién ignora que es más sublime hacerse, que hallarse hecho? Aquéllo es mérito: ésto, acaso. Lo primero debe adquirirse con afanes; lo segundo lo da la suerte sin fatiga. Lo ajeno alaba el que á sus pasados celebra. Hacer ostentacion de sus mayores glorias con las glorias de sus mayores, es atribuirse méritos de ótros, sin haberlos enriquecido con los propios. Para tener lugar en el templo de la Fama, no sirven blasones heredados, sino laureles adquiridos. Los maldicientes enemigos de Ciceron le notaban con claridad lo oscuro de su linaje: y él, con discrecion, les respondía: «Si no puedo »gloriarme con lo heróico de mis pasados, puedo en»noblecerme con lo ilustre de mis procederes. Seré »ejemplar de los mios, para que lleguen por el cami»no del honor al templo de la nobleza; ya que vos»otros habeis puesto la que heredasteis en el seno de »la oscuridad con vuestras malas acciones.» De oscura cuna y pobre soldado de Alejandro fué el gran Tolomeo; pero sus heróicos hechos le elevaron al trono de Egipto, dejando su nombre en herencia á los re-

yes sus sucesores, para inmortalizar con él sus glorias. Hijo fué de un pobre alfarero Agatocles. Sus grandes acciones en la milicia le dieron la corona de Sicilia; y juntando, para servirse en su real mesa, los vasos de oro con los de barro, decía, con desprecio de la vanidad, que «de aquel barro había labrado aquel oro.» Pocas obligaciones dió su nacimiento al godo Vitige; pero se ilustró con tantas glorias, que llenó de ellas el trono de Italia, que ocupó tan dignamente. Estos héroes y otros infinitos son los verdaderos nobles; nó los que hallando sus cunas cubiertas de honores, ó no saben adelantarlos, ó sus torpes acciones llegan á oscurecerlos.

(37.)

A cuantas miras, dices
que tienes amor,
y sientes que á ótros miren:
eso es ambicion.
Que amor no sabe,
cuando es fino, imprimirse
en muchas partes.

(37.) No es amor el que cambia de objetos con facilidad. *Cuantas veo tantas quiero*, es no querer á ningúna; y sentir que á ótros quieran, es una ambicion reprensible, como lo asegura esta seguidilla. El amor perfecto se precia de constante. Este es el principal signo del verdadero, y éste falta en el corazon del avaro; porque no sólo el que lo es dirige su ambicion á las riquezas, sino á cuanto la naturaleza crió. Con nada puede ella satisfacerse, pues le presenta cada dia nuevos objetos con que atormentarle; nó

porque pródiga los criase, sino porque, generosa, á él solo no se los hubiese dado. Luégo que supo Alejandro, por el filósofo Anaxarco, que había muchos mundos, lloró; y preguntándole la causa, respondió: «Porque siendo muchos los mundos, aún no soy señor de úno.» ¿Para qué quieres, avaro conquistador, tanta tierra en tu vida, si con siete piés de ella te pagarán en la muerte? Si *El que más tiene, más quiere*, tambien *El que nada tiene y nada desea, es el más rico de la tierra.* Otro poderoso decía con desconsuelo: «¡Qué haré, que no tengo dónde poner tantos frutos!» El que tenía tantas riquezas, decía que no tenía, y decía bien; porque teniendo mucho, nada tiene el que ansioso desea tener más.

(**38**.)

Asegurar las dichas
es cosa fácil,
si antepones clemencias
á las crueldades.
Que es cosa cierta,
que el piadoso consigue
dichas eternas.

(38.) Ni puede ser feliz el que sea cruel, ni desdichado el piadoso. Que la caridad es *el vínculo de la perfeccion*, lo dice San Pablo; y que *la crueldad es un verdadero signo del infierno*, lo asegura San Ambrosio. El que quiera saber lo que es el hombre cruel y el piadoso, repase estos dos versos de uno de nuestros más célebres poetas:

.....Porque
la crueldad es de las fieras;
y la piedad, de los hombres.

Más que sus triunfos, siendo tantos, inmortalizó á Julio César su piedad. Siendo Pompeyo el único y poderoso rival que se oponía á sus glorias, disputándole el Imperio, lloró amargamente al presentarle la cabeza de su irreconciliable enemigo. ¡Accion gloriosa! la más clemente, y ¡cuán distinta de la de Cayo Mario! Pues para que fuese más opulenta su mesa, hizo éste que se sirviese en ella, como precioso plato, la cabeza de Marco Antonio. siendo la salsa de su cruel apetito la sangre que ella derramaba. A César eterniza la fama para admirarle; y al segundo, le pinta la historia como oprobio de la naturaleza en haber criado tal monstruo. La seguidilla abraza estas dos sentencias: *Si eres clemente, serás feliz siempre. El que sea cruel, no acabará bien.*

(39.)

Amo amas fué siempre
mi único estudio,
ciencia que saben pocos
y estudian muchos.
Pues quiere este amar
siga el entendimiento
á la voluntad.

(39.) Para saber amar, es preciso saber mucho, y si el entendimiento ha de concurrir á este amor, como quiere este estribillo. es fuerza saber más. El nombre de *amor* es lo mismo que el de *amigo*. Tódos dicen que los tienen, y son raros los que los conocen, como deben ser. Equivocan al amor verdadero con otros modos de amar indignos de este nombre. Tódos amamos, pero no tódos sabemos amar. La voluntad esta-

ría demás, si no ejercitase sus funciones. Es natural la atraccion con que se aman todas las especies. Y ¡qué estragos no ha causado el amor! Pero ¿qué amor ha sido? violento y tirano, como el de Páris á Elena; traidor é infame, como el de Tarquino á Lucrecia; pérfido y cruel, como el de Circe á sus amantes, que los transformaba en brutos con venenosas bebidas. En estos amores no tuvo parte el entendimiento. Cuando éste se une á la voluntad; cuando la sabiduría acompaña al amor, se asegura la honestidad, y brilla siempre el honor; pero este amor tan noble se concluyó desde que el mismo Amor fué vencido de Psíquis, y se unió con Pluto, dios de las riquezas; porque con éstas rinde en un dia más corazones, que cuantos había ántes sujetado con las flechas. En no faltando riquezas, habrá amor de sobra; por más que el mismo Cupido enseñe á amar sin interes, que eso manifiesta estando siempre desnudo.

(**40**.)

A un viejo dijo un jóven
por mofa y risa:
«Para enfermedad de años
»no hay medicina.»
Y el viejo dijo:
«Pero es más peligrosa
»la de tus vicios.»

(40.) La muerte no respeta edades. *Tan présto muere el cordero, como el carnero.* Es verdad que *El jóven puede morir, pero el viejo no puede vivir. De jóven se puede llegar á viejo; pero de viejo, soltar el pellejo.* El morir no es delito, sino deuda, la que,

contraida al nacer, se satisface con morir. Ni puede decir el que disfruta larga vida, que ha vivido mucho, si vivió más para el mundo que para sí. ¡Qué bien lo advirtió Demóstenes, viendo el cadáver de un avaro, que llevaban á hacer de él lo que él había hecho del oro, que era enterrarle! Así se explicó el filósofo: «Éste no vivió para sí cuando vivo, y ha dejado para que vivan ótros cuando muerto.» Un anciano, afligido por las amarguras que le causaba su vejez, encontró un dia á Diógenes, y le dijo: «¡Oh! ¡cuán desdichados vivimos los que á la vejez padecemos!» Y el filósofo le respondió: «No está el mal en vivir, sino en haber vivido mal.» La mofa que hizo el jóven del viejo en esta seguidilla, quedó bien castigada con la respuesta que le dió, la que tal vez serviría de remedio á sus vicios.

B.

(41.) Bienes que dan cuidados
al disfrutarse,
disimulados males
deben llamarse.
Mas tanto pueden,
que áun con aquella carga
tódos los quieren.

(41.) Despues de manifestar la seguidilla que los bienes que producen sentimientos son verdaderos males, propone con verdad nuestra ambicion y su poder; pues éste nos incita, y aquélla nos obliga á apetecerlos, por más que sepamos que su posesion ha de

afligirnos. Antes de reinar Neron, le predijo un astrólogo: «Que ocuparía el trono, pero que acabaría »con la vida de la madre.» La ambicion de ésta respondió: «Como mi hijo ciña la diadema, poco importa que muera Agripina.» ¡Rara ambicion de mujer! No teme morir á manos del hijo, como el hijo ocupe el trono. Aquí se acreditó: *Muera Marta, y muera harta. Si hoy logro el laurel, moriré gustoso mañana por él.*

(**42**.)

Buscar á la fortuna
no te conduce;
que ella quiere la encuentren,
nó que la busquen.
Porque es tan rara,
que el que corre tras de ella,
ménos la alcanza.

(42.) *Fortuna*, *suerte*, *hado*, *destino*, son voces sinónimas. A la Fortuna erigió muchos y famosos templos la gentilidad, adorándola como á diosa de las felicidades y desgracias, porque creían que estaba en su arbitrio repartir únas y ótras á los mortales. Es tan rara, que se aparece al que ménos la espera, y huye del que con más eficacia la solicita, como esta copla propone. No faltó quien la pintase acompañada de Pluto, venerado dios de las riquezas, representando con propiedad, que el que las posee, es el que tiene fortuna. Plutarco, por adular á Roma, dijo: «Que en ella se había parado la Fortuna, para des»cansar de sus continuos movimientos; y que no bus»cándola allí, nadie podría hallarla.» Esto fué, sin duda, tomado de Apéles, el cual con tan célebre con-

cepto, como diestro pincel, la pintó sentada en una majestuosa silla, con semblante encendido y agitado; y reconvenido de que era impropio estuviese parada la que jamás tuvo un instante de sosiego, respondió: «Por esa razon le tiene ahora; porque como »nunca paró, llegó el momento de cansarse; y fati»gada, se sentó á descansar, para con más ligereza »volver á correr.»

La fortuna principal y cierta del hombre consiste sólo en él. En dirigiéndose derechamente al fin para que fué criado, conseguirá la verdadera fortuna, que es la eterna felicidad. Por esto dicen nuestros refranes: *El bien afortunado, es el buen cristiano. A mi fortuna doy adoracion, porque mi fortuna es Dios. Fortuna, la mejor ó ninguna.* (La mejor es la que conduce á la patria celestial).

(43.)

Bastantes imposibles
facilitaste:
pon, Fortuna, el que amo,
con los bastantes.
No desespero,
porque tú y mi firmeza
pueden vencerlo.

(43.) El tiempo y la constancia suelen facilitar las pretensiones más difíciles. La misma piedra no puede ocultar la señal que estampa en ella una continuada gota de agua. Y tiene acreditado la experiencia, que *Quien mucho porfía, logra algun dia. Pobre importuno, saca mendrugo. Cava, cava, y encontrarás agua.*

(44.)

Bendiga Dios al hijo
del tio Márcos,
porque desde el estudio
volvió al arado.
No era zoquete,
pues dijo: *Pastelero.*
á tus pasteles.

(44.) Si todos los que salen de las aulas, tal vez ménos instruidos que cuando entraron en ellas, reconocieran que eran sobre sus fuerzas las fatigas de Minerva, y este conocimiento les hiciera ejecutar lo que hizo el héroe de esta seguidilla, no habría tantos que aumentasen el número de los vagos y holgazanes, y la agricultura tendría más brazos que la apoyasen; porque: *El que no es para estudiar, apliquese á arar. Más vale ser buen labrador, que mal estudianton. Canonista sin leyes, are con bueyes.* (Aunque sea con borricos, nada se le dirá.) *Canonista y no legista, no vale una arista.* Así como algunos se retiraron al arado (¡y qué discretos en esto!) desde los estrados de Minerva, advirtiendo que eran para aquello más propios y útiles, que para esto, así tambien desde el mismo arado fueron ótros elevados al trono; y si en aquél dieron reglas para el mejor cultivo, en éste, con políticas y prudentes resoluciones, acreditaron que los que sabían dirigir los surcos, no ignoraban la soberana arte de gobernar la República. Así lo justificaron *Lucio Quinto Cincinato: los Curios y los Fabricios.*

(45.)

Bueno es que, siendo Andrenio
quien te ha ofendido,
eches la culpa, Fílis.
al pobre Silvio.
Este es el mundo:
defiende al delincuente,
castiga al justo.

(45.) Justifica á esta seguidilla el refran siguiente: *Úno come la fruta aceda, y ótro tiene la dentera.* El estribillo tiene su apoyo en la eterna verdad. Al más justo de los hombres pidió el pueblo hebreo, para que sufriese muerte de Cruz, librando de ella al más delincuente de los mortales.

(46.)

Brama el mar, ruge el aire.
rásgase el cielo.
tiembla la tierra. abrasa
al orbe el fuego.
Todo es espanto;
pero los celos causan
mayor estrago.

(46.) Con esta exageracion poética pondera esta copla la furia que inspiran los celos. Un poeta la describió en dos versos:

Porque todo el furor de un can rabioso,
y áun del infierno, se halla en un celoso.

Nuestros refranes acreditan lo mismo, y se burlan de los que padecen esta cruel enfermedad, diciendo: *Un loco furioso y un celoso, todo es lo propio. Del que mucho cela á su mujer, guárdate como de Lucifer. Celosillo es mi marido, y yo me rio; pues cuando él va, ya he venido.*

(47.)

Buscar felicidades
quieres en el mar;
si en la tierra no se hallan,
allí ¿qué será?
Pero es seguro
que tendrás, si en él mueres,
mayor sepulcro.

(47.) Quien va á las Indias, arrastrado de su avaricia, se expone á infinitas contingencias. En la tierra pueden con facilidad remediarse ciertos peligros; pero en el mar son las más veces seguros los riesgos. El menor estremece y confunde; y en los grandes, ni áun se halla un San Telmo que consuele. La tierra, como que es nuestra madre, nos es más dulce, y la miramos con la terneza propia de quien salió de ella y en ella ha de convertirse. Y si en ella no conseguimos lo que solicitamos, siendo mucho más fácil, ¿no es simpleza pretenderlo donde es tan difícil? Por esto se dijo:

Don Juan se quiere embarcar,
las damas dicen que yerra,
que el que no es hombre en la tierra,
ménos lo será en el mar.

(48.)

Bello encanto del alma,
pues ya te la dí,
si á mi cuerpo no alientas,
no puedo vivir.
Porque sin ella,
ó sin tí, que es lo mismo,
preciso es muera.

(48.) La exageracion de esta copla está sostenida con delicadeza hasta por el mismo estribillo. Los enamorados acostumbran decir, «que han dado su alma »á lo que aman; que está más donde ama, que donde »anima; que les han robado el alma;» y así otras expresiones iguales. Les parece que no viven el instante que faltan de la vista de lo amado; y allí dicen que están sus almas, donde encuentran tranquilidad sus alientos. Pero todas estas proposiciones no son más, ni tienen otra inteligencia que la de hipérboles poéticos que encarecen la grandeza del amor. Han sido usados con toda valentía, en los conceptos con que los adornaron, por nuestros más célebres poetas cómicos, líricos y bucólicos. Y áun algunos filósofos se valieron de estos rasgos para dar más realce á sus pensamientos. Uno de éstos, con tanta sencillez en el estilo como elegancía en lo que pondera, produjo esta seguidilla con determinado objeto:

Me pedistes el alma,
y el alma te dí;
ni tengo más que darte,
ni tú que pedir.

C.

(**49.**) Con desiguales tuyos
no te acompañes,
que la sangre no quiere
desigualdades.
Esto has de notar:
si es más que tú, te afrentas;
y si ménos, más.

(49.) Uniéronse las palomas á las águilas, y fueron víctimas de sus garras; se abatieron á familiarizarse con las avispas. y las sacrificaron sus aguijones. Sólo viven desde que no se separan únas de ótras; cuyo apólogo nos enseña lo mismo que aconseja esta seguidilla, y es: que no tengamos trato familiar con quien pueda envilecernos, obedeciendo al refran que dice: *Con gente de toda broza ni andes, ni juegues, ni comas.* Ni tampoco con quien, por su elevado carácter, repugne nuestra compañía; porque *Si eres chico, y vas con un grande, no habrá quien te hable.* Lo que nos conviene es unirnos y estrecharnos con nuestros iguales, que hasta los irracionales nos lo enseñan, y estos refranes lo advierten: *Cada oveja con su pareja. Si el pez sale del agua, luégo acaba. Juntóse al lobo la oveja, y la comió hasta la pelleja.*

(**50.**)

Casé por mis pecados
con una abuela

regañona, barbuda,
manca y bermeja.
Ya no hay remedio;
por fin, ni seré padre,
ni tendré celos.

(50.) Se conforma y resigna con su suerte, aunque tan desgraciada, el infeliz sujeto de esta seguidilla. Sin duda sabía bien de memoria, y quiso seguir la doctrina que dan los refranes siguientes: *Mujer vieja ó moza, de buen ó mal parecer, todo es mujer. El zapato malo más vale en el pié, que en la mano. A pan duro, diente agudo. La mucha hambre hace dulce el vinagre. Olivo y aceituno todo es uno. En llenando el pancho, mas que sea de gazpacho.*

Que no tendrá quien le llame padre, ni quien le dé celos, dice el estribillo. El que logra estas dos satisfacciones, siendo pobre, ya no es desgraciado, sino muy feliz; pues le priva de hijos que le pidan pan, no pudiendo dárselo, y de celos que le darían atroces sentimientos. El refran abraza y decide los dos puntos: *Sin hijos y sin celos no hay desconsuelos.*

(51.)

Con órden, con medida
y hechas á tiempo,
lograrán tus acciones
su lucimiento.
No las alteres,
que si lo haces, lo bueno
que tengan, pierden.

(51.) Enseña esta copla que todas las cosas de-

ben hacerse con prudencia, para que sean útiles. En sacándolas de su lugar, y tratándolas con indiscrecion, las desconoce el aplauso, y son recibidas por el desprecio. Si desde su principio no se reflexionan, sus fines no pueden ser buenos; y yerra mucho el que en el principio yerra. El que medita bien el fin en el principio de una obra, logra que vuele su pluma al escribirla; y sin esta circunstancia serían tardos pasos los que daría al notarla. Cada cosa quiere tiempo para que se perfeccione, y que salga á tiempo para que se celebre; porque *Cada cosa en su tiempo, y los nabos en Adviento. Si en Enero bebes helado, no preguntes de qué has enfermado;* y *Si en verano bebes caliente, no te hará buen vientre.*

(52.)

Cortejar á Felisa
quiso un buen viejo,
y ella le dijo: «Vaya
y rece, abuelo.»
Y por si acaso
no le tenía, dióle
un gran rosario.

(52.) Buena reprension para acordar al viejo enamorado sus obligaciones, y que estaba ya inmediato al sepulcro. Los hay tan verdes, que en sus operaciones se equivocan con los jóvenes más atolondrados. Por eso se dice, que *Miéntras más viejo, más pellejo.* A uno de éstos preguntó un jóven: «Sr. D. Juan, ¿cómo vamos de vicios?» «¡Ay, hijo mio! (respondió), ellos me han dejado, que yo no los he despedido.» Avergüéncense los que imiten á éste, con lo

que explican los siguientes refranes: *Si los viejos son gaiteros, ¿qué harán los mozos solteros? Al viejo que buen ejemplo ha de dar, y se le ve retozar, como á un niño se debe azotar. ¿Qué consejo dará el viejo que es cada vez más pellejo?*

(53.)

Crímen impío, ¡cuándo
tendré sosiego,
si me das por verdugos
remordimientos!
¡Todo es zozobra,
todo horror; y me espanta
mi propia sombra!

(53.) Explican con propiedad esta seguidilla y el estribillo los horribles efèctos de un crímen. Los desasosiegos que produce, sólo puede explicarlos el que los padece. No hay peligro que confunda tanto como el que acompaña siempre al delincuente. Miéntras David se expuso á los riesgos de la guerra, alcanzó laureles, disfrutó aplausos, y logró satisfacciones; pero luégo que con un delito cometió muchos, desaparecieron de su corazon la alegría, la paz y la tranquilidad, viviendo siempre sin consuelo, cubierto de amargura, y llorando su culpa. Si como rey no le alteraba que los hombres la reprendiesen, como hombre temía que la justicia divina la castigase. Nunca la separó de su memoria; siempre le atormentó cruel, y siempre la lloró arrepentido. Un filósofo compara el corazon de un delincuente impío á las furiosas olas del mar, que, agitadas por el soberbio aquilon, no tienen sosiego. *El delincuente mil tor-*

mentos siente. Al que hizo el delito, sólo le sosiega el castigo. El que á ótro quitó la vida, la suya juzga perdida. El que á hierro mata, á hierro muere.

(54.)

Culpa Anarda á Lisardo
de tibio amante,
y es en él la tibieza
un cuerdo exámen.
Que el que se arroja,
sin conocerle, al rio,
tal vez se ahoga.

(54.) Entregarse sin reflexion á quien no se ha tratado con cuidado, es la mayor imprudencia; mayormente si se trata de formar un lazo, que sólo la muerte puede deshacerle. ¿Qué mucho que experimente el peligro, quien, sin examinarle ni procurar conocerle, se entrega á él? Si lo que se puede errar, se conoce que despues sería imposible corregir, necesita toda la atencion para el acierto, ó exponerse á sentir, miéntras se viva, el error. Estos refranes lo acreditan, y lo muy cuerdo que procedía Lisardo, por más que Anarda le culpase de tibio amante. *Quien adelante no mira, atras se queda. Para unirme á Pedro, es fuerza conocerlo;* que *El gato algunas veces fué comido por liebre. La experiencia es madre de la ciencia. Saber elegir buena mujer, es mucho saber; pero sin mucho exámen no puede ser.*

(55.)

Convengo en que no he sido
el más constante;

pero ¿quién te ha ganado,
Laura, á ser frágil?
Si tú me insultas,
¿no he de hacer mi defensa
con faltas tuyas?

(55.) Ni el que insulta á ótro, ni el insultado que se venga en hacer públicos los defectos ocultos del que le agravió, cumplen con los preceptos del Decálogo y Padre nuestro, que nos mandan amar, no ofender, y perdonar á nuestro prójimo. Sin embargo, el que habla mal, no debe esperar que le respondan bien; porque la humana flaqueza más se deja arrastrar del vicio, que seguir el camino de la virtud. Lo sería grande, si al oir una injuria, contestásemos con una alabanza del que nos ofendió. Lo cierto es, que: *¿Dónde perdió la niña su honor? donde habló mal, y oyó peor. Quien tenga el tejado de vidrio, no tire piedras al de su vecino. Callar y callemos, que tódos por qué callar tenemos. Nadie diga: de esta agua no beberé, por turbia que la vea;* porque *Donde ménos se piensa, salta la liebre;* y *Al que sufre la ofensa, Dios le recompensa.*

(56.)

Convaleciente me hallo
de *ciertos* celos,
y me ha dado la vida
el no ser *ciertos.*
Pues si lo fueran,
ni yo ya respirára,
ni ella viviera.

(56.) Cuando desde la tormenta se llega al puerto,

¡con qué gusto se llega! Como fué tan deseado, se presenta á la vista el más lucido. La enfermedad de los celos no tiene otra medicina, que justificar que fueron mal fundados. Esto es el puerto, y ellos la tormenta; esto el remedio, y ellos la enfermedad de que convalece el que pinta la seguidilla. El estribillo asegura, que á no haber visto el desengaño el que tuvo los celos, habría muerto á la que dió motivo (estando inocente) para tenerlos, y que después él mismo se habría igualmente quitado la vida, ó para no sobrevivir á su deshonor, ó á la que tanto había amado. Dos desdichas por una desesperacion. La propia, y por igual remota causa, enfureció á aquel tirano que, partiendo á Roma donde le llamaba Julio César, dejó encargado á un amigo que diese la muerte á su esposa Mariene, si César se la daba á él; pretendiendo con un homicidio que ótro no gozase lo que amaba, áun despues de haber él muerto; cuya barbaridad, por ser tan atroz, ni tuvo ni ha tenido semejante. Mas estas horribles prevenciones terminaron en que Mariene fué despues del mismo que la descubrió el secreto.

(57.)

Codiciosa la hormiga
dijo á un labradór:
«Tú trabajas, sembrando;
»recogiendo, yo.
»Y se hacen dignas
»de premio tus confianzas
»y mis fatigas.»

(57.) ¡Qué gran moralidad se encierra en tan pequeño apólogo como el de esta copla! Hace al labra-

dor y á la hormiga dignos de alabanza: á él, por la seguridad con que pone su caudal en manos de la Providencia, esperando el fruto de sus fatigas; y á ella, por su afan en trabajar incesantemente en el acopio de su alimento; pero hay mucha diferencia entre el úno y la ótra. El labrador trabaja, y es digno de recompensa, por la esperanza que tiene en el Autor de la naturaleza, la que es tan grande, que se desprende de cuanto posee, y lo deja á su divino arbitrio. Pero la hormiga emplea en el verano sus fatigas, para descansar despues, teniendo asegurado su alimento; siendo tanta su avaricia, que con nada puede satisfacerla. El labrador nos enseña á darlo todo á Dios, á ofrecerle cuanto somos y valemos, y á esperar de su poderosa mano la retribucion correspondiente á nuestras obras y trabajos; porque *Quien en Dios confía, será feliz algun dia.* La codicia de la hormiga nos advierte que la aborrezcamos; porque *El corazon del codicioso nunca tiene reposo.* Contentémonos con que Dios nos dé para hoy, y quedarémos obligados á pedirle mañana. Esto nos manda hacer; y obedeciéndole, ni nos faltará, ni la codicia tendrá dominio en nuestro corazon.

D.

(58.) Despues de una tormenta
brilla más el sol;
y despues de unos celos
es más dulce amor.
Bueno es tenerlos,
porque unen más las almas,
ya satisfechos.

(58.) Expresa esta seguidilla cuanto se puede en el asunto que propone. Oportunamente usa del paralelo de la tormenta y los celos; de los efectos que producen el sol y el amor, disipada aquélla y concluidos felizmente éstos. En un romance de autor bien conocido se hallan los versos siguientes, que aunque se hicieron á diferente asunto, sostienen el presente de modo, que parece se produjeron para pintarle:

....Los amantes
con más constancia se estrechan;
porque como fueron celos
injustos, que en apariencias
se fundaron, el amor
redobló todas sus fuerzas:
en él, como satisfecho;
y como inocente, en ella.

(59.)

Del *desden* usas, Flora,
mas sólo es porque

quieres que tus amantes
sin que tú *des-dén.*
Pero es bien notes,
que en *Dari* piensas, y ellos
en *Retentionem.*

(59.) Se usa en esta seguidilla, con alguna gracia, de las dos sílabas que tiene la voz des-den, para satirizar á las mujeres que sólo piensan en estafar á los hombres que tratan. En Flora retrató á tódas un discreto, aficionado á Talía, diciendo:

Guarda fe Flora á Lidoro
por el oro.
Y cuando éste á faltar llega,
se la pega.
Lidoro es un tonto, Flora una bellaca,
¡cuánto más que el oro haría una estaca!

Para librarse de estas harpías, nos aconsejan estos refranes, que *A mujer que pide, ni áun la mires. A la que de todo se agarra, perro que no ladra, y mozo que no trabaja, échalos de tu casa. A la que mucho pide, se la despide.*

(**60**.)

De la tuya es distinta
mi parentela:
tú, tienes muchos deudos;
yo, muchas deudas.
Mas me consuela,
que saldré al fin y postre
bien ó mal de ellas.

(60.) Satiriza este cantar á los que echan á la es-

palda la debida satisfaccion de sus obligaciones. Hay muchos que contraen deudas con ánimo de no pagarlas, abroquelándose con el refran que dice: *Al que no tiene, el rey le hace libre.* Nó así el hombre de bien, pues asegura que *Al buen pagador no le duelen prendas.* Pero si éste, al tiempo de contraer úna, tenía seguridad en un negocio para satisfacerla, y éste se le descompone, y carece de otro arbitrio para cumplir su promesa, no hay sentimiento que iguale al suyo. Quisiera no haber nacido, para no verse en tan vergonzoso estado; porque los escrúpulos del honor producen en el que le ama, y sabe conservarle, todos los remordimientos que pudiera un crímen horroroso.

El descaro con que se conforma el que habla en esta copla, diciendo en su estribillo, *que saldrá bien ó mal de sus trampas*, que él equivocadamente llama *deudas,* (¡qué diferencia tan grande hay de únas á ótras!) acreditan que no es *un buen deudor*, *sino un mal tramposo.* Por lo mismo se consuela con tanta facilidad. Un religioso, que predicaba á los presos de una cárcel, les decía: «Conformidad, hijos mios; no »hay que afligirse ni desesperarse, que tódos hemos »de salir de este funesto lugar: únos á la calle, ótros »á presidio, ótros á la horca, y yo á mi convento.»

(61.)

De todas las mujeres
la que más ama,
es la que nunca pide
ni toma nada.
Pero es preciso,

para que así se encuentre,
vivir un siglo.

(61.) Aunque puede producir mucho (bueno y malo) un siglo, tal vez será pequeño plazo para criar una mujer semejante á la que pinta esta seguidilla. En el presente tenemos con abundancia *avispas, sanguijuelas y arañas: clavan sus aguijones* al que las trata, sin que los sientan; *chupan toda la sangre* sin que lo noten; y apénas ésta concluye, *labran sus telas,* forman de ellas *la mortaja* á aquel *cadáver*, y le depositan en los espantosos campos de *su desprecio*, dejándolos cubiertos *con ramas del desengaño*. No hay ya *Cleopatras* que, hechas polvos y disueltos en agua, se beban perlas de inmenso valor, por obsequiar á sus *Marco Antonios*. Hay, sí, buena cosecha de *Marcelas,* que quitan hasta las camisas á sus amantes, para hacerlos penitentes en descargo de sus culpas. *Ojo alerta, que asan carne.*

(62.)

Despues de despedirme
con mil desprecios,
aspiran tus caricias
á mis obsequios.
Y escarmentado,
por felicidad tengo
mi desengaño.

(62.) Despues de haber despreciado á un hombre de bien, querer reducirle con halagos, sin duda fingidos, á que vuelva á tributar cultos verdaderos, solamente puede pretenderlo una mujer soberbia, vana

ó tonta; pues ignora que *El gato escaldado, del agua fria huye;* y que *Rota una vez la espada, no queda bien soldada.* Ella quiso acreditar que *A borrico muerto, la cebada al rabo. Cuando comía, tódo mi mujer lo escondía; y ahora que no puedo comer, tódo me lo deja ver. La liebre ida, y palos en la cama.*

(**63.**)

Del celoso está el sueño
distante siempre;
que en el mar si hay borrasca
ningúno duerme.
Y son los celos
borrasca que presenta
crueles riesgos.

(63.) Tener celos, y dormir con sosiego, son dos cosas opuestas; jamás pueden verificarse. El celoso es compañero de Árgos, y no le deja su mal dar tributo á Morfeo. Que pican más los celos que las pulgas, dijo un discreto; y al que pican las pulgas, el sueño le deja. Luego ¿cómo ha de atreverse al celoso? En la tormenta ¿quién duerme? ¡Qué bien difinió los celos uno de nuestros poetas antiguos! No es tan corta su produccion, que pueda tener lugar aquí; pero no debemos omitir algunas de sus redondillas, por creer serán de la satisfaccion de nuestros lectores.

Son los celos una guerra
que aflige, asombra y quebranta;
de quien la tierra se espanta,
y de quien tiembla la tierra.
Nunca dejan sosegar
al corazon que maltratan;

en solo un momento matan,
tardando un siglo en matar.
Son un verdugo feroz,
á infames obras sujeto,
y un pregonero secreto
que habla sin lengua ni voz.
Caminan hácia el olvido,
y no paran donde llegan;
en lo por venir se ciegan,
y ven lo que no ha venido.
Tienen la envidia por madre;
siempre al amor se refieren;
y vuelven, luégo que mueren,
á engendrar su mismo padre.
¡Oh enredo largo y prolijo,
donde tal milagro se hace:
que el hijo del padre nace,
y el padre nace del hijo!
Quiérome librar de ti;
pues ya con dolor eterno
vivo en perdurable infierno,
ó vive el infierno en mí.

(64.)

Deidad á quien consagran
ofrendas múchos,
y ella tódas acepta,
no ama á ningúno.
Si á algúno amára,
ni ella las admitiera,
ni él lo aguantára.

(64.) Enseña esta seguidilla que la mujer honesta de nadie debe recibir, por no verse precisada á dar. El refran dice: *La mujer que reciba, á dar se obliga.*

Miéntras más grande sea la dádiva, debe ser mayor la gratitud; y *Mujer que mucho sabe agradecer, ó tropieza ó llega á caer.* Una fineza exige ótra; y ¿quién ignora que el amor empieza, crece y se alimenta con ellas? Cuando los regalos son tan excesivos, que la que los recibe no los tiene iguales para corresponder, se hallará avergonzada ó rendida. Pero supongamos que no sea así. (¡Ojalá que así no sea!) ¿No será esto exponerse á un peligro? ¿Quién lo duda? Ni tampoco que estamos obligados á huir de ellos. Y ya se sabe, que *Dádivas quebrantan peñas;* y que *Lo mejor de los dados es no jugarlos.* Sobre todo, tenga presente la mujer honrada que desee librarse del oculto veneno que traen los regalos, este admirable proloquio: *¡Regalos, regalos!... ¡A cuántos buenos hicísteis malos!*

(65.)

Deten, infiel Fortuna,
tu varia rueda,
no sea precipicio
lo que me elevas.
Porque conozco
que formas infelices
de los dichosos.

(65.) Detener el violento curso de la rueda de la Fortuna es tan imposible como parar la brillante carrera del sol, sin embargo de que ya Josué hizo este portentoso milagro, invocando al Dios de Israel. Nada hay más constante en la Fortuna, que su misma inconstancia. Vuela, y suele pararse para dejarse alcanzar; pero tal vez no son dos instantes el conseguirlo y volver á perderlo. ¡Qué bien dicen esta se-

guidilla y su estribillo! Las mayores elevaciones, que ofrece generosa, las cambia cruel en precipicios. Sus satisfacciones son hacer de felices desgraciados. Es tan infame, que quita del catálogo que había formado, para darlos á conocer por héroes á la posteridad, á únos, y pone en él á ótros ménos dignos, para que lleguen á ella por la trompeta de la Fama. Las que hoy ofrece dichas, mañana las cambia en tragedias. Triunfa Belisario (aquel héroe que ciñó tantos laureles adquiridos con tan gloriosas acciones), triunfa, repito, de los vándalos, rinde á los persas, defiende á Italia, eleva á Roma sobre los bárbaros sus contrarios, y afirma, á fuerza de continuadas victorias, la imperial diadema sobre las sienes de Justiniano, la que, vacilante y poco segura, parecía estar más en el aire, que sobre su cabeza. Hazañas tan heróicas ponen á Belisario en la cumbre de las glorias. Pero ¿de qué le sirvieron? De lo mismo que á Vitelio, siendo emperador, su trono, sus grandezas y soberanas dignidades; pues sus mismos soldados le dieron cruel muerte, y despues le arrastró el pueblo, hasta hacer su cuerpo pequeños pedazos, sembrándolos por las calles de Roma. Nó así Belisario, sino peor; porque se le dejó la vida, para que le fuese más cruel, como dilatada muerte. El mismo, por quien se habían hecho proezas tan bien vistas, las dió el último premio, dejando sin ella al generoso héroe. Mandó Justiniano sacarle los ojos, y quedó ciego Belisario, para ser el ejemplo mayor de las desdichas. No falta célebre filósofo que asegure que el ciego, ántes y despues, fué el mismo Justiniano: ántes, porque no vió hazañas tan grandiosas; y despues, porque no cegó llorando su bárbara ceguedad en no haber sabido premiarlas. Esta es la Fortuna; así juega con los mortales. Nin-

gúno fíe en ella, y tódos tengan muy en la memoria, que *Cuando la barba de tu vecino veas pelar, echa la tuya á remojar.*

(**66**.)

De cuantos males puede
dar al hombre Dios,
la mujer que habla mucho,
creo es el peor.
Si es porfiada,
no hay humana paciencia
para aguantarla.

(66.) *Mujer que habla mucho, que traga mas, y trabaja poco, cómetela, coco.* Con efecto, parece cierto lo que proponen la seguidilla y el estribillo. Una mujer, al lado de un hombre que no puede darla siquiera los buenos dias, porque la lengua de ella no permite que ótra articule una palabra á su presencia, es peor enfermedad que un tabardillo pintado, porque de éste, dentro ó fuera, se sale prónto; pero aquélla atormenta eternamente. ¡Cuánto padeció el pobre Sócrates con su mujer! Tenía tan lindamente organizadas la traquiarteria, las fauces y el galillo, que el más acreditado pregonero, por su gruesa y bien templada voz, no la ganaría á dar gritos, á alborotar la casa, y poner en expectacion al barrio, no dejando un instante quieta su lengua. Con paciencia inimitable la toleraba el filósofo, su marido, escapándose las más veces á la calle, y dejándola batallando con su furia. Un dia en que manifestó ella, más que en ótros, todos los primores de su voz y de su soberbia, tomó Sócrates la puerta: advirtiólo aquélla,

pilló un gran jarro, le llenó de agua, se puso al balcon á tiempo que Sócrates salía del portal, y le vertió sobre él, pero con tal acierto que, sin desperdiciar una gota, le dió toda el agua en la cabeza. Él entónces, sacudiéndose la gorra, y mirando á su enemiga con risa, la dijo: «*Esto lo esperaba yo; porque regularmente despues de muchos truenos viene una grande lluvia.*»

(**67**.)

De mi amor la constancia
será tan grande,
que faltará mi vida
ántes que falte.
Y esta promesa
con mi mano te ofrezco
que será eterna.

(67.) Por más que los ofrecimientos de este amante sean correspondientes al honesto fin que supone la seguidilla, dice un refran: *No creas promesas de amantes, si no las justificas ántes.* El bello sexo se paga mucho de ser amado; pero no examina ántes si es ó nó verdadero el amor. No hay cosa más fácil que ponderarle, ni facilidad más reprensible que, sin experimentarle, creerle. Son muy seductoras las amorosas exageraciones. La mujer que es prudente, no las cree hasta que el tiempo las acredita de ciertas; y deben tener tódas presente, que múchas fueron desgraciadas por haberse dejado sorprender de promesas engañosas. No lo hizo así una dama, que parece se llamaba Violante, á la que, para pintarla la constan-

cia del amor que la tenía el que para esposa la solicitaba, la escribió este

SONETO.

Querer sorberse el mar un insectillo,
cubrir el sol la mosca con sus alas,
rendir á Gibraltar con cuatro balas,
y al ruiseñor en canto un pobre grillo;
Querer comerse el simple corderillo
todas las buenas yerbas y las malas,
que cría Céres y destruye Palas,
y una estrella exceder al sol en brillo;
Querer tapar el cielo con un velo,
dar muerte una hormiguilla á un elefante,
y cual águila alzar un ganso el vuelo;
Y querer ser más firme que el diamante
el miserable é insubsistible hielo,
es querer imitarme en ser constante.

Y ella, tan prudente como graciosa, le contestó con esta redondilla:

Eres fino, eres constante,
eres... lo que tú quisieres;
pero seas lo que fueres,
no eres para
Violante.

(**68.**)

De honesta tiene fama
mi buena mujer;
pero de esto procede
su mucha altivez.

Por su castidad
cree que adoraciones
se la deben dar.

(68.) ¡Preciosa virtud es la de la castidad! Y en una mujer propia, tan recomendable, que sólo por ella se puede llamar dichoso el marido. Pero no parece justo que á éste se haga insufrible la esposa sólo porque es honrada. En ser buena, no hace otra cosa que cumplir con la ley divina; y el querer que por esta bondad pase la estimacion que se haga de ella más allá de lo justo, es una especie de soberbia, que no la excusa de culpa, y acredita que:

Lo que una virtud pudiera
darte fama en grado heróico,
con un vicio solo te haces
aborrecible de tódos.

E.

(**69**.) Está la rosa al alba
purpúrea y fresca;
y se halla al medio dia
marchita y seca.
Vana hermosura,
¡advierte tus encantos
qué poco duran!

(69.) Es admirable la moralidad de esta seguidilla y su estribillo. Nos dice que *Quien sigue al mundo y de la virtud se olvida, no espere eterna vida;* que las

glorias de aquél son vanas y perecederas, y que la antorcha luminosa de ésta nos guia al camino de la perfeccion. Nos recuerda que el mundo prepara en la cuna de las mayores felicidades el túmulo de las más grandes desgracias; y, últimamente, que hagamos á nuestros pechos santuarios de la virtud, y serémos felices siempre sin temer á las desdichas, ni aspirar á elevaciones, las que, á imitacion de la rosa y de la hermosura racional, apénas principian, acaban. *La rosa y la hermosura, ¡qué poco duran! Apénas amanece, la rosa florece; pero luégo perece.* A este asunto se hicieron estos versos:

¡Qué fragante y hermosa,
purpúrea, fresca y bella
se presenta la rosa,
reina de la floresta, al alba! En ella,
con preciosa elegancia,
compiten el color y la fragancia:
pero tanta hermosura y bizarría
mustias y ajadas son al medio dia.
Y tú, belleza humana,
que al mundo te presentas
tan orgullosa y vana,
que duracion eterna representas:
Reflexiona y advierte
que te sigue la muerte,
que te alcanza, y será tanta hermosura
pasto de insectos en la sepultura.

(**70**.)

Es la naturaleza
grandiosa en todo,
mas su poder inmenso
mostró en el oro.

Se hizo admirable
criando este embeleso
de los mortales.

(70.) Con gracia pondera esta seguidilla la estimacion que se hace del oro. Es verdad que los filósofos antiguos y modernos dicen y han dicho mucho mal de él; pero los antiguos tal vez le aborrecieron porque no le hallaron, y los modernos quizá no podrán verle, porque no consiguieron manejarle. Pero digan tódos mal de él, que en este caso será comparable á las mujeres, que tódos dicen mal de ellas, y las desean tódos. El oro da ó quita la virtud al que le posee, segun el mal ó buen uso que haga de él. Cuando presentaron á Oródes, rey de los partos, la cabeza de Craso, mandó se le echasen derretido por la boca, para que la consumiese este metal por el cual había hecho su insaciable codicia tantas iniquidades. Sabemos que hay oro potable que conserva la vida. Él ilustra lo más oscuro, da honores, hace discretos á los estúpidos, y valientes á los cobardes, segun acostumbra la vil adulacion: proporciona *escudos*, por los que de él se acuñan: y, últimamente, es dispensador de todas las gracias, destierra las pesadumbres, sirve del mayor consuelo en los más desesperados males, y como dijo el Príncipe de nuestros poetas, Lope de Vega, «es hijo del Sol, retrato de su resplandor, y vivificador de la naturaleza.» Por lo mismo se dice: *Si tienes oro, tienes decoro: y si aquél no tienes, aunque éste heredes, lo pierdes. Naturaleza, ¡cuán grande eres, dando oro á los hombres y hermosura á las mujeres!*

(71.)

En tus riquezas, Fabio,
nadie confíe,
pues sabemos las tienes
porque lo dices.
Eres andaluz,
y en su boca son tódos
lo mismo que tú.

(71.) A esta copla corresponden estos refranes: *Únos tienen la fama, y ótros cardan la lana. Cada uno alaba sus nabos. Tódos somos de tierra, y se la come la tia Elena. No hay nacion que no tenga bueno y peor, ni sitio donde falten virtud y vicio. En todas partes tiene cada semana su mártes. Tódos son buenos, únos más y ótros ménos. De luengas tierras, luengas mentiras;* y *Aunque algúno se enoje, alabarse y mentir á tódos coge.*

(72.)

En un carro con bueyes
llevo mis celos:
tiren bestias de bestias,
cuernos de cuernos.
Porque un celoso
es bestia que se pone
cuernos él propio.

(72.) Difine perfectamente esta seguidilla los celos y al celoso. Ellos son monstruos, y él, confundido con la fuerza de aquella furiosa pasion, procede como

un bruto. A veces él mismo se hace infeliz con lo que piensa, y se deshonra con lo que cree. Imita al gusano de seda, que labra su sepulcro.

(73.)

Era ajena Felisa,
—dijo era libre,—
la di pan, y marchóse:
san Juan la guie.
Yo no lo siento,
que en habiendo monedas
sobran talegos.

(73.) Hay mujeres tan petardistas, que fingen lo que no son para ejecutar sus engaños. A los que se alucinan con sus embustes, despues de experimentar mucho atraso en sus bolsillos, los reprenden estos refranes: *Quien da pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro. El que se viste de mal paño, dos veces se viste al año. Quien de ajeno se viste, en la calle le desnudan.* Al estribillo corresponde perfectamente éste: *Haya cebo en el palomar, que palomas no faltarán.*

(74.)

Envanézcase el rico
con su opulencia,
miéntras alegre vivo
con mi pobreza.
Consiga aplausos,
que mi bien será eterno
si á Dios agrado.

(74.) ¿Qué más riquezas ni felicidades que agradar

á Dios? Juntáronse dos pobres en un camino. El úno maldecía su suerte, y el ótro bendecía la suya. Dijo aquél á éste: «Pues celebras lo que tódos aborrecen, que es la pobreza, ó no eres pobre, ó eres loco.» Y le respondió así: «Sí, loco soy en tu concepto, porque »amo lo que tódos desprecian; pero tú eres ignoran»te, queriendo con execraciones apartarte de lo que »no puedes defenderte. Porque maldigas tu infeliz »suerte, ¿logras que se cambie en feliz? Nadie recoge »fruto distinto del que siembra: luego sembrando yo »paciencia en mi estado, recogeré consuelos; pero si »tú siembras maldiciones y juramentos, ¿qué puedes »coger sino angustias y amarguras que te devoren y »despedacen como verdugos crueles? Ningúno tuvo »larga vida sin larga pena, mayormente si recibió »con impaciencia los trabajos que le envió el cielo. »Ni los tesoros de Midas y Craso hicieron ni harán »nunca pacífico al soberbio; y como el que lo sea no »puede ser dichoso aunque posea las mayores rique»zas, eres tú infeliz por ser soberbio, más que por ser »mendigo, porque *No hay pobreza peor que el ser so»berbio y jurador. Cuando ayunque, sufre; y cuan»do mazo, tunde. Goza en paz tu poco, miéntras busca »más el loco.*» Estas prudentes reflexiones y oportunos refranes hicieron pacífico al soberbio compañero.

(75.)

El crímen algun tiempo
puede oculto estar:
mas cuando ménos pienses
se descubrirá.

Que Dios no quiere
que delitos horribles
impunes queden.

(75.) Importa poco que el delito no se descubra en algun tiempo para que el que le cometió viva siempre con mortales sobresaltos: ni un solo momento dejarán de atormentarle los remordimientos de su conciencia. El mismo sueño, que le presentaría tranquilo descanso estando inocente, le ofrecerá horrorosas imágenes que le devoren y hagan dispertar lleno de insoportables amarguras. Un pequeño ruido, su misma sombra le espantarán, siendo sus fieros enemigos. El delincuente no respira sin sobresalto, ni ve otra cosa que su crímen; y ya se ha visto que las aves descubrieron los reos. Últimamente, como el cielo tiene prometido que entre él y la tierra nada habrá oculto, al fin paran los reos en el patíbulo; porque *El que mal anda, mal acaba. El que vive con delitos, pasa tormentos infinitos, hasta que al fin sufre muerte ruin.* La mala educacion causa muchas veces estos afrentosos fines, porque *Conforme es el árbol, así es el fruto. El hijo mal enseñado no será muy honrado. El que al vicio se enseña, en él se despeña. El que lo hereda, no lo hurta;* y *De mal maestro no sale discípulo diestro.*

(**76.**)

En disputar con necios
poco lucirás,
porque las luces huyen
de la necedad.

Es temeraria,
y dispara más coces
que mula falsa.

(76.) *El necio es atrevido, y el sabio comedido. Las ofensas del necio se castigan con el desprecio. Más fácil es agotar el mar, que á la razon al necio sujetar.* Estos refranes, que sirven de apoyo al concepto de la seguidilla, ofrecen una sabia instruccion para que el prudente sepa manejarse con el necio, porque no hay temeridad que no comprenda, injuria que no haga, ni despropósito que no defienda; pero todo con estupidez, sin sujecion á los preceptos de la razon, y sin conocimiento para oir la voz que enseña, mueve y persuade. Por esto dijo un discreto poeta:

El ciego desea ver,
oir desea el que es sordo,
el flaco quiere ser gordo,
y áun el gordo, enflaquecer.
Sólo el necio veo ser
en quien remedio no cabe,
porque, pensando que sabe,
no hace caso de aprender.

(77.)

El que no pone freno
á su apetito,
en su propio alimento
lleva el peligro;
Pues no repara
ni en el que le aprovecha,
ni en el que daña.

(77.) Se deben reputar por brutos aquellos hom-

bres tan glotones que no tienen más gusto que rellenar sus estómagos, mezclando manjares opuestos, pero muy propios para producir cólicos y apoplejías mortales de necesidad: á estos Heliogábalos voraces reprende y enseña la seguidilla. Pero ni harán caso de la reprension, ni usarán de la enseñanza los que quieren más satisfacer su apetito que la misma vida, contentándose con decir: *Llene yo mi vientre, mas que muera de repente. Al que muere estando bien harto, la muerte no da espanto.* ¡Bárbaros refranes, y mucho más bárbaros los que los observan! Hay ciertos manjares que, separados, aprovechan, pero matan si se mezclan en el estómago. *Tras la leche, dijo el teatino, no bebas vinagre, agua ni vino. Tras el huevo, blando ó duro, vino puro. Quien come besugo y agua bebe, no pregunte de qué muere. Tras los requesones come alcaparrones, y vés en derechura á la sepultura.* Últimamente:

Tras caracoles, setas, higos, hongos y peras,
agua no bebas,
sino vino, y que sea tanto,
que caracoles, setas, higos, hongos y peras
anden nadando.

(78.)

En las dichas del mundo,
Fabio, no creas,
porque todas concluyen
cuando comienzan.
Son transitorias,
y sólo en apariencias
se fundan todas.

(78.) Para exponer la moralidad de esta seguidilla y su estribillo, era necesario escribir mucho. Baste decir que, *Las glorias mundanas son todas vanas. Quien en el mundo fia, camina sin guia.* Y yo diré: quien cree por verdaderos los fingidos encantos con que el mundo convida á los mortales, será el más infeliz de ellos. La misma seguridad mantienen que la que ofrece el aire, que de un instante á ótro se vuelve adverso siendo propicio. ¡Qué bien explicó lo que es el mundo y lo que es el hombre, un célebre poeta en este soneto!

Si es culpa concebir; nacer, tormento:
guerra, vivir; la muerte, fin humano;
si despues de hombre muerto es vil gusano,
y despues de gusano, polvo y viento;
Si viento es nada; y nada, el fundamento:
flor, la hermosura; y la ambicion, tirano;
la fama y gloria, pensamiento vano;
y vano cuanto piensa el pensamiento:
¿Quién navega este mar para anegarse?
¿De qué sirve en quimeras consumirse,
ni pensar otra cosa que en salvarse?
¿De qué sirve estimarse y preferirse,
buscar memoria, habiendo de olvidarse,
ni edificar, habiendo de partirse?

Con más expresion, viveza y elegancia pintó ótro el ser y el no ser del hombre, en estas admirables

DÉCIMAS.

¿Qué tengo, ¡pobre de mí!
hoy, de haber vivido *ayer*?
sólo tengo el no tener
las horas que *ayer* viví.

Lo que *hoy* de *ayer* discurrí
diré *mañana*, si soy;
pero tan incierto estoy
de que *mañana* seré,
que quizás no lo diré
por haberme muerto *hoy*.
Si *hoy* me llegáre á morir,
(como puede acontecer)
Mañana el *hoy*, será *ayer*
en que acabé de vivir.
Pues si esto llego á sentir
infaliblemento cierto,
¿ cómo peco, cuando advierto
mi vivir tan fugitivo,
que *mañana*, el *hoy* de un vivo,
puede ser *ayer* de un muerto?
Si en pecado *ayer* muriera,
me hubiera *ayer* condenado;
y de tan terrible estado
hoy librarme no pudiera.
Que *hoy* en mi pecado muera,
ya que *ayer* no sucedió,
puede ser: pues ¿ cómo yo
no lloro mi culpa tierno,
si *hoy* me libro de un infierno,
y quizás *mañana*, nó?
El *ántes*, *ahora* y *luégo*
tres *instantes* discurrí:
el *ántes*, ya le perdí,
al *despues*, no sé si llego;
el *ahora* tengo, y ¡ ciego,
no lloro *ahora* mi encanto
cuando, en desengaño tanto,
me dicta verdad constante,
que estoy del fuego un *instante*,
y puede apagarle el llanto!

(79.)

El elevado pino
vivió cien años,
y murió, nó de viejo,
sí de elevado.
Que el rayo ardiente,
en lo que está más alto
se emplea siempre.

(79.) Admirable doctrina enseñan esta seguidilla y su estribillo, particularmente para aquéllos que están en la cumbre de los honores y felicidades, y creen que el vivir mucho consiste en morir tarde en ellas. ¡Qué engañados están en esto! Preguntándole á Simónides qué tiempo había vivido, respondió desengañado: «En muchos años he vivido pocos dias.» ¡Qué expresion tan moral! No es vivir lo que se vive para el mundo, porque sólo se llama vida la que se emplea en asegurar la eterna. No se miden por el tiempo los años, sino por las virtudes. Poco vivió el que en muchos años de vida hizo pocas cosas buenas. ¿Y es vida, acaso, la del que parece que domina á la fortuna, segun lo que le favorece elevándole á la mayor grandeza? Si se reflexiona, es una muerte continua y una zozobra eterna. *Quien aprisa sube, aprisa se hunde.* El invencible valor de Sifax le dió el esclarecido epíteto de siempre victorioso héroe. Roma y Cartago creyeron que, si le tenían de su parte, asegurarían sus triunfos; pero el que venció á tantos, se vió vencido de Lelio, legado de Escipion; y al que no quiso admitir como amigo, reverenció despues due-

ño. Mudóse el claro dia de sus victorias en oscura noche de rendimientos; y los que ántes arrastraba laureles se cambiaron en pesadas cadenas. Estas son las vueltas que da el mundo con los que parece que trata con más amor y respeto.

(80.)

En efecto, tirana,
me has dado celos,
despreciando mis flores
por las de Celio.
Y ella respondió:
«Cuando tomé sus flores
te di el corazon.»

(80.) Los celos que se apoderaron del que se queja en esta copla por haber preferido la que amaba para esposa las flores de ótro á las suyas, precisamente se cambiarían en dulces dichas con la satisfaccion que le dió, y expresa el estribillo. Si el tomar las flores de Celío, y nó las de su amante, fué para deslumbrar á los que se hallaban presentes, y de quienes pedía la modestia que ocultase su verdadero amor, procedió como discreta, haciendo que pareciese injuria lo que era cautela. Al tomar las flores del que no quería, no admitiendo las del que amaba, echó á éste una rápida y tierna ojeada, desplegó sus labios, formó una ligera sonrisa, y con un apacible suspiro le envió el corazon, para que sus amorosas influencias eludiesen el sentimiento que le causaría el supuesto desprecio. ¡Feliz el que ama á una mujer para esposa, si ésta

sabe con oportunidad desmentir su pasion á los maldicientes que la observan vigilantes!

Procediendo con esta recomendable cautela una señorita, que amaba tiernamente al que despues fué su marido, llamado D. F. *Adan*, y siendo preguntada por úno, del que debía recatar su pasion, si no tenía amor á algun sujeto, le satisfizo pronta y discretamente, diciendo: *A mí sola, y á* nada *más.* Admirable respuesta, pues pondera su amor, dice á quién le tiene, y el que hizo la pregunta no consiguió saber quién era éste. *Nada,* leido al reves, dice *Adan,* apellido del amante; con que la respuesta fué: *Me amo infinito; pero á* Adan, *más.* Así declaró el que era su amante, y dejó burlada la malicia del que procuró saberlo.

Si este amante se quejó por ver sus flores despreciadas, ótro hizo lo mismo viendo las suyas favorecidas, como se ve por el siguiente

SONETO.

De Vénus entré ayer en el jardin,
y un clavel que la Diosa allí dejó,
esta atrevida mano le cortó
para que le sirviese á un serafin.
En tu mano le puse; pero sin
declararte la llama que abrasó
mi alma en el instante que te vió,
ni de mi activo incendio el dulce fin.
El altar de tu pecho mi clavel
hiciste que ocupára, para dar
á mi tributo estimacion cruel;
Porque con esta gloria singular
declaras que me excede en dicha él,
pues no me dejas donde está llegar.

Lo mismo expresó otro poeta, ó tal vez el mismo que hizo el anterior soneto, en esta

QUINTILLA.

Esta rosa, que se via
adornar tu mano bella,
me has dado; y es cosa impía
que niegues á mi porfía
el lugar que tuvo ella.

(81.)

El que se desespera
por lo que debe,
es señal de que nunca
pagarlo quiere;
Pues con la vida
puede esperar se cambie
su mal en dicha.

(81.) Si todos los que deben y no pagan porque no pueden, se quitáran la vida, sería mayor el número de los que muriesen que el de los que vivos quedasen. Las deudas por sí solas nada tienen de vituperable. Se miran como un contrato hecho por el que da y el que recibe. Si faltára su práctica, cesaría igualmente la dependencia que tienen los hombres únos de ótros. Si á su debido tiempo no se satisfacen, las estimaciones padecen; pero si, puestos todos los medios para ello, no puede conseguirse, ¿qué remediará el hombre con desesperarse? ¿Será lícito que anteponga el ser su homicida á la desestimacion que le produzcan sus acreedores? ¿Debe buscar el infierno por no poder pagar lo

que debe? ¿Será buen medio para no ver eternizadas sus deudas, hacer con la desesperacion su condenacion eterna? ¿Y paga, acaso, quitándose la vida?.... Ántes contrae otra deuda más infame y escandalosa, pues envilece su nombre y condena su alma. Aunque sea grande el número de los acreedores, y mayor la miseria del que los tenga, *Miéntras el hombre vive, de Dios bienes recibe;* y tal vez le dé los suficientes para salir de sus apuros en el tiempo que más le convenga. Pero *Si se muere el que me debe, todo se pierde. Lo que me debe Juan no lo puede pagar: pero si se muriera, ménos pudiera. Más vale que me deba un pobre, que deber yo á un rico.* Y últimamente: *Si crees que es tu remedio la desesperacion, sólo sacarás de ella tu condenacion.*

Úno que ya estaba cerca de acreditar lo que dice esta seguidilla, pues se había echado el cordel á la garganta para ahorcarse por no poder pagar sus deudas, fué reprendido por úno de los muchos que llegaron á tiempo de estorbar aquel horrible atentado, con esta graciosa

DÉCIMA.

¿Qué haces, hombre? ¿tú te atreves
á darte muerte aturdido?
vaya, y esto ¿por qué ha sido?
¿fué tal vez por lo que debes?
Pues si tu vista la mueves
por ver á los que aquí están,
áun más que tú deberán;
y son tan buenos, que hicieran
otras deudas si pudieran:
lo malo es que no podrán.

F.

(82.) Fingir un constipado
es grande arbitrio,
porque el toser á veces
sirve de aviso.
Si cuando tosas
te corresponden, ¡bravo!
¡bien va la cosa!

(82.) *Los enamorados discurren más que letrados.* Y es verdad, porque sus máximas todas son nuevas, como producidas segun los empeños que se ofrecen. La del amor es una política que sólo la entienden los que la ejercitan; y como no se conducen por autores conocidos, sigue cada úno la doctrina que le enseña su pasion y contemplan análoga á los sucesos amorosos que les ocurren: siendo aquélla más ó ménos exquisita, segun es más ó ménos grande el ingenio. No sería muy mezquino el que da el consejo que ofrece la seguidilla, y la seguridad que promete su estribillo. Él querría establecer sin duda un nuevo sistema, reducido á esta máxima: *Es muy oportuno fingir un mal si de él ha de resultar un bien.* De fingir un constipado, que es un mal, puede provenir que la tos sirva de *lengua*, que la entienda lo que se ama, y que corresponda en el mismo idioma, lo que sin duda sería un bien para el amante. Este es un modo de hablar utilísimo, porque además de ser fácil para tódos, no necesita de frases, conceptos ni elocuentes discur-

sos para manifestar el amante retóricamente sus llamas, ardores é incendios, ni lo amado para corresponderle. Y como no hay necesidad de gastar palabras, se observa perfectamente este precepto: *Oveja que bala, bocado pierde.* Y aunque por alguno de los amantes haya al principio alguna rudeza para insinuarse, de modo que sin diccionario pueda el sentido de la tos claramente entenderse, porque *No hay atajo sin trabajo*, con facilidad será instruido por el ótro, porque *Al cabo de un año tiene el mozo las mañas del amo:* mayormente si el que enseña no ignora que *La letra con sangre entra.* Y aunque, cuando lo permitan las ocasiones, se use de las palabras, *Por mucho pan nunca es mal año. Pan y pan con ello, y pan para comello.*

(**83**.)

Feliz el que, sujeto
de amor al yugo,
es amado, y no tiene
quién le dé sustos.
Por esto mismo
soy dichoso, pues logro
estos prodigios.

(83.) ¿Quién no tendrá por prodigiosas las particularidades que contiene esta copla? Porque amar con eficacia, ser correspondido con terneza, y carecer de los horribles tormentos que á veces produce el amor, es la satisfaccion más grande de dos amantes. Con justa razon se lisonjea de ser feliz el que habla en aquélla, disfrutando tantos bienes; porque amar sin desconfianzas, recibir correspondencias sin fingimientos, y carecer de la cruel tortura que causan los

celos y de las terribles amarguras que originan las domésticas desazones, nacidas de la oposicion de los genios, es la mayor de las felicidades que pueden conseguirse, y que son tan difíciles de lograrse. Amantes y esposos dichosísimos que gozais esta fortuna incomparable; que estais anegados con ella en el seno de las delicias: conservad la pura fe y la sincera tranquilidad con que os unió el amor, y habeis sabido guardaros recíprocamente. Continuad hasta la muerte en ese océano de dichas; despues cubrirá el mismo amor vuestros cadáveres con todos sus signos, con los de la paz, de la constancia y de la alegría, poniendo en la lápida que oculte dos corazones tan amantes como dignos de admiracion, este

EPITAFIO.

Aquí yacen dos esposos
que se amaron; no riñeron
jamás, ni celos tuvieron,
y, para ser más dichosos,
juntos á un tiempo murieron.

Y los infieles esposos que viven entregados á la disolucion, sin verse ni tratarse más que las horas que emplean en el natural descanso, ¿qué delicias hallarán en tan justa union si la corrompen, y de un nudo santo hacen un lazo delincuente? Para éstos únicamente parece que se hizo el siguiente

SONETO.

¡Qué gozoso aquel dulce pajarillo
con la consorte tierna se recrea!
¡Cómo la sigue!... ¡Cómo la rodea
saltando desde aquél á este ramillo!

¡Con qué amor tan constante y tan sencillo
ella le satisface y galantea!
Sus alillas extiende, las menea,
y amorosa le rasca su piquillo.
Sólo en esto se emplean; jamás tuercen
lo recto de su amor. Él, de sus males
es el dulce remedio que reciben.
¡Y que el hombre y mujer no se avergüencen,
abominando los irracionales
la impureza y desórden con que viven!

(84.)

Fié todas mis dichas
de mujer bella,
y recogí desgracias
porque lo era.
Porque es seguro
que belleza y peligro
es todo úno.

(84.) Si era bella, ¿no había de ser peligro? ¿Qué rosa no tiene espinas? Por esto se dice que: *A buen bocado, buen grito:* y *Miéntras es la mujer más hermosa, es más peligrosa.* Sin embargo, todos los riesgos con que amenaza la hermosura los sabe vencer la virtud. A las abrasadoras llamas que aquélla despide, y con las que enciende los más helados corazones, apagan y desvanecen los poderosos y ejecutivos efectos que ésta produce. En oponiéndolos con constancia á los torpes deseos que aquélla engendra con frecuencia, éstos quedarán vencidos, y aquéllos triunfantes. Si la belleza es hechizo que arrastra las voluntades; y la fealdad, mortaja que sepulta los cora-

zones, elíjase para mujer propia *Ni hermosa que tódos alaben, ni fea que á tódos espante.* Este es el medio de aquellos extremos, porque *Quien todo lo quiere, todo lo pierde. Al enhornar se hacen los panes tuertos ó derechos;* y *Cuando Dios va delante, el mar está llano.* Decía un discreto: «La ley de la cortesa»nía se reduce á dos preceptos, á saber: en viendo »una mujer fea, *no codiciar la mujer de tu prójimo;* »y en viéndola hermosa, *amar al prójimo como á tí »mismo.*»

(**85.**)

Feliz será el que sabe;
mas me parece
que es mucho más felice
el que oro tiene.
Que el oro hace
que pase por discreto
el ignorante.

(85.) Poco conocerá el valor de la sabiduría el que la posponga á la riqueza; y el que defienda que el oro es superior al saber, tendrá más de ambicioso que de sabio. Nuestros refranes dicen: *Más vale saber, que haber. El sabio pobre es más rico que el poderoso, si es borrico. El hombre lleno de oro y falto de entendimiento, es de Apuleyo el jumento. Tener ningun talento y mucha plata es tener nada.*

El sabio nada echa de ménos. Todo lo encuentra en su filosofía. Ni la pobreza le consume, ni los tiranos le dominan. Conoce que aquélla es la verdadera riqueza, y se cree con ella dueño de su libertad y de mayores tesoros que los de Craso. Dionisio, el tirano,

hacía la mayor estimacion de Aristipo, insigne filósofo discípulo de Sócrates, y fundador de la secta cirenáica. Un dia chanceándose el Rey con el Filósofo, le dijo á presencia de su córte: *Los filósofos mendigan el favor de los grandes, porque siempre se ven á sus puertas.—No es por esa razon, señor,* le contestó Aristipo; *sino porque los médicos están ordinariamente en las casas de los accidentados, cuyas enfermedades se hacen ménos mordaces y malignas con las recetas de los sabios.*

En otra ocasion le negó Dionisio una súplica que le hizo en favor de la humanidad. Para reducirlo á concederla se arrojó á sus piés, cuya accion admiró á los que la notaron; y advertido esto por el Filósofo, les dijo: *Vuestra sorpresa consiste en que ignorais que tiene Dionisio las orejas en esta parte.*

En desprecio de la riqueza, y en obsequio de una esposa, se compuso el siguiente

SONETO.

Un gran señor soñé que me llevó
anoche á su palacio, y que en él vi
infinito tesoro, un Potosí;
pero que nada de ello me admiró.
En una grande pieza me enseñó
montones de oro; en ótra distinguí
tantos diamantes, que sin duda creí
que todos los del orbe allí juntó.
Al fin me preguntó qué juicio hacia
de su erario, poder y su grandeza,
y mucho más que no me descubría.
Y yo le respondí: «Tanta riqueza
»no puede compararse con la mia,
»pues de Filis poseo la belleza.»

(86.)

Formó amor un milagro
en mi Belisa,
pues es sobre discreta,
hermosa y rica.
Cuyas tres partes,
á no ser celosilla,
la hicieran ángel.

(86.) En pocas mujeres se hallarán las tres admirables circunstancias que en esta Belisa; y serán raros los esposos que logren las felicidades que el suyo. Con todo, aún no está contento. Se opone á que disfrute sus dichas cumplidamente el ser algo celosa; cuyo defecto, aunque tan pequeño segun lo gradúa el estribillo con el diminutivo de *celosilla*, es lo que le sirve de acíbar á las dulzuras que goza en su consorte. Esto acredita que el mayor conjunto de dichas que puede dar el mundo, no llena los deseos del hombre, hasta gozar las eternas. ¡Oh felicidades humanas, qué miserables sois, pues á ningúno satisfaceis! Por esto se dijo que: *Al que tenemos por más afortunado, tal vez es el más desdichado;* porque *Nadie disfruta felicidades sin pasar muchos males;* pues *Del mundo las dulzuras están llenas de amarguras.*

Despues de los que verdaderamente están entregados á la virtud; de los que conformes con su miserable situacion nada echan ménos de cuanto el mundo pudiera darles, porque conocen que todo es falible

y pasajero, serán felicísimos los que piensen como el que habla en el siguiente

SONETO.

Disfrute el poderoso sus grandezas
entre vicios que borran sus blasones;
rinda el obsceno simples corazones
víctimas siendo de sus impurezas;
La humanidad desprecie y sus bellezas
el que al juego tributa sus millones;
y, adquiriendo y guardando sus doblones,
el avaro cometa mil vilezas;
El juez injusto venda la justicia;
á su prójimo robe el usurero,
y á la virtud persiga la malicia;
Al hombre vano engañe el lisonjero
y en hacer mal encuentre su delicia,
miéntras yo en mi rincon la muerte espero.

(87.)

Fué objeto de las iras
de Anarda, Celio;
y de ótros ménos finos
admitió obsequios.
Tísica se vió:
huyen tódos, y sólo
Celio la asistió.

(87.) Así como acreditaron su perfidia los favorecidos, justificó su constancia el despreciado, porque *El que más hace, ménos merece.* Esta Anarda, aborreciendo á Celio su fiel amante, y obligada de falsos rendimientos, experimentó lo mismo que expresa la

siguiente oda, que parece se hizo de propio intento para expresar el asunto de la presente seguidilla; y la insertamos aquí, creyendo que no disgustará á los lectores.

Anarda, aquella Anarda
tan preciosa, tan dulce y tan gallarda,
en quien Naturaleza
puso tanta belleza
como virtud, rodeada de pastores
que honestos la cantaban sus amores,
pretendiendo cada úno con empeño
de tan rara belleza ser el dueño,
á tódos escuchaba placentera.
Sólo Aniceto era
de su amor despreciado;
ni áun hablarle quería, y condenado
á tan mísera suerte,
los umbrales pisaba de la muerte.
Solo, triste, sin gusto,
cubierto de horror, pena y disgusto,
en el lóbrego soto todo el dia
la voz de ¡ingrata Anarda! repetía.
Ésta, en tanto, de Silvio, de Fileno,
de Anfriso, de Benito, de Trimeno
y otros muchos pastores,
sencillos holocaustos y favores
recibía, causando á todas horas
pena á Aniceto, envidia á las pastoras.
Anarda pretendía
determinar cuál más lo merecía,
para no errar tan fuerte
nudo, que se deshace con la muerte.
La presencia de Silvio la agradaba,
pero poco discreto le encontraba;
en Fileno alababa lo elocuente,
mas en él notó rasgos de imprudente;

en Trimeno advertía
mucho amor, pero más hipocresía.
En fin, en cada úno
méritos encontraba, y en ningúno
los que solicitaba:
y la eleccion así se dilataba.
Sólo el pobre Aniceto
era de su aversion mísero objeto,
siendo el que más la amaba
y donde el cierto mérito se hallaba.
Pero, ¡qué raras veces acontece
que el premio se le dé á quien lo merece!
En este estado, Anarda de repente
indispuesta se siente;
condúcenla á su lecho
y la aplican remedios sin provecho.
Sus amantes la ecrean, la rodean,
suspiran, lloran, para que se crean
de su amor la constancia,
el ardor, la terneza y la elegancia.
El mal crece, se aumenta la fatiga;
no hay señal que no diga
que es mortal la dolencia.
Lentos quejidos, pero con frecuencia
daba Anarda; duplícase el tormento,
notando que su aliento,
que fragancia era todo, ya provoca
su fetidez á vómito. La boca,
que fué centro de perlas, se la tuerce;
y por más que se esfuerce
la sabia medicina,
horrible puso á la que fué divina.
Los que amantes rendidos
eran de su belleza,
al físico escucharon confundidos
que, «del mal la fiereza
»la dejaría horrible, si vivía,
»que era como imposible, y causaría

»en los que la asistiesen,
»si su fétido aliento percibiesen,
»estragos incurables, pues notaba
»que lo que respiraba
»corrompería el aire, pues del seno
»del pulmon producía
»un licor, que sería
»para toda la casa cruel veneno.»
Ellos que esto escucharon,
precipitadamente abandonaron
á la infeliz Anarda,
la que en vano favor de ellos aguarda,
pues su amor en horror se vió trocado.
Sólo Aniceto entónces, animado
de su pasion leal, constante y pura,
para asistir á Anarda se apresura.
Llega al lecho, repara
en su deforme cara,
y la halla su fineza
con la misma belleza
que cuando la gozaba plenamente.
Ni la echa ménos su pasion ardiente,
ni encuentra su contento
fetidez en su aliento;
ántes le parecía y contemplaba
que por él derramaba
la mirra del Oróntes, los aromas
que los cedros arrojan en sus gomas,
los olores sabeos,
arménicos, arábigos é hibleos.
Sus ojos, con desmayos,
los tuvo por dos rayos
de la naturaleza,
mostrando su poder en tal belleza.
En su boca torcida
y de cáncer comida,
que la hacía horrorosa,
hallaba la fragancia de la rosa,

del carmin lo purpúreo, y toda llena
del cándido color de la azucena.
En fin, en ella veía
que su hermosura unía
la de las Atalantas, Claridoras,
de las Cleopatras, Sofonisbas, Floras.
La mira absorto, y dice:
¡Oh mi Anarda adorada, ya es felice
el mísero Aniceto;
porque si fué el objeto
de tu horror, hoy la suerte
le da toda la dicha sólo en verte.
La sirve, asiste y cuida vigilante;
cede la enfermedad, pero constante
la deformidad dura,
aunque para Aniceto era hermosura.
Cada vez más rendida la fineza
de Aniceto fué á Anarda; ésta empieza
á conocer lo mucho que le debe.
Su madre la hace un breve
discurso, en que admiraba
tánto como la amaba;
su constancia, su fe, su bizarría,
y la maldad, vileza y tiranía
de los otros amantes,
aleves é inconstantes.
Anarda con despejo
pide al punto un espejo;
se ve en él, la horroriza
su imágen, canoniza
del más fino á Aniceto;
le llama con secreto
y le dice: «¡Oh dechado
»de amantes fieles! ¡Tú solo has mostrado
»para Anarda el amor más verdadero!
»El mio siempre austero,
»siempre airado y crüel para contigo
»le mostró mi altivez, y por castigo

»el Cielo me ha quitado la belleza.
»Amante desdichado, tu fineza
»la sabré agradecer eternamente.
»¡Ah! Si tan locamente,
»con tanta vanidad y desagrado
»yo no hubiera pensado,
»tuya sería! Pero
»que huir debes de mí ya considero.
»¡Oh dulce amante! Déjame que muera:
»¡huye, Aniceto, huye de esta fiera!»
En su llanto anegada,
y como desmayada,
suspira y gime con mortal lamento;
y el amante contento
la ase la mano, y dice: «Hazme dichoso
recibiendo á este esclavo por esposo.»
—«¿Lo quieres, ángel mio?
»Pues ya de mi albedrío
»eres único dueño, dulce amante,»
Anarda respondió; y en el instante
desposados quedaron,
y á Aniceto las dichas le cercaron.
Anarda su salud recobra; el Cielo
premia el amor y el zelo
del fiel é incomparable
Aniceto, volviendo su admirable
belleza á la consorte, la que le ama
con tanto amor como el que á él le inflama.....
Este suceso, amor ó maravilla
que admira al mundo, sucedió en Sevilla;
y en sus anales hoy el tiempo guarda
los nombres de Aniceto y de su Anarda (1).

---

(1) Este pasaje es tomado de la *Leandra*, tomo II, pág. 30 hasta la 50, el que vuelve á continuar en la 67 y siguientes, y concluye desde la 89 hasta la 91.

(88.)

Irme pienso á las Indias
á hacer gran caudal,
y volverme á la patria
para titular;
y ya hecho conde,
será mi esposa aquélla
que se me antoje.

(88.) De las cinco partes de que consta esta copla, y son: ir á Indias; adquirir muchas riquezas; volver á la patria; hacerse conde, y casarse; en acreditando el que habla en ella las cuatro primeras, tiene conseguida la quinta, cuando, como, con quien, y del modo que quiera: porque *Un conde con muchos doblones se casará con quien le acomode;* y aunque *Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería*, no hay cosa más útil para divertir un ánimo tétrico y afligido, que pasearse por los espacios imaginarios, y creerse constituido en el rango más elevado. Esta es una fortuna que la tiene el hombre en su mano, y de cuya cumbre no le derribarán, si él no quiere, ni la envidia, ni la calumnia, ni todo el poder del mundo. Y si en esta vida *Gustos y disgustos son sólo una leve imaginacion*, no seamos tan simples que, pudiendo labrarnos dichas, nos fabriquemos desgracias. Imaginémonos dichosos con nuestra suerte; y si nos aseguramos de que verdaderamente somos en ella dichosos, porque Dios nos da lo que nos conviene, jamás nos contemplarémos infelices, porque *De Dios logra la gracia el que se tiene por feliz en su desgracia.*

Y para que lleguen á realizarse las pretensiones del infeliz, por pequeñas que sean, ¿ cuántas dificultades se le ofrecen, y cuánto tiempo emplea en superarlas para conseguirlas? ¿Y acaban con esto sus deseos? ¿Queda así satisfecha la ambicion humana? Nó, por cierto: ántes el ascenso de un escalon incita y persuade con eficacia á subir ótro; y así estamos siempre aspirando á las glorias momentáneas, sin acordarnos de las eternas. Lo cierto es que el que habla en esta seguidilla no tuvo presente que *El hombre pone, y Dios dispone;* y que, cuando más embelesados estamos en nuestras ideas y disposiciones, llega la muerte y todo lo acaba. Esto sucedió á los tiernos y desgraciados esposos de la siguiente

ODA.

Ayer, yo y mi Belisa,
fuimos al alba á misa;
ella, llena de gozo,
asida iba á mi brazo; el alborozo
no cabía en mi pecho, contemplando
que á la misma inocencia estaba amando.
Volvíamos á casa entrado el dia,
declarando los rostros la alegría
que reinaba en los dos. El aire frio,
la niebla y el rocío
nos hizo caminar con mucha prisa,
y tiritando, dijo mi Belisa:
«Amado Antonio, luégo que lleguemos
»á casa, una gran lumbre encenderémos;
»pondré salchichas y torreznos júnto
»en la sarten mediana, y con el unto
»ó pringue que resulte, en un instante
»unas migas harémos con picante,
»con las cuales, y un trago de lo puro,

»que en calor entrarémos te aseguro.
»Tú te irás al ganado,
»pues le engorda el cuidado
»de su dueño, sin tasa,
»y yo haré las haciendas de la casa.
»Vestiré á nuestro niño,
»y le pondré lo propio que el armiño.
»Dios nos le guarde; nuestro amor merece;
»y ¡cómo á su papá se le parece!
»Vendrás al medio dia;
»tendras tu buena olla, y á fe mia
»que el chorizo que ayer nos dió Bartolo
»todito has de comértele tú solo.
»A la tarde saldrémos
»á dar vuelta al ganado; dejarémos
»sazonada la cena,
»la que caerá despues con gusto, y llena
»de satisfaccion pura;
»darémos á Dios gracias, que asegura
»la eterna al que las da sencillamente.
»Despues tranquilamente
»nos irémos al lecho,
»y dormirá Belisa sobre el pecho
»de su adorado Antonio; y es preciso.....»
  Paróse aquí Belisa; é improviso
accidente la quita
la voz y la belleza. Solicita
hablarme, mas no puede; ni áun se queja,
y rendida en el suelo caer se deja.
  La sostengo temblando,
y á mis tristes lamentos van llegando
vecinos y otras gentes.....
El médico y el cura diligentes
á la desgracia acuden; aquél toca
el pulso de Belisa; de su boca
quiere hallar el aliento,
mas tódo en vano: ¡ay, Dios! murió al momento.

Piensa, mortal, en adquirir honores;
en que un tesoro rindan tus labores;
ten por ídolo al lujo; piensa, ordena
todo cuanto la ley de Dios condena;
distribuye por dias, meses y años
lo que intentes hacer, que á estos engaños
(loco es quien no lo advierte)
les pone fin la repentina muerte.

(**89.**)

Fiel retrato el cigarro
es de este mundo,
porque todo se vuelve
pavesa y humo.
Huye de él, huye,
y vence sus encantos
con tus virtudes.

(89.) Esta seguidilla es una advertencia moral tan recomendable, como que nos pone presente, con una comparacion tan humilde, una verdad tan incontrastable. Su estribillo es un consejo, que el que le siga puede asegurar el fin para que fuimos criados; porque, ¿qué son las esperanzas que ofrece el mundo? ¿quién confía en las opulencias y felicidades que presenta? Todo es humo, polvo, nada. ¿Hay seguridad en sus dichas? ¿están libres de desgracias? «¿Conseguiste los mayores honores?» preguntaba Séneca. «Y acaso (prosigue el mismo), ¿han sido tan »continuos, tan grandes é inesperados como los de »Seyano? No puede ser. Pues reflexiona, para no en»vanecerte, de lo que sirvieron, y hallarás sin nota »tu escarmiento. El mismo dia que le acompañó el

»Senado por las calles de Roma para darle esta gloria »más, fué despedazado por el pueblo.»

Vence Cayo Mario á Yugurta, y respira Roma Previénesele su triunfo; pero es digna de reparo la disposicion que dió el Senado para celebrarle. El carro era magnífico; llevaba el glorioso vencedor una argolla de hierro en la mano, y una corona de oro un esclavo que iba á sus piés. Aquel sabio y prudente Senado quiso mostrar así la inconstancia de las glorias que ofrece el mundo: porque la argolla, que es signo de la esclavitud, la llevaba el triunfante; y la corona de oro, que había de ceñir sus sienes como señal de la memorable victoria, la conducía el esclavo, para manifestar que las extravagancias y vicisitudes de la fortuna pueden elevar á éste al grado de aquél, como se advirtió en Espartaco, y á aquél abatirle al estado de éste, como se vió en Mitrídates. Por esto dicen nuestros refranes: *Quien busca en el mundo gustos, sólo hallará disgustos. El que mucho sube, luégo se hunde. El que esté más alto, espere mayor salto.*

Imitemos á Demócrito y á Heráclito, llorando y riendo las frecuentes transformaciones que continuamente nos presenta el mundo; burlémonos de sus locuras elevando á únos por capricho, y abatiendo á ótros por juguete; riámonos de las dichas que ofrece, porque al fin las acaba en amargura; y lloremos porque los mortales no acaban de conocer que las únas y las ótras son humo, pavesa y nada. *¿Cómo va, Mendo?—Horas llorando, y horas riendo.*

(90.)

Fija tus crueldades,
dulce embeleso,

pues crecen mis finezas
con tus desprecios;
y ya consentí
en que, ó has de ser mia,
ó he de ver mi fin.

(90.) Asegura ser un amante finísimo el que habla en esta seguidilla, pues los desvíos, las tibiezas y desprecios de lo amado son dulces alicientes que aumentan su pasion; y en el estribillo se muestra mucho más fino y constante, pues ofrece ser tan permanente en su amorosa y legítima solicitud, que, ó ha de morir en ella, ó lograr la mano que tanto ama. A este asunto parece se hizo este

SONETO.

Siento abrasarme, y amo más la llama;
padezco un ansia, y es apetecida;
lloro un dolor, que aliento da á mi vida;
y siento un mal, que amante fiel me llama.
Mi tormento es mi gloria, que el que ama
y su dicha es sin penas adquirida,
al punto que la advierte conseguida,
ó la desprecia, ó muy poco le inflama.
Tú, Juana mia, tú eres el motivo;
tú, la causa de verme de amor lleno;
tú, por quien muero; tú, por la que vivo.
Me abrasan tus rigores, gimo y peno:
pero, ó he de vencer tu trato esquivo,
ó á morir siempre amando me condeno.

El mismo autor encareció más su amor y constancia en este otro

SONETO.

En borrascoso mar, con rumbo incierto
mi corazon navega fluctüante;
pero no dejará de ser amante
por más que dude del dichoso acierto.
Sigue su norte sin hallar el puerto
que ansioso solicita vacilante,
y en este empeño seguirá constante,
y ántes que nó rendido, será muerto.
Conozco que el peligro es inminente;
el mal, cierto; falaz, la medicina;
y que lo amado darme muerte intente,
Que no sé si á mi amor grato se inclina:
pero con todo, mi pasion ardiente
el triunfo quiere ver, ó mi rüina.

El que verdaderamente solicita con eficacia á una señora para esposa, se puede decir que sus pretensiones son hijas de un legítimo y puro amor; pero si al paso que él más insta, ella desprecia, esta especie de tormento despedazará su corazon. Y como es tan difícil vencer las inclinaciones, sólo se debe aplicar en semejantes enfermedades la siguiente

RECETA.

Se ha de echar en una cantarilla de *rendimientos* azumbre y media de *llanto*, y ponerla al fuego de la *pretension*. Al primer hervor del *deseo* se le han de mezclar doce adarmes de *atenciones* y *finezas*, con las cuales ha de hervir hasta que, con la calor de la *instancia decorosa* y *tierna*, se consuma la tercera parte de la *resistencia* al lazo indisoluble. Despues se apartará del fuego de los *reparos* y *desdenes*, para

que se enfríen los *desprecios* y se exhalen los *inconvenientes*. Se tapará muy bien con el *silencio*, para que no se evaporicen los espíritus del *secreto;* y á este tiempo estará pronta media libra de azúcar de *galantería*, y tres arrobas y cuarteron de *generosidad* (porque miéntras más grande ésta sea, más milagros hace), y en la palancana de la sufrida *esperanza*, con otra tanta cantidad de *regalos*, se han de mezclar todos estos simples para que se conviertan los *desvíos* en *halagos*, y las *tribulaciones* en *felicidades;* y despues se ha de pasar todo por la manga de la experiencia, dejando que haga el tiempo con el *agradecimiento* la *union*. Luégo que esté todo purificado de la *esquivez*, y que no tenga este compuesto ningun sabor de *desafecto*, sino bastante olor de *inclinacion*, se ha de echar en una garrafa de *contingencias* (que la contingencia es vidrio), y allí se desleirán en *ternezas* dos granos de almizcle de *rendimiento* y *disimulo*. Póngase todo á enfriar al aire de la *cordura* y el *temor*, para prevenir los *peligros*, apretando la nieve de la *tibieza* con la sal de la *porfía*, para que así se vaya trabando la *posesion*, y aumentando la *esperanza*.

Para que resulte favorable esta composicion, es preciso que el *cuidado* esté siempre asistido del *recelo*, y sostenido por la *prudencia;* porque siendo esta bebida por la *sustancia licor*, pueda hacerse con los accidentes castigo de la *aversion* y triunfo de la *constancia;* teniendo presente siempre estos refranes que, aunque antiguos, sirven mucho en todos tiempos: *Buena es la quina; pero á veces es más mal, que medicina. Segun te fuere con ellos, usarás de los remedios. Al que enferma para morir, ningun remedio puede servir.*

(91.)

Falta al amor la vista,
y á tientas tienta;
y el que la tiene clara
le lleva á cuestas.
Si de él se aparta,
son todos sus tropiezos
por que ótros caigan.

(91.) Que tiente el amor como ciego, es muy propio del amor y de un ciego; pero que le lleve á cuestas el que tiene vista, es falso. El amor no se deja tocar sino de los que por esclavos suyos llega á reconocer; y todos éstos son, como él, ciegos. Si el que supone esta seguidilla que le lleva á cuestas no estuviera sujeto á su imperio, no le llevaría; y el que así está, no ve más que lo que ama. Y siendo el amor ciego, ¿cómo ha de tener vista el que le tiene? Apénas hiere los corazones, consigue que le sacrifiquen los ojos; porque como por ellos logra sus triunfos, no quiere que despues vean sus tiranías. Aludiendo á esto dijo un poeta, que experimentó estos efectos del amor, la siguiente

QUINTILLA.

Miré, perdí mi sosiego,
y por tiranos despojos
me abrasó de amor el fuego;
y él sin vista, y yo sin ojos,
un ciego guia á otro ciego.

Los tropiezos que da suelto ó asido, regularmente terminan en caidas de ótros de las que rara vez se le-

vanta el que las experimenta: por lo mismo es menester huirlas para despues no llorarlas. Ámense en hora buena las almas, pues debemos todos amarnos; pero sea este amor con vista, nó con ceguedad. Examínense los peligros que ocasiona un amor impuro, y el temor sólo de dar en ellos, hará que la prudencia procure evitarlos. En la cartilla de ayer se deben tomar lecciones para mañana. Si las desgracias ajenas no nos sirven de espejos para no experimentarlas, serémos tan infelices como los que llegan á padecerlas. Aunque es grande el poder del amor que sabe inclinar con fuerza, ¿ha de ser ménos la fortaleza del hombre? Es verdad que ha vencido muchos héroes; pero dejaron de serlo luégo que manifestaron tan torpe debilidad. No imitemos á Aníbal, que, habiendo triunfado del poder romano, quedó vencido en Capua por la ceguedad del amor; sino á Julio Cornelio Escipion, llamado el *Africano,* que, siendo enviado á la conquista de España, de veinticuatro años, la consiguió en poco tiempo; y habiendo hecho prisionera á una jóven en cuya hermosura manifestó la naturaleza todo su poder, procedió con tan admirable continencia y moderacion, que, sabiendo que estaba destinada para esposa de un caballero, mandó le trajesen á su presencia, se la entregó, y aplicó para su dote los grandiosos regalos que le había hecho la gratitud de los parientes de la hermosa prisionera: cuya accion le llenó de mayor gloria que la que le dieron sus triunfos, y eternizó su verdadero heroismo.

Aunque el amor es temible, no hay fortaleza que no deba temores al más flaco. Un mosquito venció á un leon, y tan ciego le llevaba su vanidad cantando la victoria y haciendo ostentacion de su valor, que dió en la red de una araña, donde quedó asegu-

rado para ser despues delicado manjar de la misma.

Si el emperador Adriano no hubiera manchado sus virtudes morales con el ciego y reprensible amor que tuvo á su hermoso Antinoo, no habría en la historia otro héroe con quien compararle. Deslució sus heroicas hazañas, afeminó su valor y su gloria Marco Antonio, rindiéndose servilmente á Cleopatra. Y si Julio César no hubiera oscurecido los triunfos de su espada y la elocuencia de su talento con sus torpes vicios, sería digno de admiracion. Por ellos le llamaba Ciceron «el hombre de todas las mujeres, y la mujer de todos los hombres.»

Es cierto que para saber amar es necesario saber; porque lo que tiene más peligro debe tratarse con mayor entendimiento para no caer en él. El amor siempre aparenta dichas, pero sólo ofrece amarguras. Quien á él se entrega inadvertido, présto queda escarmentado. Ni hay que fiarse en la fortaleza propia para tratarle, porque al más esforzado, si se halla desprevenido, sabrá rendirle. Él sabe tomar ciertos rodeos para hallar al que no le busca, y de estos acasos saca sus mayores conquistas.

Entra Celio en el templo de Ísis á tributarle respetos y holocaustos; ofrece aquéllos á los piés de la deidad, y éstos en las manos de Etrea, su sacerdotisa; míranse los dos, y quedan ciegos de amor. Profanan el templo, se descubre el torpe trato, horroriza á tódos el crímen, y, en las llamas con que aquél fué incendiado para purificarle, ellos se abrasaron, y sus cenizas hicieron aquel sagrado, horrible. Cuidado con estos refranes: *Al pecho descuidado deja el amor postrado. Con pequeña herida puedes perder la vida.* Fabio se ahogó con un cabello bebido en un sorbo de agua; y con un grano de pasa, Anacreonte.

(92.)

Fileno, á las mujeres
respeta y sirve;
pero á ningúna ames:
serás felice,
porque en sus lazos
no hallarás nunca dichas,
sino cuidados.

(92.) Es necesario aclarar el verdadero sentido de esta seguidilla. Sirviendo á todas las mujeres, y amando á ningúna, era privarse el hombre de las delicias que causa el casto amor, no se inmortalizaría en su prole, sería inútil el matrimonio, y cesarían sus efectos. ¿Qué satisfacciones hallaría si se negase á disfrutar las admirables que le produce una bella esposa, una amable compañera, y una tierna y verdadera amiga en su buena ó mala fortuna? El amor de dos tiernos esposos es el centro de las felicidades, y legítimo depósito de la tranquilidad y de todas las gracias. Aquellos dichosos consortes que cada vez reconocen más agradable y dulce su union; que recíprocamente compiten en amarse y en buscar cada uno nuevos alicientes para en esto distinguirse, se puede asegurar que viven en el seno de las delicias, y que están anegados en un océano de felicidades.

Preguntarán los defensores del celibato que dónde hay matrimonios tan dichosos; y se les responde, que aunque este discurso es sólo para dar una idea de lo que producen los buenos, hay infinitos en quienes reinan todas aquellas perfecciones: que si muchos son díscolos y absolutamente contrarios á su sagrado

instituto, más culpa tienen los hombres que las mujeres, por confesion de ellos. No hay cosa más comun que oirles ponderar el poco talento, ménos prudencia, y ninguna constancia de las mujeres, al paso que en ellos suponen refundidas todas estas excelencias, y otras muchas de que ellas carecen, segun afirman.

Omitamos por ahora el examinar si esta razon es falsa ó verdadera, y convengamos en que las mujeres tienen todos aquellos defectos, y los hombres todas estas excelencias: ¿no es propio de los que las poseen, tolerar é instruir á las que las desconocen? ¿han de ser las mujeres más fieras que las fieras mismas? Si á éstas el hombre con dulzura y arte las domestica, ¿no conseguiría con arte y dulzura amansar toda la braveza que apropian á una infeliz mujer? Un buen consejo repetido y un buen ejemplo continuado, ¿habían de tener tan corta fuerza que no consiguieran el fin á que se destinaban?

Si las mujeres son tan ignorantes, y ven que sus sabios maridos proceden con atolondramiento, ligereza, desórden, libertad reprensible y desarreglo vituperable; si los ven entregados al vicio, que desconocen la virtud, y con todo quieren exigir de ellas obediencia á sus deliberaciones indiscretas, respeto á sus personas, temor á sus amenazas, y silencio en sus iniquidades, ¿en quién está la culpa? ¿Qué hará la infeliz que, habiendo elegido un esposo, encontró un tirano? ¡Cuánto hay de esto! Si pudiera justificarse, tal vez serían más los malos matrimonios por defecto de los hombres, que por culpa de las mujeres. Hay de éstas muchas peores que Jantipa, que hizo padecer tanto á Sócrates, su marido; pero no es ménos el número de los esposos pésimos y viciosos.

Jenócrates y Aristóteles fueron discípulos de Pla-

ton, y célebres filósofos, con la diferencia de que Jenócrates era de un ingenio duro, de perezosa inteligencia y de tarda comprension, al paso que Aristóteles tenía genio vivísimo, profunda y pronta penetracion, y delicado conocimiento; por lo cual decía Platon que «el primero necesitaba de espuela, y el segundo, de brida.» Si algunos maridos, pues tanto saben, á correspondencia de los genios de sus mujeres, usáran con ellas de este remedio, avivando la torpeza ú holgazanería de únas con la espuela de la razon, y sosteniendo la ligereza de ótras con la brida de la prudencia, dando ellos el ejemplo en el ejercicio de estas virtudes, sacarían otro fruto, y serían más felices ellos y ellas.

El sentido literal de esta seguidilla es, que el hombre respete y sirva á todas las mujeres, porque así acreditará que tuvo buena crianza; pero que no ame á ningúna, es decir, *de aquellas que sin culpa no pueden amarse*, porque sólo sacará de ellas *cuidados, engaños, traiciones* y *males*, que es lo que asegura el estribillo y confirma este refran: *Si amas á la que sólo quiere el dinero, serás un majadero; y al fin y al cabo, saldrás de ella escarmentado.*

Y ya que se ha tocado el punto de servir á tódas y amar á ningúna de las de esta clase, ¿qué amor sería el del que habla en el siguiente soneto?

Vive Dios que me mate por Marica,
pues la quiero lo mismo que á Elisea:
y, aunque es mi dulce hechizo la Tadea,
que soy todo de Ines mi amor explica.
¡Cuánto adoro á Juanilla! En la botica
bálsamo no se encuentra como Andrea;
y, por más que en Beatriz mi amor se emplea
no hay otra más preciosa que mi Enrica.

A Matilde la he dado el alma toda;
pero, ¿y Pepita? ¡Ah dulce bien mio!
y, á la verdad, Isidra es más de moda.
Mi amor hácia Leonor es desvarío;
la Gertrúdis en todo me acomoda,
y á la Paula tributo mi albedrío.

(93.)

Feliz el jardinero
que ama sus flores,
y su cuidado logra
no se las roben;
porque, hecho un lince,
ni permite las toquen,
ni que las miren.

(93.) *Quien no sabe guardar lo que quiere, si se lo hurtan no se queje. Mastin que ni muerde ni ladra, no le tengas en tu casa. Es pastor muy descuidado el que no siente el lobo en su ganado.* Estos refranes nos enseñan que debemos cuidar con la mayor atencion las cosas que nos interesan, porque podemos perderlas con sólo un descuido por pequeño que sea. Miéntras más preciosas, con más desvelo las solicitarán múchos; y hay algúnos tan atrevidos, que á vista de su dueño intentan el robo. ¿De qué servirá que el jardinero forme con todo primor los cuadros, y que las flores sean por su destreza las más preciosas y delicadas, si cuando están más fragantes y con todo el lleno de su belleza, se descuida y se las roban? Los suyos fueron cuidados perdidos y desvelos mal empleados. Cuando están en la fuerza de su hermosura

es cuando se debe velar más para guardarlas, porque entónces es cuando los que las solicitan redoblan las cautelas para cogerlas. A úno que, sin tenerse por poeta, hacía versos, se le dió para que la glosase la redondilla que sigue; cuyo asunto que se propuso desempeñar es tan igual al presente, que parece uno mismo.

REDONDILLA.

Jacinto, que sabe aquél.
Pero no lo ignoró éste:
puede que cáro le cueste
haber ajado el clavel.

GLOSA.

Robar un clavel cerrado
pretendía Licio; pero
Jacinto, buen jardinero,
se opuso á tal atentado.
Éste supo que ilustrado
es el que aspira al clavel;
Jacinto lo es, y más fiel,
pues defiende la razon:
luego comparado con
Jacinto, ¿qué sabe aquél?
Licio su empeño siguió,
confiado en su saber
con el que pensó vencer,
pero no lo consiguió.
En el jardin se ocultó
sin que trabajo le cueste;
su ingenio quiere se apreste
oculto en aquel recinto
para burlar á Jacinto,
pero no lo ignoró éste.

Allí se hallaba escondido
esperando que propicia
la fortuna, á su malicia
hubiese favorecido.
Jacinto le vió, sin ruido
llamó, para que le preste
su auxilio y allí le arreste,
á la Justicia, con modo,
y huyó Licio; mas con todo
puede que cáro le cueste.

Sintiendo Licio el ultraje
que padeció su persona
y su deseo, blasona
su venganza con coraje.
Múdase al punto de traje:
al jardin vuelve cruel,
resuelto á lograr en él
su alevoso y torpe fin:
le prenden, y quedó sin
haber ajado el clavel.

(94.)

Fuí labrador de amores
en algun tiempo;
sembré halagos, y sólo
cogí desprecios:
pero con ellos
compre la amable alhaja
del escarmiento.

(94.) Este labrador ignoró sin duda las primeras reglas de su oficio. Si en vez de los halagos y caricias hubiera sembrado doblones, no habría sido el fruto desprecios, sino aplausos. Las finezas y el amor no

producen los efectos que el oro, en cierta clase de mujeres. Éste cria en ellas una pasion prontísima Sólo tiene contra sí un pequeño defecto, y es, que no dura más tiempo que aquél en que reciben, y se concluye luégo que no las dan. Estas garduñas, ó guadañas de los bolsillos, son como las zarzas, que al que las toca, ó le hieren, ó se quedan con parte de lo que llevan. Ellas buscan amantes ricos para dejarlos con su trato pobres; y en este caso les dicen que vayan á aumentar el número de los pordioseros. Al miserable que pillan entre sus uñas, hasta la camisa le desgarran; y al fin se acredita que: *En la feria de amor, el que más gasta sale peor. Al que más abre su bolsillo se le muestra más cariño; y en acabándose la plata, el amor se desbarata.*

Hay famosas mujeres de esta clase, y la historia nos refiere múchas. Si Frine, de la que ya hemos hablado repetidas veces, asombró á Grecia por las riquezas que adquirió, no hizo ménos en Tracia Rodope, compañera de Esopo. Fué esclava; y habiendo logrado su libertad, adquirió tantos bienes en Naucrátis, que aseguran algúnos que se fabricó á su costa una de las más célebres pirámides de Egipto, y que despues casó con Samítico, su rey. Sea de esto lo que fuere, porque múchos lo tienen por fabuloso, lo cierto es que, al principio de los amores de sus amantes, decía que eran *fuentes de raudales abundantísimos donde bebía con sumo gusto;* pero que despues se convertían en *charcos hediondos*, y que los separaba de sí para que fuesen á que las ranas los habitasen y arrullasen con sus cánticos horrísonos.

Lo más precioso en el que habla en esta seguidilla es lo que expresa su estribillo, pues asegura que *con desprecios compró el escarmiento.* ¡Oh, qué alhaja tan

bella! Se podrían dar por bien perdidos áun los tesoros de Mídas, y por bien derramada toda la sangre, por lograr un escarmiento constante y un desengaño verdadero de lo que es el mundo, de lo que ofrece, de lo que da, y de lo que de él se saca al fin; porque: *El que del mundo escarmienta, á ser bueno comienza; y el que empieza á ser bueno, saca triaca del veneno. A los escarmientos siguen los arrepentimientos. Escarmentar del vicio es santo beneficio.* Los bienes que un escarmiento produce lo explica este

SONETO.

Disfruté cuanto quiso mi apetito
del mundo; mas no hallé sin mal el gusto,
sin zozobra el amor, gozo sin susto,
bien sin riesgo, alegría sin delito.
Pero ya abandonado, ya proscrito
por mi propia conciencia, del adusto
laberinto tirano, vil é injusto
no me sacó de la razon el grito.
Continué temerario en el asiento
del vicio y la maldad, tan obstinado,
que compré con mi sangre el escarmiento.
¡ Sangre dichosa, pues desengañado,
puedo esperar de mi arrepentimiento
lave la penitencia mi pecado!

(95.)

Fija amor en el arte
de sus fatigas,
que aquello que se sienta
jamás se diga.
Pero no acierta;

yo digo que se diga
y no se sienta.

(95.) Sentir los males que origina el amor, y no explicarlos, es muchas veces padecerlos. Si áun diciéndolos suelen causar las mayores fatigas, ¿cómo no han de producir, callándolos, mortales sentimientos? «¿Quién hay que sepa ocultar, (decía Ovidio), el »fuego del amor, estando el corazon arrojando lla- »mas?» Y en otra parte se queja así: «¡Ay de mí, »que no tiene remedio mi enfermedad por ser de »amor! Ninguna yerba le cura. Si se declara y no se »premia, atosiga; y si se calla, mata.» No decir lo que se siente amando, es vivir continuamente padeciendo. Ó es un nuevo arte de amar el que señala esta seguidilla, ó no conoció lo que era el amor el que propone este arte. Las flechas que dispara Cupido no manifestarían sus triunfos, si por más que se sintiesen no se declarasen. Poco estimaría la vida el que callase la enfermedad que padeciere, y el remedio no solicitase. Un amor legítimo por honesto (de éste sólo hablamos) ¿cómo ha de ser correspondido si de lo que se ama es ignorado? ¿Ni quién podrá ocultarle si llega el corazon á herirle? En siendo verdadero el amor, en sintiéndose su llama en el pecho, no puede dejar de manifestarla el labio. A úno que la ocultaba reprendió un amigo suyo con esta

QUINTILLA.

Si por temor del desprecio
de no ser correspondido
haces del silencio aprecio,
tu amor poco te ha encendido,
ó eres para amar muy necio.

El estribillo está más conforme á la razon. Diga el amante á lo amado lo que sienta, y no sienta ni lo que diga ni lo que le respondan. Clito ama á Fabia para esposa; siente la fuerza de su pasion, pero no quiere declararla por no exponerse á que con la negacion se le doble el sentimiento: ¿quién aprobará este silencio? ¿qué alimenta con él? Una esperanza. ¿Y no advierte que, siéndo *necia esperanza*, son dos males, peor el úno que el ótro? Hable; declare su amor, pues es tan legítimo; y si fuese despreciado, téngalo por un desengaño advertido, y sírvale de consuelo que *Cuando una puerta se cierra, ciento se abren. Poco más ó ménos toda la lana es pelos. Del amor los ardores no abrasan los corazones. Si de aquí se me arroja, no faltará quien me recoja.*

Calló un amante mucho tiempo su amor; pero padeció mortales amarguras todo el tiempo que calló. Rompió al fin su silencio, y logró la dulce posesion de lo que amaba, uniéndolos el dulce yugo de Himeneo, á cuyo asunto se hizo el siguiente

SONETO.

Te ví, te amé, callé lo que te amaba,
temiendo malograr con tu desvío
la esperanza que tuvo el amor mio
de merecerte, miéntras lo callaba.
Este silencio me martirizaba,
padeciendo un tormento tan impío,
que áun con verte, mi dulce desvarío,
como hablar no podía, le aumentaba.
Llegó á extremo mi mal, que no cabía
en el pecho escondido mi tormento,
y su prision romper pretende un dia:
Te descubrí por fin mi llama atento,
y desde aquel instante fuiste mia.
¡Oh, cuánto ahora haber callado siento!

Sin embargo de que consiguió lo que deseaba, aún le quedó á este amante el sentimiento de haber callado tanto, porque todo el tiempo que estuvo callando se privó de estar poseyendo; pero semejantes sentimientos son felicidades para un esposo, pues suponen su complacencia en tan agradable union.

(96.)

Fué mi amor una sombra,
una exhalacion,
hijo de un rayo, y ótro
cruel le acabó.
El sér le dieron
finezas aparentes,
y acabó en celos.

(96.) Es mucho errar, errar la eleccion de esposa. Cuando un rayo de hermosura solicita oscurecer la razon, con ótro de prudencia se ilumina el entendimiento. No sucedió así con el que se queja en esta seguidilla. El rayo de aquella belleza le deslumbró de modo, que sin entendimiento, sin prudencia y sin razon se arrojó al peligro sin conocerle hasta que llegó á experimentarle. ¿Y cómo fué? Con otro rayo devorador de verdaderos celos, por haber sido las finezas que le sedujeron, aparentes. Si hubiera procedido con reflexion ántes, examinando y distinguiendo lo cierto de lo falso, présto habría sido desengañado, porque *Por más que se desfigure la zorra, la descubren sus obras*. Tambien ignoraba que *El que siembra en el camino, cansa los bueyes y pierde el trigo*. De modo que él fué imprudente en aventurarse, y ella infame en corromperse; con que sin duda

se dijo por los dos: *Casaron á Pedro con Marihuela; si ruin es él, ruin es ella.* Pero, cometido ya el error, es necesario tener *A lo hecho, buen pecho. Yo como tú, y tú como yo, el diablo nos tentó;* y *No echar la soga tras el jarro*, sino consolarse con que *Al reves me la vestí, y ándese así*, que *Una herrada no es caldera*, y *La puerta pesada, en el quicio no pesa nada.* Tolere la constancia lo que erró la imprudencia, por más que digan: *Bien juega el de lo verde, pero pierde;* y tener presente lo que dicen los maestros á los niños despues de haberles dado azotes: *Cuidado para otra vez.*

(**97**.)

Faltóme la influencia
que da el dinero,
y, los que llamé amigos,
tódos huyeron.
Volví á ser rico;
me buscaron, y dije:
Nó más amigos.

(97.) *Piedra sin agua no aguza en la fragua.* En faltando el interes faltan los amigos. Poco luce la hombría de bien si está acompañada de la pobreza. ¡Qué concurso no se ve en la casa del poderoso! Pero, ¡cómo le abandonan si la fortuna le reduce á la miseria! Preguntaron á Sócrates que cuál era la cosa que ántes se olvidaba, y respondió: *El beneficio recibido por un ingrato.* ¿Quién diría á César que Bruto le había de asesinar? Despreció aquel magnánimo corazon el pronóstico de *los idus de Marzo*, y tuvo su cumplimiento. No fué adivinacion, sino acaso; pero

dió motivo para reputar por famoso al judiciario. Dice un filósofo, qùe el remedio del pobre es *acortar los deseos*. Yo diría que lo que debe acortar es la vista, porque el que ve, desea; y es más fácil no desear sin ver, que perder los deseos, viendo.

G.

(98.) Golpes de la fortuna
no teme el sabio,
porque sabe abatirlos
con despreciarlos.
Y ven sus tiros,
que en las almas no tienen
ningun dominio.

(98.) El hombre sabio es superior á la fortuna. Ni sus reveses le consternan, ni sus prosperidades le alucinan. Cuando con desgracia piensa verle abatido, está su espíritu de la filosofía rodeado, y el mismo semblante pone á las dichas que á las desgracias. Ni aquéllas le envanecen, ni éstas interrumpen la tranquilidad de su alma. Como sabe que las únas y las ótras son pasajeras, y que la verdadera felicidad no es de este mundo, procura con la paz interior burlarse de éste y hacerse digno de aquélla en la patria celestial, que es únicamente donde existe. Por esto ni teme á la fortuna contraria, ni la lisonjea amiga. Cree que más necesita el hombre de sus avisos y ejemplo, que de las dichas que de ella puede ofrecer-

le. Y á la verdad, más acreedor es el sabio al respeto, que la fortuna á la adoracion que en sus templos la ofrecían. Así lo conocieron y practicaron todos los hombres grandes. Luégo que Pompeyo venció á Mitrídates, le pareció que debía visitar ántes al filósofo Posidonio, aunque pobre y enfermo, que recibir la enhorabuena de su victoria, y así lo hizo. Cuando Virgilio se presentaba en el teatro á recitar sus versos, se levantaba el Senado con la misma reverencia que cuando recibía al Emperador.

Dionisio, rey de Sicilia, yendo á visitarle desde Aténas Platon, salió á recibirle como á príncipe á título de filósofo, y le entró en triunfo en su córte en un carro tirado de cuatro hermosas pías.

Es verdad que ya se acabaron estas veneraciones; ni se estiman las ciencias, ni se hace caso de los sabios, ó porque los ignoran, ó porque son necios los que conociéndolos los desprecian. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que para ser gran rey sólo pidió Salomon la sabiduría, porque ella trae consigo toda la felicidad. «Así como de dos dichas que hay en este »mundo, decía Séneca, que son *salud* y *sabiduría,* »no se acierta á distinguir cuál es superior, así de »dos males que en él se experimentan, y son *igno-* »*rancia* y *muerte*, se sabe que es más insufrible la »primera que la segunda.» Sin embargo, habiendo preguntado á un filósofo que cuál era más útil al hombre: si la sabiduría, ó la riqueza, dijo: «Perplejo »estoy en la respuesta que debo dar, porque veo que »los sabios frecuentan los palacios de los poderosos, »pero no veo á éstos ni una sola vez en las casas de »los sabios.» Nuestros refranes, opuestos en esto, dicen: *Preciosa cosa es tener, pero es más precioso saber. Nada más vales que el valor de tus reales. Quien*

más que á los sabios da al oro su aprecio, prueba que es necio. Mejor lo difine este

SONETO.

¿Qué haré yo, siendo un sabio despreciado
de tódos, por ser pobre? Si tuviera
muchas riquezas, estimado fuera,
y aunque necio, por sabio reputado.
Luego, ¿es mejor ser rico que ilustrado?
Así es. Pues ser rico quisiera
y ser necio, que al fin de esta manera
de sabios me vería cortejado.
Pero pregunto: el necio ¿qué es? Un bruto.
¿Y el sabio? Sol brillante que corrige
con sus obras al mundo disoluto.
Y, siendo sabio, ¿el ser pobre me aflige?
¡Engaño vil!... Bendigo mi pobreza,
pues, si soy sabio, ¿qué mayor riqueza?

(99.)

Guardas pone Lisardo
á su Facunda,
y de Lisardo y guardas
ella se burla.
Esto sucede
al que quiere guardarlas
si ellas no quieren.

(99.) Poco tiene de discreto el hombre que cree poder guardar á una mujer. Despues de las muchas dificultades que á cada paso habría que superar, se exponía á muchos peligros el que lo intentase, por-

que á veces con estas extravagancias, ó se abre los ojos á quien los tiene cerrados, ó se da lugar á que lo que se quiere guardar haga empeño en lo contrario (y que si se empeña, será suya la victoria), ó á que la privacion mueva con eficacia el apetito, y suceda la catástrofe infeliz que, sin capricho semejante, tal vez no se habría experimentado. Ya ponderó lo difícil que es guardar á una mujer nuestro célebre Moreto en su gran comedia; y un sabio dijo: «Tengo por »más fácil agotar el mar con la industria, que guar»dar á una mujer con la fuerza;» lo que acreditan los refranes siguientes: *El que á una mujer guarde no queriendo ella, alcanzará con la mano una estrella. Por más que mi Pedro quiera guardarme, como yo no quiera no será fácil. Guarda el cabrero las cabras de muchos lobos, y á su mujer no puede de un hombre sólo.*

(**100**.)

Grandiosos epitetos
múchos alcanzan;
yo merezco el de monstruo
de las desgracias.
Con él me honren,
y digan que por Fabia
logré este nombre.

(100.) *A parte contenta no hay juez querelloso.* Conformándose con tanta bondad el sujeto de esta seguidilla con que se le dé el nombre de *monstruo*, por haberle convertido en tal la poderosa magia de esta Fabia, no se cree haya reparo en que se le despache

su título, se le ponga en posesion real, personal vel quasi, y *Buen provecho le haga. Con su pan se lo coma*, y *Pues Dios se lo dió, san Anton se lo bendiga.* ¡Ah, Fabias infames! ¡Cuántos por vosotras se ven convertidos en animales peores! No es extraño, pues haceis más con vuestras artes naturales, que las Medeas y las Circes con las suyas encantadoras. De estas aleves, ántes de verlas, debemos huir, porque su vista tiene un veneno tan activo, que se introduce en el corazon y no tiene remedio. No ponerlas la cruz, porque esto sería enseñar la colmena al oso, respecto de que todas sus intrigas y astucias no tienen más objeto que pillar cruces en moneda. Aunque no se gaste con ellas más que palabras, se pierde mucho; porque ya se sabe que *El golpe de la sarten, si no duele, tizna bien.* Ni fiarse de sus promesas, pues *El que hace un cesto hará ciento;* y si una vez se cae en sus garras, lo desgarrarán todo, tanto porque para todo tienen desgarro, como porque *Al puerco, á la estafadora y al yerno, muéstrales tu casa, que ellos irán luégo.* Pero hablando en el estilo, que nos interesa tanto, ¿qué debe esperar el que se fia de la misma infidelidad? Y áun cuando no lo fueran las Fabias de que se trata, ¿hay placer en el mundo que deje de tener por límite un pesar? Lo hermoso del dia, ¿no tiene por fin la noche? ¿Hay algo permanente? Todo acaba. Sólo el hombre, locamente preocupado en los mundanos deleites, quisiera ser eterno en ellos, olvidando la eternidad, la muerte y la cuenta. Pues tenga presente estas sentencias de úno que vivía más para ser de Dios, que para ser del mundo: *Sólo dura la vida lo que se tarda en llenar la medida. No sabes dónde, cómo ni cuándo, ¡y con todo estás pecando!*

(101.)

Galas te pones, Juana,
pero no adviertes
que con ellas lo feo
peor parece;
y es bien discurras
que cuanto á ellas celebran,
á tí te insultan.

(101.) Usa esta seguidilla y su estribillo de un modo raro para llamar fea á esta Juana que, con el arte de sus galas, creía encubrir los defectos que la dió la naturaleza, y es al contrario: porque si vistiera con más moderacion, sería menor el número de los que reparasen en ella, pues la profusion de su traje llamaba la atencion de los que no la pondrían en notar la fealdad de su rostro. Porque le relucen los ojos al mochuelo, acuden todas las aves á picárselos. ¿Cuántas veces descubrieron á los caminantes las majadas de los pastores, los reflejos de la lumbre? Si éstos hubieran faltado, aquéllas no se habrían advertido. Una jóven muy fea llevaba un vestido rico, de color verde, y al verla un discreto, dijo: «El vestido inclina á la esperanza; pero su cara, á la desesperacion.» Las galas, por más preciosas que sean, no pueden borrar las fealdades del rostro, ni éstas, incitar los gustos. Esta Juana quería atraerse pretendientes con la máscara de los vestidos. Se le pasaba el tiempo, los novios no parecían, y *Hambre y esperar hacen rabiar;* y aunque sabía que *El hábito no hace al monje*, quería ver si hallaba algun *Juan perdido deja la persona, y estima el vestido.*

(102.)

Gozoso Andrenio hoy casa
con doña Irene,
la que tiene ochenta años,
y él sólo veinte.
Es toda rara:
mas la que tiene oro
tódo lo allana.

(102.) Un amigo de Andrenio le motejaba de que hiciese esta boda por ser tan distantes las edades. Entre otras cosas le decía: «Pero, hombre, ¿qué sa»tisfacciones te puedes prometer casándote con un es»queleto? ¿Es otra cosa doña Irene que un armazon de »huesos corroidos y apestados? ¿De qué te servirán »todas sus riquezas si han de estar de tí muy separa»dos los gustos? ¡Pobre jóven! Te ha deslumbrado el »sórdido interes, y quizá mueras ántes que le disfru»tes; y áun cuando vivas, vivirás muriendo el tiem»po que ella dure, por ser compañero de un cadáver.» Habiéndole escuchado atentamente Andrenio, y, al parecer del amigo, como obligado de sus persuasiones, dando ántes una carcajada, y flotándose una mano contra la ótra, en señal de su alegría, le respondió así: «Has hablado como filósofo, olvidando »que eres un pordiosero. Conque, ¿quieres que yo no »me case, y en tu compañía aumente el número de »los mendigos? Pues no estoy en ese ánimo. *Oros son »triunfos. Si es vieja doña Irene, su plata moza la »vuelve. Con una caldera vieja se compra úna nueva. »Más quiero pan y tocino junto á un muerto, que con*

»*un vivo estar hambriento. ¿Cómo te va, Juan, con* »*tu ochentona?— Con su oro tódo me sobra.* Última»mente; cuando todos los dias comas á mi mesa man»jares delicados, porque te mantienes de pegote y »mogollon, ¿no dirás *Benditos ochenta años que lle*»*nan mi vientre de regalos?* Y yo te responderé: *A no* »*ser por la vieja ya hubiéramos perdido las pellejas.* »En fin, *Vivamos, comamos y tengamos dinero, que* »*lo demás importa dos bledos.* Para celebrar la boda »de otra señora igual en edad á mi doña Irene, se »hizo la siguiente redondilla, que le pega *Como pe*»*drada en ojo de boticario:*

«Ya se casó Leonor bella.
»y no será malograda
»si vive tanto casada
»como ha vivido doncella.»

(**103.**)

Gran confianza Andrenio
tiene en su suerte;
ni espera que se cambie
ni que se altere.
¡Necia confianza!
Cuando ménos lo piense
será contraria.

(103.) Es mucha debilidad la de creer que el hombre puede sujetar á la fortuna; que esto es lo que significa la seguidilla. Bien satiriza la confianza de este Andrenio el estribillo. Pero hay Andrenios muchos que piensan como él cuando están sobre la cumbre de las dichas. Su misma arrogancia, su loca temeri-

dad les hace creer que la fortuna será siempre su inseparable compañera. ¡Insensatos! ¡qué mal conoceis su instabilidad y carácter! Así os ensoberbece con tódos, para veros á pocos instantes hechos el juguete y la mofa de los mismos. El varon juicioso no ignora los reveses que suele dar la suerte, y procura estar siempre prevenido, porque cree que, cuando ménos lo piense, se verá de ella burlado. No hay privado político que, al paso que no espere, no tema. Y es difícil de asegurar cuál extremo ocupa más su corazon, si el temor ó la esperanza. Y aunque éstas las vea cumplidas muchas veces, con que aquél se acredite una sola, todo se pierde. *El que está más alto puede dar mayor salto. Aunque hoy goces las dichas, teme mañana las desdichas.*

H.

(**104.**) Hermosura y pobreza
en tí se unen,
y sabes ilustrarlas
con tus virtudes;
porque es constante
que el tener oro te era,
siéndolo, fácil.

(104.) ¡Qué bien manifiesta esta seguidilla, que la belleza pobre es preciso que tenga un gran fondo de virtud para que esté siempre brillante el honor! Deben estar tan unidas, que formen las dos un lazo dulce y perpetuo. Si á la primera falta el segundo, todo se pierde; si la ilumina, es superior á todos los agui-

jones que intentan combatirla. Siendo pretor el envidioso Mario (á quien ántes de ser elevado á esta dignidad reprendió áspera y públicamente el Senado su codicia), y hallando un dia casualmente en una calle de Roma á Julia, doncella romana, tan hermosa como cubierta de miseria y de virtud, pues á fuerza de continuas fatigas proporcionaba su alimento y el de su anciana y baldada madre, la dijo: «Extraño »mucho, Julia, que, habiéndote dado la naturaleza »tanta belleza, seas tan pobre, pues te era muy fácil »remediar lo segundo con lo primero, en perdiendo »un poco de esa esquivez con que tratas á los que pro»curan ansiosos complacerte y servirte.» — «Más ex»traño yo (le respondió la virtuosa Julia), que el que »fué castigado ayer por el Senado, siendo la causa su »codicia, sea hoy pretor. Lo que admiras en mí me »honra, porque justifica mi honestidad; pero lo que »todo el mundo nota en tí debe avergonzarte, porque »refiere tu ambicion, y te hace capaz de cometer los »mayores delitos siempre que aquélla pueda en parte »aplacarse, ya que es imposible que llegue á satisfa»cerse.» Mario quedó sorprendido, y Julia mucho más acreditada.

(**105**.)

Hoy, por fin, es la boda
de Rita y Silvio,
y los gastos asombran
por excesivos;
pero parece
que más de lo que gastan
es lo que deben.

(105.) En ningun acto debe el hombre honrado

manifestar con más exceso su generosidad, que el dia en que contrae su matrimonio. Así acredita que le hace con gusto, y que todo lo merece la consorte que eligió. Pero ésta, como todas nuestras liberalidades, deben ser producidas por la razon y aprobadas por la prudencia. Gastar mucho, ser prestado cuanto se gasta, y tal vez no tener la debida seguridad para satisfacer, no es generosidad, sino estafa. Lucir con prestadas luces, más es oscurecer el honor, que lucir el nombre. Fué ostentosa la boda de unos grandes señores: el lujo y la profusion se derramaron en tales términos, que llenaron de admiracion á cuantos los observaron. Pero toda aquella ostentacion, que creían les produjera aplausos, se convirtió en sátiras que los llenó de desprecios. Una de aquéllas fué esta

REDONDILLA.

Estos señores cumplieron
en todo aquello que hacían:
hicieron lo que debían,
mas debían lo que hicieron.

(106.)

Habiendo de perderte,
Nicasia mia,
¿qué importa que se pierda
tambien mi vida?
Ó he de poseerte,
ó perdiéndote, tódo
debe perderse.

(106.) Debe reputarse por el fénix de los amantes al que habla en esta seguidilla y su estribillo, por-

que, perdiendo á su amada, no siente perder la misma vida. *Donde va el mar, que vayan las arenas. Arda Troya, pues robaron á Elena; y acábese el mundo, pues faltó de él don Facundo.* Otro refran dice: *Si una vez llega á querer, la más firme es la mujer.* Pero, ¿qué mayor firmeza, qué prueba más grande de su amor y constancia puede darse que la que ofrece este amante? No siente perderlo todo si pierde al dulce objeto de su amor. Todo lo dió Alejandro á Apeles, dándole á Campaspe. Por eso Calderon intituló á su comedia: *Darlo todo, ó no dar nada.* Es hasta donde puede llegar la fineza de un amante querer perder su vida gustosamente por su dama. Esto ponderan los refranes siguientes: *Quien por lo que ama se muere, mucho quiere. ¡Oh, cuánto ama el que pierde la vida por su dama!*

(107.)

Haces que tu avaricia
te busque el oro;
le encuentra, y le sepultas,
vil codicioso.
Él sólo es tu Dios,
y en amarle aseguras
tu condenacion.

(107.) Que el hombre busque el oro para disfrutar con él las honestas comodidades de esta vida, es una cosa natural; pero buscarle con ansia para encerrarle con avaricia y pasar una vida miserable, parece imposible que lo practique así un racional. Pues lo hacen todos aquellos avarientos que ántes se dejarán morir de necesidad, que desprenderse de un real de

plata. Estos bárbaros debieran decir lo que Cráte, arrojando al mar su tesoro: «Anéguese el oro (decía) »en el mar profundo, por que no me anegue yo en »los inquietos mares de la codicia.» Focion despreció los ricos dónes que le ofreció Alejandro. Como en la piedra al oro, se prueba en el oro al hombre. Focion acreditó á aquel magnánimo príncipe, que los rayos de este metal no le deslumbraban. Y aconsejándole sus amigos que lo admitiese para sus hijos, respondió discreto: «Si son buenos, el oro los hará malos; y si son malos, serán con él peores.» Saliendo Bías vencido de su ciudad de Priene, le preguntaron que por qué no llevaba su tesoro como los demás; y respondió: «No me dejo mi riqueza, pues me llevo mi sabiduría.» Por esto dice el refran: *Más vale saber, que haber.*

(**108**.)

Haces alarde, Fabio,
de triunfar siempre
de los sutiles lazos
de las mujeres;
pero es seguro
que ellas te harán su esclavo
sin tardar mucho.

(108.) ¿En qué fundaría este Fabio la confianza que tenía de sí mismo para no caer nunca en las redes peligrosas que diestras saben armar las mujeres? Sin duda se lisonjeaba por contemplarse superior á ellas en sutilezas para rendirlas, y en intrigas para no temerlas. Pero esta necia satisfaccion él mismo la reputaría por temeraria si conociera que *Mariposa*

que busca la llama, en ella se abrasa. El que el incendio busca, ó se quema, ó se chamusca. Últimamente, debiera saber que toda la sabiduría de un Salomon fué necesaria para deshacer las ficciones de una mujer.

I.

(**109**.) Indisponerme Fabio
quiso con Fílis,
y la dijo unas cosas
que yo no dije.
Ella, que es hábil,
logró discretamente
desengañarse.

(109.) Hay hombres tan chismosos y enredadores, que á costa de las estimaciones ajenas quieren asegurar las conveniencias propias. El Fabio de esta seguidilla era de esta mala raza. ¡Ojalá que todas las mujeres fueran como la Fílis que expresa, pues ésta las enseña á no dar asenso á lo que las digan, sin que ántes no lo acrediten por sí mismas. Lo cierto es, que si se practicase por tódas así, no habria tantas desavenencias como se experimentan entre amigos y matrimonios, indisponiéndolos un chisme sin más justificacion que oirlo de quien se hace indigno de que se le crea por el mero hecho de contarlo. A éstos, al fin, el desengaño los castiga, y estos refranes los afrentan. *Se estima ver descubierta la traicion, pero se desprecia al soplon. Cada uno habla como quien es.*

El que hace mal, espere otro tal. Hablar poco, pero mal, es mucho hablar. Al que traiga un cuento despréciale al momento.

(110.)

Ya no queda á mi pecho
nada que sentir,
pues pobre y engañado
me arrojas de tí.
Y áun ahora aguardo
hagas á mis desdichas
nuevos engaños.

(110.) ¡Que no escarmienten los que se precian de amantes, viendo tantos ejemplares como el que expresa esta copla! Se queja el desdichado que habla en ella, cuando no le queda otro consuelo que el de su misma queja. Aun en el estado infeliz en que supone le dejó la víbora que acariciaba, teme su venenosa mordedura. Tenía bien presente que *A perro flaco todas son pulgas*, porque había experimentado *Despues de cornudo, apaleado: y le mandan bailar*. Cuidado con estas garduñas, que su querer es *Al hombre, miéntras alarga; y al buey, miéntras trabaja. Yo quiero á Marcelo porque tiene dinero; si le falta, no le quiero.*

(111.)

Ya se ha llegado el tiempo,
Belisa amada,
en que algun barniz pongas
sobre tu cara:

porque los años
hacen desagradable
lo que fué encanto.

(111.) Satiriza esta copla á las mujeres que quieren desmentir ó disimular los años, y hermosear con afeites las arrugas y otros defectos de la cara. Por esto se dijo: *Acudid, viejas, al albayalde, que los años no se van en balde.*

(112.)

Ignoraba mi pecho
de amor las llamas,
y ahora con sus incendios
á ótros abrasa.
Malditos celos,
ni me dejais que viva,
ni á lo que quiero.

(112.) El que habla en esta seguidilla empezó tarde á amar, pero tardó poco en aprender. Ella es una ciencia que el que la frecuenta más, la conoce ménos. Es más propia para los tontos, que para los discretos. Aquéllos se tragan gigantes sin sentir, y éstos no pueden pasar una mosca sin sentimiento. Aquéllos no saben lo que son celos, y éstos los forman del aire. Con ellos viven como si siempre murieran; y si son infundados, hacen morir de las pesadumbres que lás dan á las que aman. Los simples con tódo se conforman y en nada reparan. *El buen Juan se contenta con lo que le dan. Mi marido es tonto, y yo vivaracha: cuando yo salto, él se agacha.* Sin embargo, dice otro refran: *Dios nos libre de un tonto, y*

más si es celoso. Y es así: porque á un discreto se le puede convencer; pero á un tonto, ¿quién de lo que aprehenda le podrá sacar? Aquél se sujeta á las razones; pero éste, como no conoce la razon, á ningúnas atiende. *La que tenga marido tonto, guárdele el primer pronto. Á esposo necio, tratarle con más aprecio.*

(113.)

Infinitos aplausos
Fabio merece,
pues á ningúna ama
y á tódas quiere.
Nunca á su pecho
atormentó la fiera
pasion de celos.

(113.) Si los celos son hijos del amor, el que no ame no puede tenerlos. Y si este Fabio no sabía amar, ¿cómo los celos le habían de encender? Si carecía de las delicias que el amor ofrece, tambien se excusaba de padecer los tormentos crueles que los celos producen. Era hombre dichoso, porque gozaba las satisfacciones sin amarguras, y las dichas sin zozobras. Quería á tódas, y amaba á ningúna. A este asunto dijo un poeta

La más segura fortuna
del hombre, es á mi ver,
servir á toda mujer;
pero querer, á ningúna.

Ótro dijo:

El que muestra sin desvelos
que por toda mujer muere,
pero que á ningúna quiere,
ése está libre de celos.

J.

(**114.**) Juego al hombre con Celia
y otros amigos,
y entre ella y ellos siempre
me dan codillo.
Tódos me arrastran;
oros me pide Celia,
y á bastos falla.

(114.) El que habla en esta seguidilla no conocía que Celia y sus amigos jugaban con él al mohino; es decir: que tódos iban de acuerdo para quitarle el dinero. Por eso ella le pedía *oros*, pues su deseo era únicamente afianzarle el suyo, á lo que contribuían los otros jugadores. En esta partida tódos eran *griegos* (nombre con que se distinguen los famosos jugadores siendo fulleros); y el *blanco* (que así llaman al que van á esquilar) era el pobrete enamorado. ¡Qué modo de robar tan disimulado y sencillo! Sacan á los blancos de unas partidas y los llevan á ótras, ó porque en aquéllas no pueden trabajar, ó para ser ménos á la parte. Y debía decir el infeliz que desuellan: *Sácanme de aquí, y deguéllanme allí;* y á ellos darles con *La maza de Fraga*, *que saca polvo debajo del agua.*

(**115.**)

Justamente tus obras,
Fabio, celebran;

no enseñan elegancia,
mas sí, clemencia:
con ésta basta
para que en tí se emplee
feliz la fama.

(115.) ¿Y quién dirá que la clemencia no es elocuente? Si no habla, ejecuta; y un golpe suyo á tiempo es más elegante que las oraciones de Ciceron. Quien la ejercite, siempre será feliz; y desgraciado, el que sólo la conozca por el nombre. Pedíale á Graciano una mujer que castigase á su marido porque siempre hablaba mal de ella; y este emperador la respondió: «¿Eso que se me da á mí?» «Es que, señor, (continuó la mujer), habla tambien mal de tí.» El piadoso Graciano la contestó: «Eso ¿qué se te da á tí?» ¡Ah, corazon generoso, con qué gracia usaste de la clemencia! Coronen á tanta gracia las tres Gracias. Poro, rey de los indios, vencido por el grande Alejandro, fué conducido á su presencia como su prisionero. Díjole este héroe: «Pide lo que quieras, seguro de que lo tienes conseguido.» «Lo que te ruego »es, (le respondió Poro), que me trate tu piedad como »á rey.» «Eso no lo haré por tí, sino por mí. Pide otra cosa,» (le respondió Alejandro). ¿No fué esta clemencia un rasgo de elocuencia asombroso? Ella hizo memorables á los Claudios, Trajanos, Augustos, Antoninos, Teopompos, Agesilaos y ótros infinitos; así como la crueldad, á los Nerones, Dioclecianos, Decios y Atilas, objetos horribles de la humanidad, y descrédito de la naturaleza. Por esto se dice: *La mayor elocuencia es la clemencia. El hombre piadoso siempre será dichoso. Al que perdona, pudiendo vengarse, poco le falta para salvarse.*

(116.)

Jamás rendí á Cupido
cultos ni ofrendas;
mas vi á Belisa, y tódas
se las di á ella,
porque á este hechizo,
más que á Psíquis, rindiera
cultos Cupido.

(116.) Siempre es peligrosa la mordedura de la víbora; pero algunas veces (son las ménos) no es mortal. Lo mismo son las flechas que dispara el Dios Vendado: si acierta á clavarlas en el corazon, no hay resistencia. De esta clase fué la que hirió al amante que habla en esta seguidilla. Se libró de varios tiros que el Amor le disparó, pero no pudo hacerlo del que recibió viendo á Belisa. Toda su resistencia, toda su constancia quedó postrada y vencida. Por esto se dijo que *Quien se burle de Cupido présto llorará rendido. A quien más le resiste, con más fuerza Cupido embiste.*

(117.)

Jacinta estudia mucho;
y dice Anfriso
que estudiar las mujeres
tiempo es perdido,
porque su ingenio
es sólo bueno para
los pasatiempos.

(117.) El Anfriso que habla en esta seguidilla y

su estribillo no debía ser reputado por hombre, sino por bruto, pensando como piensa. ¿En qué se fundaría cuando aseguró que es tiempo perdido el que empleen las mujeres en estudiar, respecto de que sus talentos son buenos únicamente para pasatiempos? Para desmentir esta proposicion costaría poco probar que el ingenio de la mujer es más vivo, pronto y eficaz para tódo que el del hombre, generalmente hablando. Así lo aseguran y prueban solemnemente muchos filósofos antiguos y modernos de primer órden. Pero recurramos á la experiencia, que es á la que no se puede disputar lo que muestra: ¿en qué país estudian las mujeres con frecuencia, que no hagan más rápidos progresos en las ciencias que los hombres? Ahí está la Francia, Inglaterra, y áun la Alemania. En la primera las más estudian, y las más son doctas, como lo acredita el crecido número de autoras de obras selectas que tienen; en la segunda estudian algúnas, y aprovechan admirablemente; y en la tercera lo hacen pocas, pero con adelantamientos asombrosos. ¿Y por qué en España no sucedería lo mismo si hicieran lo propio? ¿y qué número tan grande de mujeres sabias no pudiéramos señalar aquí, que hicieron eternos sus nombres con su ciencia? Sirvan por tántas, éstas.

Safo, natural de Mitilene, fué una dama científica. Hizo versos admirables. Han quedado pocas de sus poesías, pero son envidiadas de tódos. Los antiguos estimaron tanto sus escritos, que la nombraban *La décima Musa*.

Areta, hija del filósofo Aristipo, fué instruida por su padre, y, despues de muerto éste, enseñó ella la filosofía con universal aplauso.

Aspasia profesó tan altamente la elocuencia, que

fué estimadísima por esto de Sócrates, y por lo mismo casó con Perícles, aunque era su cautiva.

L.

(**118.**) La nieve, si es de todos
manoseada,
parece muy difícil
no se deshaga.
Cuida bien de ella,
pues si dejas tocarla
vas á perderla.

(118.) Lo que aconseja esta seguidilla lo observan todas las personas honestas; nó aquéllas á quienes falta el conocimiento de lo que es vergonzoso rubor. Satirizan á éstas los refranes siguientes: *A mi hija Antona, úno la deja y ótro la toma. Quien mete el hocico en todo, alguna vez se llena de lodo. El que no tiene vergüenza, todo el campo es suyo. Rosa que múchos huelen, su fragancia pierde.*

Usa esta seguidilla de la metáfora de la nieve, para manifestar la delicadeza con que deben mirar por su honor las mujeres, particularmente las doncellas; pues su tersitud y blancura se oscurece y mancha con un solo aliento formado por la impureza. Y amonesta á los que las tienen á su cargo, que las zelen y dirijan con toda la eficacia y cuidado que pide este su principal deber; porque de lo contrario, en vez de los preciosos gustos que deberían recoger, ha-

llarán sólo espinas y abrojos; porque *El ojo del amo engorda el caballo;* y *Si el pastor se duerme, la ovejilla se pierde.*

(**119.**)

Lo que naturaleza
quiso negarte,
no es posible que pueda
dártelo el arte;
que aunque bien vistes,
¿con joroba y sin dientes
de qué te sirve?

(119.) Los defectos de la naturaleza no puede borrarlos el arte. Algúnos logra corregir; pero ótros no se atreve á enmendar. Una joroba agigantada, y una cara que amenaza tempestad, ¿cómo se han de perfeccionar de modo que se oscurezcan y no se conozcan? Porque *Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.* Mujeres insensatas, conformáos con lo que sois, sin solicitar con afeites y almazarrones parecer lo que no seréis jamás. La fealdad de vuestros rostros y los defectos de vuestros cuerpos no serán motivo de mofa, sino de veneracion y respeto, si con la virtud hermoseais vuestros espíritus. Como ellos arrojen luces de justificacion, iluminarán lo más feo y deforme. Entónces, áun cuando el mundo os desprecie, seréis amadas del Cielo. Este es el remedio universal; no busqueis ótro en lo terreno, porque *Nunca puede el cordoban ser tafetan*, ni *La calabaza jamás será hogaza*. Últimamente, oiga el soneto siguiente nuestra jorobada, que, habiéndole compuesto para ótra

su discreto autor, parece que le hizo derechamente para ésta.

La receta de polvos y de baños
no cura las heridas, aunque cara,
de tus dias; mas sana, oscura Clara,
en mi pecho, las llagas y los daños.
Si en los surcos del rostro mil engaños
siembras, por parecer juventud rara,
tu fruto es, que las éras de tu cara
amontonan la gran cosecha de años.
Consulta ya al sepulcro, nó al espejo,
que aquél te busca, y éste te convida
á ver lo que era sol, esplendor parco;
estudia en tu joroba tu consejo,
pues te asegura que en la edad florida
eras flecha de amor, y ya eres arco.

(**120**.)

La distincion que logras,
Fabio, de Celia,
no la da á tu persona,
sí á tu moneda.
Deja de darla,
y ella te dará al diablo
de buena gana.

(120.) Entre las infinitas dolencias con que la naturaleza aflige al hombre, no hay ótra peor que la que le presentan estas Celias; porque las demás puede curarlas la medicina, y la medicina de éstas es la propia enfermedad. «Ó dejarlas, ó darlas,» decía un experimentado. Y ótro, que no lo era ménos, le res-

pondió: «Dejarlas, no es fácil; y darlas, siempre es difícil.» Luego, ¿qué medio se ha de tomar en estos extremos? Un tercero en discordia, más hábil que ellos, dijo: «El que yo uso es el medio único: ni las »dejo, ni las doy; sino las ofrezco mucho, y nada »cumplo de lo que las ofrezco; porque *Quien hurta al »ladron tiene mil años de perdon. Quien imita al que »le engaña, se venga y no agravia.»* ¡Cuántos amantes se creen amados de las que realmente son aborrecidos! Éstos no conocen que el verdadero amor ha de ser á la persona, nó al dinero. Por esto pintan al amor desnudo, porque no ha de ser interesado. Artemisa amó tanto á su esposo Mausolo, que, despues de muerto, bebió todas sus cenizas en vino. Pero más hizo Perícles, que se arrojó al fuego prevenido para quemar el cadáver de Aspasia, su mujer, y murió á su lado. Saber amar es mucho saber. Ni le supo pintar Asclepio, ni enseñar Ovidio, ni contar Helena, ni aprender Cleopatra. De la escuela del corazon ha de salir, y la pura discrecion le ha de enseñar. Y con ser tan dificultoso, lo es mucho más el conocer cómo es correspondido el que ama; porque *La mujer cuando más halaga es cuando más engaña.* El que consiga descubrir este secreto use de él, ó para su consuelo, ó para su desengaño; pero tenga siempre presente que hay poquísimas *Dafnes,* é innumerables *Floras.*

(121.)

Luz que alumbra á distintos
cuartos á un tiempo,
fuerza es que deje á oscuras
á alguno de ellos.

Los que estén cerca
gozarán puros rayos;
ótros, tinieblas.

(121.) Dice un refran: *Quien del sol está muy cerca, más se calienta.* Y ótro: *Quien mucho abarca, poco aprieta.* Los dos comprende esta seguidilla. El que está más inmediato al poderoso logra mejor su beneficencia; y el que toma á su cargo muchas cosas, ó cumplirá mal con tódas, ó no cumplirá con ningúna, pues *El que á muchos amos sirve, á algúno ha de hacer falta.*

(122.)

La ausencia dicen causa
mortal martirio;
yo digo, que de tódos
ella es alivio,
pues se prefieren
á los ausentes males,
dichas presentes.

(122.) Ni lo que explica esta seguidilla, ni lo que dice este refran: *A muertos y á idos no hay amigos;* ni ótro que asegura que *Los que ausentes estén no hacen papel;* ni áun las cinco cosas que dice un filósofo destruyen á un amante, y son: *celos, desden, olvido, mudanza* y *ausencia*, se debe reputar por regla sin excepcion, porque hay quien siente tanto una ausencia, que el tiempo que la padece es para él muerte dilatada. En ótros ha sido más ejecutivo su veneno. Dirce, viéndose violentamente ausente de su amado

Lico, murió, dejándole escritas estas líneas: «Te »amo tanto, Lico mio, que no puedo vivir sin tí. Tu »ausencia es mi muerte. Viva yo en tu memoria, y »seré feliz con aquélla que recibo en este mismo ins»tante con gusto;» y en él se quitó la vida. ¡Con qué elegante terneza explicó una dama su sentimiento por la ausencia de su amante, en una carta que le escribió! Estas pocas cláusulas explican lo suficiente para conocer la sabiduría de quien las escribió, porque por un dedo se conoce el gigante.

«Tu ausencia (dice) me tiene sin vida, aunque »respiro.... Pero este alivio, como es sin tí, me sirve »del mayor tormento. Para librarme de él, intenté »anoche herir mi pecho, á fin de que el aliento salie»se de una vez por la puerta que le abriese mi deses»peracion. Con efecto, di el golpe; pero no produjo el »que yo quería, que era mi muerte. No sé si fué de»fecto de mi timidez y del poco filo del instrumento, »ó de los dos juntos, uniéndose de acuerdo para res»petar el corazon en que estabas; que como siempre »fué de cera para tí, no quisieron rendir cosa tan dé»bil, á imitacion del rayo, que siempre se ceba en lo »más alto. Pero cree que, si no vienes présto, te irá á »buscar mi espíritu, que llegará á tí con prontitud, »porque irá desembarazado del cuerpo, reducido á »cadáver por mis manos.»

(**123**.)

Lisardo cree que es solo
al que ama Anarda,
y ella y Fabio se rien
de su confianza.

¡Pobre Lisardo!
te engañan; mas son múchos
los engañados.

(123.) Si el amor es ilegítimo, no pueden ser sus consecuencias prósperas. ¿Cómo no han de engañarse los que mantengan una correspondencia criminal? Precisamente se han de experimentar las consecuencias de la culpa. La lástima es que, pensando que engañan, son los engañados los que lo piensan. *Juana cree que á Pedro engaña, pero le desengaña. Engañarme pensaste, y me desengañaste.*

(124.)

La diversion que tiene
mi amada Julia,
es sólo coger moscas
y matar pulgas.
Es inocente,
y así no me da celos,
y se divierte.

(124.) Esta Julia precisamente sería simple, ó muy contraria á la ótra de su nombre que cuando salía de su casa, en Roma su patria, decía: *Vamos á rendir corazones.* Otra Julia española nos acuerda una historieta, la cual era tan parecida á la de nuestra seguidilla, ó tal vez la misma, que cuando la preguntaba su marido: *¿Qué haces, Julia Gil?* respondía con la mayor terneza: *Mato pulgas mil á mil.* Por lo que hace á las moscas, no fué sola esta Julia la que se empleaba en tan útil diversion; un emperador romano ejercitaba la caza de estos insectos con

la mayor frecuencia. Lo cierto es que *Mejor es la mujer que gasta el tiempo en coger moscas, que las mañas de ótras.* Sin embargo, *Aquila non captat muscas.*

(125.)

La flor de aquel arbusto
que cria Grecia,
la abre el oro, y el hierro
la pone seca.
Así eres, Juana,
y el oro es de tus yerros
siempre la causa.

(125.) Si no miente Plinio, la flor que nos acuerda esta copla se cria en Grecia. Su color es amarillo; sus hojas, largas y angostas; y su olor, semejante al de nuestras azucenas. Lo que tiene de admirable es que, si cuando está en boton se la toca con cualquiera moneda ú otra especie de oro, se abre y manifiesta toda su belleza y fragancia, anticipándose, con aquel contacto, al tiempo que para esto le prescribió la naturaleza; siendo lo más prodigioso que, si estando ya en esta disposicion se toca á cualquiera de sus hojas con hierro, tódas se secan y desprenden al instante de su tronco. Creemos que la existencia de esta flor es la misma que la del fénix, que asegura el mismo autor fué conducido úno á Roma. Ningun célebre viajero hace mencion ni de haberla visto, ni de haber oido ninguna de sus maravillosas circunstancias; y ni lo úno ni lo ótro habrían callado si lo hubieran advertido. Nos persuadimos, con gravísimos fundamentos, que la Juana de esta seguidilla es la

verdadera flor que nos pinta Plinio. La diferencia está en que él la hace vegetable, y es racional; y en que su existencia la da solamente en Grecia, y las hay en todo el mundo. Son tan comunes estas flores Juanas en la córte, que se hallan á cada paso, manifestando su fragancia al contacto del oro, y poniéndose mustias al tocarlas con el hierro.

(**126**.)

Los defectos ajenos
no hay quien no abulte;
los propios, aunque grandes,
se disminuyen.
Esto consiste
en que con diferentes
varas se miden.

(126.) Si pusiéramos en una balanza del peso de Astrea los defectos que notamos en el prójimo, y en la ótra los nuestros, sin duda arrastraría ésta á aquélla hasta el suelo. No es igual nuestra vista. Da más cuerpo á los errores ajenos, que á los propios; por más que aquéllos sean pigmeos, y éstos gigantes, creemos que tódos nos exceden en lo malo, y que en lo bueno á tódos excedemos. Este modo de pensar es tan engañoso como temerario. ¡Ah, tirano amor propio, á cuántos ciegas para que no vean ni conozcan sus excesos, y los conviertes en unos Árgos para que noten y abulten los de los ótros! Mal puede corregirse quien no llegue á conocerse. Nuestra obligacion es distinguir y espiar nuestras faltas, sin poner la atencion en las ajenas. Entónces es el hombre bueno, cuando á ningúno tiene por malo. Pero regular-

mente se dice: *Ruin sea el que por ruin se tenga*, y *Ovejas bobas, por do va úna van tódas;* y así, como vivimos por semejanza, *¿Adónde vas Clemente?— Con el ruido de la gente*, no nos corregimos, porque no nos conocemos; pero *El que ve en el ojo ajeno la arista, vea en el suyo la viga;* y entónces dirá (debe hacerlo llorando de dolor y ofreciendo la enmienda): *Vi pecados ajenos, pero en comparacion de los mios son ménos.*

(127.)

La dicha que poseas
á nadie digas,
que suelen malograrse
las dichas, dichas.
Y es cosa clara,
que es preciso el secreto
para lograrlas.

(127.) Quien no calla lo que le importa, ¿por qué se ha de quejar de que no lo calle el que nada interesa en ello? ¡Cuántos perdieron su dicha, y áun la vida, por fiar á ótro lo que sólo de sí mismos debían fiar? *El que á ótro confía su secreto es muy necio*, dice el refran; pero no solamente es necio, sino que se hace esclavo de aquél á quien le declaró, temiendo siempre enojarle, por no ponerle en estado de descubrirle. *Lo que te importa que nó se entienda, ¿por qué á ótro se lo encomiendas?* A estos hombres, que nada les cabe en el pecho, debían obligar á que siempre trajesen las bocas llenas de agua, para que no pudiesen hablar. *Cuando tus cosas más las calles, ménos públicas las haces. Nadie yerra con callar; y hablando mucho, mucho se suele errar.*

(128.)

Las cuentas que Casilda
le da á su amo,
siempre las multiplica,
mas sin quebrados.
Si los hubiera,
se habrían revocado
todas las cuentas.

(128.) Estas cuentas serían distintas de las del Gran Capitan, y tal vez iguales á las que dió un vizcaíno á su amo, de cuatrocientos reales que fué á cobrar de Málaga á Granada, y fué en esta forma:

«Primeramente, desde Málaga á Granada gasté »seis dias, porque aunque sólo es viaje de tres, yo »gasté siete, y es de esta manera: Siete de ir, y siete »de volver, y cinco de estar allá; y hecha la cuenta »con la mula, yo y el mozo, salen seis del mozo, »cinco de la mula, y siete mios; con más la comida »de la mula, la del mozo y la mia, con cinco de la »mula y seis del mozo; por mí, ocho; por la mula, »seis; y por el mozo, cinco, sin la comida de la mula »y el mozo, hacen justos los referidos cuatrocientos »reales. Y lo firma con una pluma y con su propia »mano.=Juancho.»

Y pues esta cuenta está llena de despropósitos, acompáñenla los que contiene esta carta escrita por un padre á su hijo.

«Hijo mio: En esta *ciudá á evacuado* un *maleficio* »que pide *resistencia*, y se ha de *proivir* al instante,

»Yo he buscado el *poltronato* que estaba en el *argivo*, »y por él *cuesta* que se han de celebrar todos los años »doce *adversarios* en *naufragio* de las almas de los »*poltronos enfuntos*. Lo que importa es que vengas »*ahina*, ántes que *mos* traigan algun *preve* de Roma. »=A Dios.= *El padre que cree te hizo, salvo el pa-* »*recer de tu madre.*»

(129.)

Las manos de Belisa
son pura nieve,
y al tocarlas, el mismo
hielo se enciende;
pues tienen ellas
en el cútis, la nieve;
fuego, en las venas.

(129.) Es cuanto puede decir la mayor exageracion, lo que explica esta seguidilla. Producir la nieve llamas que enciendan el hielo, es mucho ponderar, y sólo se puede satisfacer con lo que expresa el estribillo, que es tan oportuno como elegante. Cuasi este mismo estilo observó un poeta que, habiendo una dama apagado la luz que iba á despabilar, dijo la siguiente

REDONDILLA.

Mano de matar candelas
tienes, Fílis: ¿qué te enojas?
si con la nieve las mojas,
¿no se han de apagar las velas?

Ótro, al hacer otra dama lo mismo que la anterior, pero que, habiendo soplado el pábilo, volvió á encenderse, dijo esta

OCTAVA.

Llega á sentir la luz tu blanca mano,
y á lucir más, Felisa, no se atreve,
pues si á la llama unir quieres la nieve,
que deje de lucir es caso llano.
Despabilaste al fin, y al tacto leve
de aquel hielo admirable y soberano
muere al momento la brillante llama:
la diste un soplo, y otra vez se inflama.

Ótro dijo al mismo asunto:

A despabilar la luz
anoche se puso Anarda,
y al tocar su mano en ella
de repente murió ahogada.
Ella no tuvo presente,
porque con su Aminto estaba,
que es su mano pura nieve,
y que ésta á la luz se apaga.
Mas queriendo remediar
con viveza y eficacia
este olvido de sí misma,
ó descuido de sus gracias,
un soplo dió al encendido
pábilo, con tan extraña
virtud, que rápidamente
volvió á levantar su llama.
Con esto se acreditó
que naturaleza sabia
puso todo su poder
hasta en los soplos de Anarda.

Así como para Aminto
quedar á oscuras fué gracia,
de tódos su boca fué
por tal soplo celebrada.
A este asunto se escribieron
versos por Musas tan altas,
que á Apolo se presentaron,
y admiró destreza tanta.
Éstos mios, sólo van
á gozar los piés de Anarda,
pues tendrán más dicha en ellos
que los de las nueve Hermanas.

LL.

(**130**.) Llora Belisa siempre
que la regaño,
mas con cuatro caricias
cesa su llanto.
Es tan pesada,
que se queda dormida
áun cuando baila.

(130.) Esta seguidilla nos enseña que *En cojera de perro y llanto de mujer no hay que creer*, suponiendo que ellos se quejan por poco, y ellas por nada.

El estribillo exagera discretamente la pesadez de Belisa; pero hay un remedio tan admirable como experimentado para que aviven las mujeres, por más que sean hermanas del plomo. Éste es: *A borrico lerdo, arriero loco. El que es pesado se vuelve ligero con el palo.*

(131.)

Llora Aurelio, y la causa
pregunta Atilio:
«¡Ha muerto—le responde—
mi dulce amigo!»
Pero yo espero
que hoy mi plácida muerte
me lleve á verlo.

(131.) ¡Oh, santa amistad! ¿adónde has ido? ¡Faltaste de entre los mortales porque no quisieron estimarte ni acertaron á conocerte! Bien pondera tu valor el sujeto de esta seguidilla, pues espera que la muerte (y la llama plácida, siendo tan triste y amarga) conduzca su alma á los campos Elíseos á unirse con la de su amigo, cuyo sentimiento por su falta, siendo tan grande, tal vez se le aumentaría el conocer que era imposible hallar ótro como él. Yo creo que cuando Diógenes, en medio del dia y con su linterna encendida, buscaba por las calles de Aténas un hombre, que no pudo hallar, era un amigo lo que buscaba. Ya se acabaron los Pílades y Oréstes, los Nisos y los Eurialos, los Damones y los Pítias, y los Escipiones y Lelios: sólo han quedado Brutos y Catilinas, Cleóbulos y Aspasios, Léntulos y Andronios. Aquellos dulces y perpetuos vínculos; aquellos estrechos y agradables lazos con que unía los corazones la generosa y verdadera amistad, ha sido herencia del desagradecimiento, de la intriga, de la adulacion y del sórdido interes. Acabaron los amigos verdaderos, y ocupó su lugar la vil ingratitud. Por esto decía un

hombre de bien, advirtiéndole que el que parecía su amigo se manifestaba quejoso de él, y reconociendo que nada perdía en perderle: *No se me da un higo en perder tal amigo; y de pena muriera si, como debe ser, mi amigo fuera.* Ótro aseguraba que: *Buscando un amigo mi vida pasé, pero no le encontré.* No hay cosa más comun que el nombre de amigo; pero tampoco ótra más difícil de hallar. Por eso se dice que *El mayor amigo la pega;* y que *No hay mejor amigo que un doblon en el bolsillo.* Si debemos seguir, en buen moral, lo más probable, sigamos esta doctrina, porque lo es.

(132.)

Lleno de ira Narciso
dice, que el amor
jamás hará en su pecho
ninguna impresion:
porque sus flechas,
al tocar á su pecho,
pierden la fuerza.

(132.) Este Narciso sería como el de la fábula, que jamás pudo conseguir la preciosa Eco que correspondiese á su fino amor. ¡Desgraciada mujer la que ama á semejantes peñascos! Insensibles á la voz agradable de la naturaleza; estúpidos y llenos de amor propio, sólo se aman á sí mismos; pero, guárdense del agua y jamás se miren al espejo, porque en aquélla y en éste hallarán la muerte en castigo de su insensibilidad. Estos presumidos Adónis, cuyos pechos para resistir las flechas de Cupido suponen son de acero fabricado por los cíclopes de Vulcano, suelen

tropezar en lo peor, y verse sin facultad para levantarse; viniéndoles al fin á suceder lo que al héroe de esta

REDONDILLA.

Montalvo casó en Segovia
siendo pobre, cojo y calvo,
y engañaron á Montalvo:
¿qué tal sería la novia?

(133.)

Llagas envejecidas
de la voluntad,
ó no se curan nunca,
ó se curan mal;
porque los odios
hay quien hasta el sepulcro
los guarda ansioso.

(133.) Si no fuera tan cierto lo que asegura esta seguidilla, serían más felices los mortales. ¿Quién duda que hay corazones tan obstinados en guardar el rencor que concibieron, que, no pudiendo satisfacerle con la ruina de su semejante, le conservan hasta el sepulcro? De esta clase fué un anciano que, estando muy enfermo, le pidieron con tanta eficacia que se reconciliase con don F., de quien era sangriento enemigo, que al fin prometió hacerlo. Presentáronle, le abrazó estrechamente, y con las demostraciones más tiernas le besó muchas veces. Celebrándole despues aquel acto de edificacion y caridad, respondió: «Le abracé con firmeza; puse su rostro contra mi pe»cho; participó del sudor; le besé, y eché mi aliento

»en su boca: nada me quedó que hacer para que se »le pegase mi tabardillo. ¡Qué feliz seré si ya le tiene »encima!» Esta alma vil completó sus bárbaros deseos. Le pegó el tabardillo; y estando él ya libre del peligro del suyo le dieron esta noticia, la que recibió con tal ímpetu de alegría, que á pocos momentos perdió la vida; pero se llevó á la sepultura su cruel rencor, y éste conduciría su alma al infierno.

M.

(**134**.) ¡Murió mi amada esposa,
y yo fallezco!
Aunque al fin me consuela
ser su heredero.
Fatal desgracia,
si su herencia á mis ojos
no los limpiára.

(134.) Todos los muertos tienen quien los llore, únos con más, ótros con ménos motivo. Pero estos sentimientos duran poco; y si hay mucho que heredar, nada duran. Cuando son más dolorosos y profundos los lamentos, se oye decir en tono más levantado y cierto: *Al muerto, la mortaja; y al vivo, la hogaza. Los duelos, con pan son ménos. Ningúno se muere porque á ótro le entierren. Dolor por mujer muerta llega hasta la puerta.* No hay un sentimiento más falso ni lágrimas más bien fingidas que el que aparenta y derrama un heredero.

(135.)

Miéntras Fabio con Rita
mantiene enojos,
el infeliz Lisardo
se hace dichoso.
Que la fortuna,
para nadie su rueda
tiene segura.

(135.) Lisardo amaba tiernamente á Rita. Ésta le prometió ser su esposa, pero las persuasiones de Fabio la obligaron á desprenderse de aquél, admitiendo las promesas que éste la hizo de ser suyo. Se pasa algun tiempo; reconoce Rita que *Al que le dan á escoger le dan en qué merecer*, y que *El que escoge el amor siempre escoge lo peor;* riñe Fabio con ella, y vuelve á admitir á Lisardo, para acreditar que *A rio revuelto, ganancia de pescadores.*

(136.)

Me ayudó la fortuna,
y yo la perdí;
quiso hacerme dichoso,
y me hice infeliz.
La culpa es mia,
y es la pena que paso
bien merecida.

(136.) Dice un refran: *Quien bien tiene y mal escoge, no se enoje.* Pero es digno de compasion el que

confiesa que él mismo se buscó la desgracia, y se conforma con ella. Así lo hace el que habla en esta seguidilla. Sabía bien que *Lo que fué por tu culpa no tiene disculpa*, y que *Cuando no hay otro remedio, echar por medio;* porque *El que con su desgracia se conforma, su dicha se forma.*

(137.)

Mira el agua en que nadas,
que las hay turbias,
y al que no se ahoga en ellas
causan angustias.
Y tales daños,
el que sabe temerlos
logra evitarlos.

(137.) ¡Qué bien nos aconseja esta seguidilla que huyamos no sólo del peligro, sino de cuanto pueda tener la menor relacion con ellos! Porque *El mejor nadador es del agua. Nadar, nadar, y á la orilla ahogar. La gala del nadador es saber guardar la ropa. Este mundo es golfo redondo, y el que no sabe nadar se va á lo hondo.*

(138.)

Múchos quieren que sea
muy necio Fabio,
porque ama y zela siempre
á su ganado.

Y él dice á tódos:
Mi necedad consiste
en que sois lobos.

(138.) Harto discreto será el que proceda como el que dice esta copla. La lástima es que tiene pocos Fabio que le imiten en su necedad, tan discreta como prudente. Así gradúa el mundo las cosas. Con nombres distintos califica por risibles las acciones recomendables, y á las que merecen desprecio las llena de aplauso. A la *estimacion* llama *necedad;* á la *disolucion*, *espíritu;* á la *desvergüenza*, *marcialidad;* al *libertinaje*, *viveza;* al que todo lo consiente, *grandeza de ánimo;* y al que nada malo disimula, *pacato*, *austero* é *hipócrita*. Lo cierto es que *Más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena;* y que *Por necio que el necio sea, dice y hace alguna cosa buena.*

(139.)

Mi amor se mostró siempre
como las nubes,
que unas veces se vienen,
y ótras se huyen.
Siempre fuí feliz:
ni una vez tuve celos,
y algunas los di.

(139.) La nota de la seguidilla del número 113 satisface al argumento de ésta.

(140.)

Mira, Fabio, que á muchos
has ofendido,

y que saben vengarse
los enemigos.
Deja el ser cruel
con tódos cuantos tratas.
ó deja de ser.

(140.) En apoyo de esta seguidilla dice un refran: *Quien busca enemigos cerca tiene los peligros;* y ótro asegura con certeza que *Su daño pretende quien á su prójimo ofende.* El insectillo más despreciable procura ofender cuando le ofenden. El que se reprende en esta seguidilla era cruel, como lo afirma el estribillo; y siendo cruel, más era fiera que hombre; más que racional, horrible monstruo. «No es vicio del hombre »la crueldad, porque es indigno de ánimo tan noble, »tan villano vicio,» decía Séneca. Siendo un héroe Aníbal. perdió este glorioso epíteto por su crueldad; pues habiendo hecho quitar la vida en una ocasion á múchos, y viendo despues un arroyo de humana sangre, dijo con atrocidad: «¡Oh, cuán hermoso espectáculo es á la vista este mar muerto!» Más crédito perdió Aníbal con esta expresion, que con la cruel causa que la motivó. Fué tanta la crueldad de Calígula, que exclamó en cierta ocasion: «¡Oh! ¡si para »poder segarle de un solo golpe, fuese del pueblo ro»mano uno solo el cuello!» No sentía este cruel emperador ser aborrecido de sus vasallos, pues decía furioso: «Como me teman, mas que me aborrezcan.» Tiberio fué cruel; pero temiendo como sabio adquirir este odioso renombre, lo fué sin parecer que lo era. Nó así Octavia, mujer de Marco Antonio, que, tomando en sus crueles manos la cabeza de Ciceron, la sacó la lengua y la picó vengativa con alfileres, en venganza de haber picado con sus razones á su espo-

so. Con ótra igual castigó el Cielo esta crueldad. La cabeza del mismo Marco Antonio hizo el cruel Cayo Mario que la sacasen á la mesa en un convite, y que sirviese de tinta la sangre que arrojó, para escribir en el papel de su impiedad la horrible escena de su rigor.

N.

(**141.**) No muestres que á Jacinta
adoras, Silvio,
porque si lo conoce
eres perdido.
Porque son tales,
que en viéndose adoradas
se creen deidades.

(141.) *El mucho trato causa menosprecio*, dice un refran; y ótro asegura, y es muy cierto, que *Si la mujer conoce que es amada, cátala endiosada.* Ame el esposo á su esposa; pero no la muestre tanto amor, que llenándola de vanidad la haga para sí mismo insufrible; porque *Tanto quiso el diablo á sus hijos, que les sacó los ojos. Quien mucho se baja, el culo se le ve;* y *A quien le dan el pié, se toma la mano.* De todo resulta, que en faltando á las mujeres en la menor cosa al extremo de amor que se las manifestó, ya se creen aborrecidas; terminando tal vez estas pequeñas desazones en venganzas que destruyen el honor; porque *Quien no está enseñado á bragas, las costuras le hacen llagas.*

(142.)

Nó á la mujer que estimes
ultrajes nunca;
que en viéndose ofendida
se vuelve furia.
Usa de un medio
que su amor asegure,
y tu respeto.

(142.) En viéndose ultrajada la mujer se transforma en fiera; porque *Mujer agraviada, no hay peor espada*, ni hay tampoco quien con más ardor y eficacia desee vengarse, que ella. El que consiga poner en práctica lo que aconseja el estribillo, puede decir que ha logrado un tesoro; porque *Que te ame y te respete tu mujer, difícil ha de ser; pero si lo consigues, por poco que vivas, mucho vives.*

(143.)

No des crédito á nada
que ótros te digan;
que el sabio, si le importa,
lo justifica.
Y es bien notorio,
que se engañan á veces
los mismos ojos.

(143.) Nos presenta esta copla una preciosa advertencia, para guardarnos de dar asenso con ligereza á lo que nos digan y pueda irritarnos, con algúno indisponernos, ó á algun peligro conducirnos. En

semejantes casos *Oigamos, pero no creamos hasta que lo veamos.* El sabio no da crédito á lo que oye ó le dicen, porque conoce la facilidad con que algunos hombres inventan unas noticias y alteran ótras. Sólo se satisface con *Ver y creer*, y aconsejan que *Nada creas hasta que lo veas,* porque *El que cree de ligero es un majadero;* y quieren justamente que *Lo que no éntre por tu ojo ó por tu oido, no sea de ti creido.*

(**144**.)

No creas que me engañe
jugando Laura,
pues ya tengo experiencia
de sus jugadas.
Yo me propongo
matarla con la *espada*
si pide *oros*.

(144.) Amenazar á una mujer, convertida en sanguijuela, con la *espada* siempre que pida *oro*, parece un remedio eficaz y seguro para hacerla perder tan maldita costumbre. A esta metáfora del juego, que es de la que se compone esta seguidilla, rebozando con aquélla la verdadera causa que tiene para quejarse el que habla en ella, la dan más valor los refranes siguientes: *Dice el as de oros que no jueguen bobos. Si el que contigo juega conoces que te la pega, guarda tu dinero, y que juegue con un perro.*

Por lo que hace á las mujeres que sólo saben deletrear *Dan*, *Den*, *Dáme,* y otras voces iguales, para gobierno de los que tengan la desgracia de tratar con semejantes arpías, tengan presente que *Mujer que*

mucho pide, paje que poco sirve, y pájaro que no canta, que se vayan, que se vayan. A mujer pedigüeña ponla do habita la cigüeña.

(**145.**)

No sujetes, Fabricio,
nunca á tu dama,
mira que de violencia
nacen desgracias.
Advierte al rayo
y verás, que oprimido
causa más daño.

(145.) Lo que con más fuerza se nos prohibe es lo que con más extremo apetecemos. Querer sujetar con todo rigor á la mujer es exponerla al precipicio. Ya se ha dicho en la nota de la seguidilla 99 lo que corresponde sobre este asunto. Aquí sólo añadirémos que un filósofo decía: *El que mucho guarda á la mujer, mäla la quiere hacer.*

(**146.**)

Ningúno por ser jóven
desprecie al viejo,
pues costará la vida
para no serlo.
Y es gran reparo
no dar todo respeto
á los ancianos.

(146.) Las canas tienen granjeada la veneracion de los que tuvieron buena crianza, y acredita la falta

que tuvo de ella el que á aquélla falta. Entre los lacedemonios se castigaba como un crímen el perder el respeto á los ancianos. En cada úno miraban los atenienses como una deidad, segun los veneraban. Despues de persuadirnos esta seguidilla que debemos reverenciarlos, nos acuerda oportunamente que, ó hemos de morir, ó hemos de llegar á viejos. Por esto se dice: *Si le mofas porque es anciano, ó has de morir, ó te verás mofado. Del viejo, el consejo; y del rico, el remedio. La moza que con viejo casa téngase por anciana.*

(147.)

Ni á mujer ni á marido
nunca les cuentes
defectos de úno ó de ótro,
aunque sean leves;
porque por causas
muy pequeñas, se han visto
grandes desgracias.

(147.) Nos ofrece esta seguidilla un aviso el más importante á la sociedad, para que se mire como á un enemigo de ella al que bajo de un velo de virtud procure indisponer un matrimonio, tal vez con intencion infame. Si hubiéramos de referir aquí las trágicas consecuencias de semejantes procedimientos, sería necesario formar un crecido volúmen. Esta seguidilla y su estribillo enseñan mucho en pocas palabras. En su justificacion, y para escarmiento de los que indignamente se ocupen en querer enredar los matrimonios, sirva de ejemplar el caso siguiente.

A Marcia, señora romana, dijo un dia un amigo

de su esposo, que procurase corregirle de un defecto que precisamente le originaría su ruina, así como había manchado su reputacion. «Y ¿qué defecto es?» (preguntó Marcia, no tan alterada como requería tan desagradable noticia recibida sin prevencion). «Tu »marido (prosiguió el vil delator) está ciegamente »enamorado de una dama, y en su obsequio sacrifica »cuanto tiene. Me ha confiado este secreto, y creí ser »de mi obligacion declarártele, para que uses del po»der que te concede el derecho contra un disipador y »adúltero.» «Bien» (le contestó Marcia, aún ménos sobresaltada). «Convengo en que sea cierto el delito »que me anuncias; pero para yo creerle es preciso »ántes justificarle. Lo que no admite dilacion es pre»miar el mérito que has contraido siendo tan buen »amigo como lo has acreditado. Espera, que vuelvo »al instante.» Con efecto, á corto rato vuelve Marcia manifestando en su rostro el furor que había introducido en su pecho no tanto la noticia como la maldad del que se la dió, al cual habló en estos términos: «En lo que me has revelado atropellaste infamemen»te las leyes de la amistad, de la confianza y del se»creto, y has apartado de mi corazon la dulce tran»quilidad que gozaba, porque vivía satisfecha de la »fidelidad de mi esposo. La tuya me ha persuadido á »lo contrario: este es tu premio, traidor.» Y sacando un cuchillo se le clavó en el pecho, cuya herida, aunque no fué mortal, le tuvo mucho tiempo postrado. Se hizo público este caso en Roma; Marcia fué aplaudida, y su esposo, con accion tan gloriosa, quedó corregido.

¡Mujer heroica! Si una mano igual halláran los chismosos y enredadores, que de cuanto oyen ó se les confía forman cuentos para indisponer las amistades,

ó para introducir una continua guerra en los matrimonios, ni sería tan crecido su número, ni se verían tan frecuentes las malas consecuencias de tan ruines procedimientos.

(**148.**)

No tendrá el cielo estrellas,
ni arenas el mar,
ni el fuego luces, ántes
que olvide á mi Juan.
Porque mi amor es
de modo, que áun ya muerta,
creo le amaré.

(148.) Son muy oportunas las exageraciones de esta seguidilla y su estribillo para hacer con ellas que resalte más admirable el exceso de amor que profesaba esta mujer á su marido. Este Juan no sería el *Juan de buen alma*, ni *un buen Juan*, sino un Juan el más feliz entre todos los *Juanes*. ¡Dichoso el hombre que halla una mujer que acredite con sus obras lo que expresa esta seguidilla! Tan raras son como el fénix; pero las hay, como lo asegura esta

REDONDILLA.

Es muy cierto, y no te asombres
de tan raros pareceres,
que el amor de las mujeres
es más fiel que el de los hombres.

(**149.**)

Nada encuentro en Filena
de amor sencillo.

sino cuando mi plata
se la dedico.
Entónces me da
las muestras más amables
de su voluntad.

(149.) Manifestar una mujer que ama tiernamente á un hombre sólo cuando anda corriente la plata, es acreditar que el amor es á ésta, y nó á él. Muy necio será quien así no lo conozca y se deje engañar de semejantes garduñas. Las lechuzas acuden á las lámparas que tienen aceite, y huyen de las que dejaron sin él. Es necesario cautelarse mucho del amor que es engendrado por el interes, porque donde éste impera, aquél no se halla. *Coma la mona, pero todo no se lo coma.* La que sólo quiere cuando se la da, quiere lo que se la da, y á quien se lo da aborrece. *Cuidado con estos sabañones, que más que pican, comen. Quien hila y tuerce, bien se le parece.* No se diga que *Bien canta Marta cuando está harta,* sino *Comamos y amemos, y no nos engañemos.* Y se debe huir siempre de quien *Tira la piedra, y esconde la mano,* porque de lo contrario *Serás querido hasta verte perdido.* En fin, desvíese el amante de quien tiene *Cara de beata, y uñas de gata.*

O.

(**150.**) Obedezco el impulso
que me dirige,
y tengo á mi conciencia
del mundo libre.
Nada me importa
que al reves se manejen
todas las cosas.

(150.) Ninguna prueba mayor puede dar el hombre, para que se tenga por virtuoso, como aborrecer el vicio. Y sin duda es de este número el que supone la seguidilla, porque asegura que siguiendo el impulso (sería divino) que dirige y gobierna su conciencia, tenía ésta absolutamente separada de todo lo terreno, sin emplearse en otra cosa que en procurar no separarla nunca del camino de la perfeccion. ¡Feliz el que así vive! porque

La más apacible cama
es la conciencia segura;
ni quita el sueño, ni apura,
ni quiere honores, ni fama.

Así como vivir entre los sospechosos es un sospechoso vivir, así tambien vivir separado del mundo es vivir sólo para Dios. Entre los hombres malos, el más malo es aquél que se precia y hace ostentacion de serlo; y entre los buenos, es el mejor el que nada quiere de lo perecedero, y sólo aspira á la eterna feli-

cidad. Cuando el hombre llega á ser en todas sus obras justificado, es cuando consigue una verdadera fama; y ningúna más grande que la del que vive bien, para no morir mal, siendo constante que *No hay en esta vida carga más pesada que tener la conciencia cargada.*

(151.)

Ó el Amor es de cera,
ó yo de acero,
pues nunca vasallaje
rendí á su imperio.
Flechas me tiró,
mas herir no pudieron
á mi corazon.

(151.) La antigüedad pintó al Amor con un pez en una mano y en la ótra flores, representando así que era señor de mar y tierra; que ningun mortal se libraba de su dominio, y que era lo mismo que la muerte en no exceptuar á ningúno de pagarle tributo. El misántropo que se lisonjea vanamente en esta seguidilla de que para las flechas de Amor es su corazon invulnerable, llegará el caso de que se lamente herido, y tal vez no halle quien le aplique ni áun hilas de esperanzas para aplacar su dolores. Vendrá á sucederle lo que dijo Plauto, que «hasta los perrillos de sus damas eran lisonjeados por sus amantes.» *Más fuerte era Sanson, y le venció el Amor.* Los que más se preciaron de no haberle ofrecido cultos, confesaron despues que eran sus esclavos. Los héroes más celebrados, los que sólo vivían entre los horrores de Marte, se afeminaron y rindieron á las delicias de Vénus, porque no hay condicion tan mala que no la

trueque y mude el Amor. A las mismas fieras las afemina y sujeta, ¿y querrá librarse de las llamas que sabe introducir en las almas el que se alaba de invencible en esta seguidilla? *El que mal dice de la pera es el que se la lleva.* Llegará tiempo en que tire del carro de Cupido, de pretender y no conseguir, desesperado; y entónces, burlándose de él, no faltará quien le diga: *No hay excusa más excusada que decir: ¡Quién tal pensára!*

P.

(**152**.) Pon siempre en los principios
tu atencion toda,
porque es la mayor parte
de cualquier obra.
Si principia mal
de tu casa el gobierno,
peor seguirá.

(152.) Así como su moral, nos acuerda esta seguidilla el comun axioma de los juristas: *Cujusque rei potissima pars principium est.* El sabio ninguna cosa grande principia sin emplear priméro grande cuidado en reflexionarla y prevenirla. *El que présto determina yerra la medicina.* Siempre debemos creer que *De malos principios, ruines fines;* y que *Al principio de la masa, bueno ó malo el pan se saca. Para que tus obras salgan con acierto, principialas con acuerdo;* porque aunque es cierto que no se encontrará úna tan sin defectos que no se los halle su censor, es necesario penetrar el carácter de éste ántes de dar

asenso á su crítica, porque lo que desagrada al malo, se debe dar por bueno. Y como *No hay salsa que dé mejor sabor á la comida, que el hambre*, el que la tenga de zaherir á ótro no sólo hincará su voraz diente en sus obras, sino que destrozará, si puede, su persona. En efecto, *Pensando mucho y corrigiendo más, buena tu obra la sacarás.*

(153.)

Para morirse un hombre
de un mal oculto,
basta no ser amado,
y querer mucho.
Porque á esta pasion,
ni conoce ni encuentra
remedio el doctor.

(153.) Verdaderamente que amar sin correspondencia es causa bastante para quitar la vida al mismo gigante Fierabras. Áun en los irracionales se experimenta la mortal fiebre de amor cuando sus incendios no producen efecto en las ingratas bestias que solicitan. Deseaba un gran señor que un labrador le vendiese un caballo, cuya preciosa estampa y nobles condiciones le hacían más digno de su gran caballeriza, que del establo miserable de su amo. Al fin lo consiguió; y cuando aquél se le remitió á la córte, fué con la carta siguiente: «Ahí llevan el rocin, que va »algo más flaco que cuando V. E. le vió en ésta, »porque el pobrete se enamoró de mi borrica mohina, »y ella despreció las coces y bocados que la endilgaba »en señal de su pasion; la que, si no se le templa con »baños, no hará á V. E. mucho gasto de cebada. Su-

»plícole que le mande tratar como quisiera V. E. que »le tratasen si fuera *Rocin enamorado y no corres-»pondido.*»

(**154.**)

Por más que el dulce fuego
de amor se acabe,
áun en cenizas frias
quedan señales.
Que es tal su imperio,
que aunque acaben las causas,
nó los efectos.

(154.) Manifiesta esta seguidilla la fuerza de una pasion amorosa, la cual, aunque parezca al que la experimentó que está concluida, siempre deja raíces que la recuerdan con viveza. Por esto se dijo: *Donde buenas ollas se quiebran, buenos cascos quedan. Donde lumbre fué encendida, siempre quedó ceniza. Quien bueyes ha perdido, los cencerros trae al oido.*

Q.

(**155.**) Que eras mio soñaba
anoche, Jorge:
¡Cuándo tendré yo sueño
como el de anoche!
Disperté alegre,
y el ver mi bien soñado
loca me vuelve.

(155.) Las sencillas expresiones de la que habla en esta seguidilla la gradúan por una amante verda-

dera, porque *Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería.* Amaba sin duda á Jorge, y soñaba que era suyo, porque tal vez tendría justa causa para decir: *Esto de mi casamiento es cosa de cuento; miéntras más se trata, más se desbarata.*

Los que suavemente duermen, dice el Filósofo que no sueñan. «Soñaste, y con fatiga, luego no tenías tranquilo el ánimo.» Los que sueñan, no por otra causa piensan que ven lo que sueñan, que por estar la inteligencia constante y sosegada: lo que acontece al ligero sueño: nó al que por mucho calor se recoge á la parte interior. Regularmente soñamos lo que habemos hecho ó queremos hacer. Pero cuando la imaginacion está sufocada con multitud de objetos interesantes, ó que el sujeto sufre pesadumbres, se desconcierta enteramente y hace soñar los mayores despropósitos; es decir: aquello que ni se pensó, ni se haría jamás. Igualmente nacen imaginaciones de lo que deseamos; por cuya razon creo yo que los amantes de la virtud soñarán mejores cosas que los malos y de viciosas costumbres.

Que Anfitrion fué el primero que interpretó los sueños, lo dice Plinio; y que, poniéndose la parte siniestra del camaleon al pecho, sueña un hombre lo que quiere, ó lo hace soñar á ótro. Mas dejando á Plinio en todo el concepto que merece, aseguro que no le creo en esta parte; y ménos, que Cornelio Rufo dicen que soñó que perdía la vida, y que dispertando con la mayor inquietud y sobresaltos, se halló ciego.

(**156**.)

Quien una ocasion tiene
y la malogra,

tal vez en muchos años
no hallará ótra.
¡Yo la lamento,
pues perdí la que tuve,
cobarde, ó necio.

(156.) *A los atrevidos ayuda la fortuna;* á los cobardes, los desprecia; y á los necios, los abomina. Se acabó ya aquello de *A los tontos se aparece la Madre de Dios. El que no sea para casado, que no engañe á la mujer. Cuando el aire es favorable, aprovecharle.* Es burlarse de la fortuna no aprovecharse de ella la vez que se presenta gratamente. Es falaz, engañosa y vengativa, y no hay bestia falsa que al cabo no dé una coz. Es demasiada simpleza la del que inutiliza la próspera ocasion, y espera ótra que no vendrá. *El que grandes cosas busca, por fuerza ha de hallar algúna.* Bien se lamenta el que dice en esta seguidilla que por su cobardía, ó necedad, ó por todo junto, perdió lo que le ofreció la suerte. El que la consiga una vez, agárrela y no la deje escapar; porque *Quien una vez la pierde, á verla no vuelve.*

(157.)

Cuando te he dado el alma
¿pides favores?
¿Pues quieres que un cadáver
los haga á un hombre?
Los tuyos tal vez
con su aliento á una muerta
darán nuevo sér.

(157.) La exageracion hiperbólica de que usa esta

seguidilla llamando cadáver á un cuerpo cuya alma posee el amante, es muy propia para desentenderse la mujer que habla en ella, de hacer los favores que la pide el que ama, los que tal vez no serían de los que con facilidad debe permitir una mujer estrechamente unida á la honestidad. Y áun cuando ya le hubiese hecho algúnos de ménos consideracion, por los cuales se atrevía á pedirla ótros mayores, merece ser mirada con indulgencia, porque *Al que hace un yerro, y pudiendo no hace más, por bueno le tendrás.*

No es ménos recomendable la galantería con que, huyendo de contestar á la pretension del amante, se explica en el estribillo. De este modo, tan extraño como breve, ni negó, ni consintió, ni dió, ni dejó de dar esperanzas: ni faltó al amor, ni ofendió á su decoro. ¡Mujer excelente y digna de excelente amante!

R.

(**158**.) Reloj de sol pareces,
Flora, á mi pesar,
porque verás que siempre
apunta y no da.
Lo mismo eres:
prometes, mas no cumples
lo que prometes.

(158.) Reprende esta seguidilla y su estribillo á los que ofrecen mucho, y nada dan, que es uno de los vicios más reprensibles que puede tener el hombre; pero es reprension hecha con prudencia, valién-

dose oportunamente del reloj de sol para hacerle comparable con las ofertas de su Flora. Porque, cuando la reprension se hace con desprecio del reprendido, es nada provechosa; porque pierde este nombre, y toma el de ofensa. Por eso aconseja un sabio que, *A grave culpa, suave reprension;* porque ésta persuade y convence más que la fuerte, estrepitosa y ofensiva al honor del que la recibe. Lo cierto es, que nadie debe ofrecer lo que no pueda, no quiera, ó no deba dar; porque *Quien ofrece y no da, mala fama tendrá.* En ofrecer, hace el hombre una fineza; y en no cumplirlo, se ofende á sí, y agravia al que ofreció.

(**159.**)

Reconozco el peligro,
y huyo de él; pero
más cerca le hallo cuando
estoy más léjos.
Pues de Cupido
¿cómo he de huir los riesgos
si van conmigo?

(159.) Desviarse de lo que se ama no es apartarse de los peligros que puede producir miéntras la pasion esté impresa en el alma. Esto es lo mismo que el que por librarse del incendio da en la inundacion. Es salir de Scila, y tropezar en Caríbdis. Huir del pecado y no arrepentirse de él, es llevarle consigo. ¿De qué sirve apartarse de la causa si van con él sus efectos? La mayor claridad de la virtud se oscurece si se retiene junto á ella la menor señal del vicio. ¿Cómo había de estar separado de él el que habla en esta seguidilla, si aunque le huía le llevaba en su pecho? Cono-

cía el peligro; mas lo que dice no era huirle, sino con ansia buscarle. *El que huye, le vence; y el que le busca, en él perece.* Es cierto que *El que peca y se enmienda, á Dios se encomienda;* pero si no hay enmienda, no hay arrepentimiento; y sin éste, no hay perdon.

(**160**.)

Repetir holocaustos
y hallar desprecios,
no digas que es de amante,
sino de necio.
A ti te agravias,
y molestan tus cultos
á la que amas.

(160.) *Lo que por fuerza poseas, que te dure mucho no creas.* Este refran, penetrando toda su fuerza, debería separar á este amante necio y porfiado, de su pretension. Si lo que amas te aborrece, ¿por qué quieres que, violentando su natural inclinacion, te quiera? Cuando la aversion es conocida, no debe la pretension ser obstinada. Si han sido con desprecios tus cultos recibidos, ¿cómo quieres que con amor sean despues aceptados? Cumpliste como amante solicitando por medios justos lo que amabas; pero habiéndote enseñado una larga experiencia, que sólo sabe aborrecerte la que quisieras supiese sólo premiarte, debes apartarte de ella y no molestarla, para que compita tu prudencia con tu amor. Si fuiste en éste desgraciado, en aquélla puedes hacerte feliz, dejando en libertad á la que no la tiene para ser tuya. La simpatía, ó antipatía, se las hallan hechas las perso-

nas únas para ótras; ni está en su mano formarlas, ni disminuirlas. Además, que los caprichos de las mujeres son invencibles; y si le hizo de aborrecer, nadie podrá reducirla á amar; y si lo llega á hacer ó por la violencia ó por el interes, será un amor de tal condicion, que pueda decirse por él: *Aunque no me hubieras querido, nada se habría perdido. Tu querer es sólo á mi haber. Yo me casé con Antona; y ella, con mi caudal; nó con mi persona.* Si éstas dijesen alguna vez al que no quisieron, que le aman, respóndaselas: *En Toledo hay una mona que sabe el Credo. —¡Jesus! ¡qué enredo!*

S.

(**161**.) Si eres sabio y te jactas,
Silvio, de serlo,
el número acrecientas
de los más necios.
Porque el buen sabio
lo acredita con obras,
nó con sus labios.

(161.) *Cuando tus obras alabas, al que te oye descalabras. Alábate, Juan, que si no te alabas tú, nadie te alabará. Miéntras más tu saber alabes, ménos sabes.* El Filósofo dijo que *Sólo sabía que no sabía.* En su consecuencia se puede decir con verdad, que hasta hoy no se ha hallado ningun sabio que haya sabido lo que le basta. Y escritor sagrado asegura que «el desatino mayor del hombre es pensar que sabe.»

Los que hacen ostentacion de que saben mucho, áun cuando sea así, se desacreditan, y son tenidos por vanos y orgullosos. La verdadera sabiduría enseña á hacer desprecio de sí mismo. «Siempre he visto bien »hallados (decía Séneca) á los sabios con la humil- »dad, y á los necios con la soberbia.» Ésta abismó á Lucifer, y sabía mucho.

(162.)

Si atribuyes á sombras
los que son riesgos,
advierte que de acasos
salen misterios.
Que huyas, te aviso,
de las que llaman dichas,
y son peligros.

(162.) ¡Qué bien enseña esta seguidilla que no se quiere conocer el peligro hasta que se experimenta! Despues nos quedan las necias disculpas de ¡Quién pensára! ¡Quién creyera!.... Siempre debemos tener presente aquella terrible sentencia que dice: *El que ama el peligro, en él perece;* y que *Conforme sea tu vivir, será tu morir;* siendo constante que *Ningun bien importa más como guardarnos del mal.* Además de ser el malo, malo para sí, se concilia el horror de los que no son como él. Por esto decía un filósofo: «¿Para qué quieres decir más mal, del que por malo »es de tódos aborrecido? Esta es la desdicha mayor »que puede ofrecerte la desgracia en lo momentáneo, »además del castigo de la otra vida.»

(163.)

Si ha de ser úno solo
quien te posea,
¿para qué admites tántos
como te inciensan?
Al que quieras más
dá la mano, y de mano
á los ótros dá.

(163.) Debieran aprovecharse con eficacia del consejo moral que ofrece la seguidilla á todas las señoritas, particularmente aquéllas que están siempre rodeadas de pretendientes á su mano, cuyos padres lo permiten con injuria de su honor, y abandono de su conciencia, sin tener presente que *Quien anda entre el calor siempre saca algun tizon;* que *Olla que mucho hierve sabor pierde;* y que *El hombre es fuego; la mujer, estopa; y estando juntos, llega el diablo y sopla.* Pero están ya envejecidos con tan perniciosa permision, y *Genio y figura, hasta la sepultura.* Las consecuencias se experimentan por una crianza tan sospechosa como reprensible: avisan á semejantes padres la mala direccion que han tenido en educar á sus hijas; y áun con tódo, algúnos continúan en ella. ¡Padres crueles é insensibles al grito de la razon y á los remordimientos de la conciencia!

(164.)

Si quieres hallar dichas
sin sentimientos.

eso sólo se logra
allá en el cielo;
que acá en el mundo,
áun poseyendo múchas,
causan disgusto.

(164.) Conseguir felicidades sin experimentar sinsabores es empresa difícil. Solamente me parece que lo logra aquel pobre que le basta y está contento con su miseria, sin que deje de tenerse por feliz con ella. Éste es verdadero dichoso entre los mortales, así como *No hay más infeliz estado que el que de ótro no es envidiado.* Y no sólo ántes, sino despues de conseguidas las felicidades mundanas, producen penas y sentimientos, porque *El que más tiene, más quiere.* La ambicion humana no tiene límites; con nada se contenta; pero, fuera de su centro, ¿quién puede estar tranquilo? La patria celestial es el nuestro. Hasta conseguirla no tendrémos sosiego, ni dejarían de costar las dichas de esta vida (si las hay verdaderas y no soñadas en ella) trabajos, afanes y fatigas; porque *No se pescan truchas á bragas enjutas*, y *Quien algo quiere, algo le cuesta.*

«Las que llamamos felicidades (decía Séneca) no »lo son realmente. La prueba es clara. Véase si hay »en el mundo un solo hombre (si vive entregado á él »y muy distante de conocer la virtud) por más rique»zas que tenga, al cual no falte para llenar sus de»seos mucho más de lo que posea. Luego si estas feli»cidades tan cumplidas son tan cortas que no satisfa»cen mis ansias ni templan mis anhelos, ¿por qué se »han de llamar felicidades? Lo que persuaden es que »hay ótras eternas, que nada dejarán que apetecer á »los que por su mérito las alcancen. Aspiremos á és-

»tas con la virtud, y tratemos las ótras con el des-
»precio.»

(**165.**)

Si en algun tiempo cultos
al amor diere,
no he de permitir que ótros
lo que ame inciensen.
Porque estos humos
suben á las cabezas,
y tienen tufo.

(165.) Pensaba discretamente el que pensaba así. Quería que la que llegase á elegir por esposa estuviese apartada como unas cien leguas de los que, con el nombre de *cortejos marciales*, son la polilla de las estimaciones, y la peste de los matrimonios. Hay maridos que son Árgos para las honras ajenas, y ciegos para las propias. Nó así el de esta seguidilla, que sólo pensaba en asegurar la suya sin atender á las demás. Sabía que *Mujer que tiene como pegado siempre un hombre á su lado, buena puede ser, mas no lo quiero creer;* y que *Donde hay escándalo, hay pecado;* y no quería que aquéllo ni ésto se experimentase en su mujer.

Úna, á quien ótra muy amiga suya preguntó que por qué tenía cortejo siendo casada, respondió: «Con »mi marido paso el purgatorio, y con este buen hom»bre que me acompaña algunos ratos, hallo en mis »penas algun alivio.» «Estás muy equivocada (la re»plicó la amiga): Si con tu marido, como dices, estás »en el purgatorio, en este cuento te advertiré lo que »es para ti el cortejo.

»A un loco que tenía la frecuente manía de decir »que estaba en el purgatorio, le dijo un dia cierto ca»ballero, que tenía fama de avaro y de ser cruel con »los pobres, si estaba entónces en el purgatorio; á lo »que le contestó:—Nó, señor, no estoy ahora en él. »—¿Pues en qué ha consistido eso? Si siempre has »estado en él, ahora ¿por qué nó?—El loco le satisfi»zo así:—Desde que V. S. llegó aquí, salí del pur»gatorio; y por estar con V. S. estoy en los infier»nos.» Hizo tanta impresion en la Señorita cortejada este cuento, que se desprendió del cortejo y se abrazó con la virtud.

(166.)

Si con pleitos pretendes
felicidades,
serás muy desdichado
aunque los ganes;
pues siempre se ve
que aquél que más bien sale
nunca sale bien.

(166.) A la puerta de cierta Audiencia había una pintura que representaba un hombre lleno de miseria. Tenía el semblante pálido, los ojos consumidos, y el vestido enseñaba sus carnes por mil bocas. Sin embargo, aseguraba con ansia y fuerza debajo del brazo derecho un abultado legajo de papeles, y de su boca salían estas arrogantes palabras: *Gané el pleito*. Otro litigante, que vió y contempló con toda reflexion esta figura, dijo: «Si el que le ganó salió en cueros, el »que le perdió ¿cómo habrá salido? Sin duda en cue»ros, y asaeteado como san Sebastian. No quiero

»pleitos.» Y con efecto, abandonó el que seguía y tenía en buen estado, diciendo: *Bien está san Pedro en Roma, aunque no coma.* De los pleitos se sale *El vencido, vencido; y el vencedor, perdido. A mi enemigo libre Dios de pleitos; y á mí, de él y de ellos.*

(167.)

Si porque eres discreta
y hermosa, crees
que no tienes defectos,
defectos tienes.
¿Quieres ver tu error?
Tu conciencia lo sabe;
pregúntaselo.

(167.) Carecer de defectos no consiste ni en lo discreto ni en lo hermoso, sino en ser justos; porque éstos son todo del cielo, y aquéllos en él no se conocen. La hermosura y la discrecion son gracias que, si áun separadas encantan, ¿qué no harán unidas? Sin embargo, á quien así las posea y no haga de ellas el debido uso por dejarse arrastrar de las pasiones, se le puede acordar: *De todo tiene la viña: uvas, pámpanos y agraz. Hasta el oro, que á tódos encanta, tiene sus faltas.* Y si las de la discreta y hermosa que nos pinta esta seguidilla son de la clase que advierte el estribillo, ¿de qué sirven la discrecion y la belleza? El testigo más cruel de nuestros delitos es la propia conciencia. A gritos los recuerda cada momento para atormentarnos cada instante. Por eso quiere el estribillo que cada úno le preguntemos nuestros defectos, pues siempre nos los dice sin abultarlos ni disminuirlos.

(168.)

Si eligiéndole piensas
buen esposo hallar,
te engañas, que esto lo hace
la casualidad.
Mírate en ello,
porque, una vez errado,
ya no hay remedio.

(168.) *Si salen buenos melon y casamiento, fué acertamiento;* y *Si te casaste y lo erraste, sola la muerte puede remediarte.* Bueno es que el casamiento éntre por los ojos, aunque *Hay ojos que de legañas se enamoran.* Es mucho más bueno que sea á gusto, aunque *Hay gustos que merecen palos;* pero es sin comparacion mucho más bueno y justo que tengan la principal parte en estas elecciones los padres, porque el amor y la naturaleza los obligan á querer y solicitar lo mejor para sus hijos. Y es cierto que *Al que se casa á disgusto de sus padres no le tendrá envidia nadie. Hijo eres y padre serás; conforme hagas, contigo harán.*

(169.)

Si no te hallas contento
con tu fortuna,
tal vez tendrás pesares
con lo que buscas.

Porque ella á veces
asegura los males,
dando los bienes.

(169.) Si cada úno nos contentásemos con nuestra suerte sin mostrarnos quejosos de la que llaman fortuna porque no nos da ótra más elevada, y con la que tal vez probaríamos la mayor amargura, tódos seríamos felices. La pícara naturaleza no crió tesoros suficientes para satisfacer nuestros deseos. Teniendo Craso tanta riqueza, suspiraba por más con la misma ansia y anhelos que Tántalo por una gota de agua. Por fin, murió por el oro; pero satisfecho de él, porque se le dieron derretido para que se acreditase que sólo perdiendo la vida podía perder su codicia, y que la mejor cosa que hace el avariento es morirse.

Nos acuerda esta seguidilla que *Cuando Dios no nos da, no nos convendrá. El que hace mayor subida puede dar mayor caida. Con lo que Dios la envía se contenta mi tia. Más vale vaca en paz, que pollos con agraz. Si con pan de centeno me hallo bueno, con el candeal quizá estaría enfermo.* Y en fin, que nos conformemos con las disposiciones del cielo, que es el modo de conseguirle, sin envidiar riquezas ni elevaciones que no merezcamos; porque así como *Del pobre la bolsa con poco rebosa*, así tambien *Al que en un año quiere ser rico, al medio le ahorcan.*

(170.)

Si encierras á tu esposa
la das disgustos;
y mujer disgustada
no quiere mucho.

Déjala libre;
tal vez la confianza
la hará ser firme.

(170.) Siendo cierto, como lo es, que *Si la mujer no quiere, ser guardada no puede*, no sé cómo hay hombres que emprendan facilitar este imposible. Si se domestica á fuerza de halagos y buen trato la fiera más fiera, ¿no ha de sujetarse voluntariamente la mujer con caricias y ternezas? Si se quiere decir, que áun con ellas delinquen, que *Cuando el rio suena, agua lleva*, se puede responder que las exterioridades de una casa no corresponden muchas veces con su interior. *Aunque estén sin legañas, los ojos se engañan;* y *Para sentenciar un pleito es necesario oir á las dos partes*. Las mujeres tienen debilidades, es cierto; y tambien, que *La mala hierba mucho crece*. Pero ¿tienen ménos los hombres? ¿Y quién sabe si muchas veces las de ellos son causa de las de ellas? Lo cierto es que *Conforme anda el guardian andan los frailes;* y *La cabeza manda á los piés. La más ruin oveja sigue á la buena*. En una palabra, el buen ejemplo, el amor, y el hacerse respetar y temer al mismo tiempo, producen admirables efectos en la mujer á favor del marido; porque *Amor con amor se paga,* y *El miedo guarda la viña*.

(171.)

Si libre á Juana dejas,
mucho te expones;
que son muy peligrosas
las ocasiones.

Y un cuarto de hora.
al que de él se aprovecha
da una victoria.

(171.) *Todos los extremos son viciosos.* El hombre prudente logra hacerlos útiles con un medio que los une y concilia; porque *Si se destempla la guitárra, que no salte la puente por templarla;* pues *Conforme canta el abad responde el sacristan;* y en fin, *Buen ejemplo y buenas razones avasallan los corazones.*

(172.)

Siendo el amor tan noble
tiene hijos viles,
pues donde habitan ellos
la paz no existe.
Malditos celos.
hasta de los acasos
haceis misterios.

(172.) Múchos no distinguen los celos de la envidia, siendo tan fácil. Lo harían tódos si el amor propio no embotase el conocimiento. Si los causan las gracias ajenas, con cuidado atendidas, y con eficacia celebradas por lo que se ama, son envidia; mas si provienen de la ofensa que al honor se hace, ó puede hacerse, son celos. Un filósofo aseguró que «los que »se llaman así no son otra cosa que un furor envidio»so, causado de ver querido de ótro aquel objeto al »que tal vez ya no se quiere.» Armenio dijo á Ciro que, «cuando hallaban los maridos con sus mujeres »á los adúlteros, no las daban muerte tanto por la

»culpa de la ofensa, como por la rabia de que les hu»biesen perdido el amor y puéstole en ótro.» Yo creo que el tal Armenio no fué casado, y que si lo fué, conoció poco los verdaderos sentimientos del honor en aquel caso. En una palabra, sea lo que fuese esta maldita pasion de los celos, me parece que no la habría por parte de los hombres, que es la que produce consecuencias más sangrientas, si las mujeres tuviesen la condicion del caballo Bucéfalo de Alejandro, que sólo se dejó manejar de su dueño.

(173.)

Si tu padre fué sabio
y tú eres necio,
heredaste sus obras,
nó lo discreto.
Se heredan libros,
mas nó el entendimiento
del que los hizo.

(173.) Un pretendiente de una dignidad la pedía por ser hijo de un padre sabio, y él heredero de sus servicios. La respuesta que se le dió, fué: «que en»señase la cláusula del testamento por donde consta»se que, con la herencia, le había dejado la sabidu»ría; y que, acreditando tenerla, se le colocaría.»

A un señor le preguntaron que por qué había puesto hábito á su hijo siendo tan necio, y respondió que «por librarle de lo que se libra un portal que tie»ne una cruz, y es, de que los muchachos, por aquel »respeto, no se meen en él.»

Se puede asegurar que para un padre sabio no ha-

brá sentimiento más cruel que tener un hijo ignorante. ¡Qué prodigios no hace un hombre sabio! ¡Qué barbaridades, un necio! Para aquél no hay provincia extraña: en cada úna encuentra su patria; y para este, en su misma casa se le mira con enfado. Un sabio jamás se espantó de oir la simpleza ajena, porque ó la disimula prudente, ó la corrige con agrado. El necio, si llega á conocer un yerro en ótro, le propaga, le rie, y le celebra zahiriendo al que le produjo, vilmente. Por esto dijo un poeta:

Con la censura del sabio
tu obra se ilustrará;
pero la del necio hará
á ella y á tí mucho agravio.

Platon aseguró que «la vida más importuna y »desgraciada es la que se emplea, por no poder más, »en obedecer á un necio.»

(174.)

Si aquél que es tu enemigo
tu obra celebra,
bien puede asegurarse
que será buena.
Pues sólo saben
hacer, de puras luces,
oscuridades.

(174.) *Sin duda será admirable tu elocuencia si tu enemigo la celebra.* De este refran se formó la presente seguidilla; y es cierto que, si nuestros enemigos alaban en nosotros alguna cosa, se debe tener por excelente; porque el horror que nos profesan no per-

mite que reconozcan los aciertos que tengamos, á no ser los más sobresalientes. Entre las varias clases que hay de enemigos, el más fácil para perdonar y admitir una verdadera reconciliacion, es el hombre valeroso y al mismo tiempo prudente. Como tiene un corazon magnánimo, no admite en él ni la aversion, ni el deseo de venganza, que duran siempre en el tímido, necio y abrutado. Aquél abre sus brazos, y estrecha en ellos á su enemigo, siempre que éste lo solicite, desechando los obstáculos que sabe poner á los temerosos y vengativos la desconfianza. El cobarde, regularmente, es cruel, desconfiado, y de una intencion traidora. La paz que éstos anuncian, aunque sea con un beso, nunca se debe tener por segura. Así como la generosidad y la clemencia tienen el encanto natural de robar corazones, así la traicion y la perfidia deben ponernos en expectacion para observarlas y confundirlas, hallándonos prevenidos; porque *Quien del traidor se fia lo sentirá algun dia;* y *El vivir prevenido, del hombre cuerdo ha sido.*

Mordió un perro á un loco, el cual, habiéndose pasado algunos dias, le halló dormido en la misma calle. Tomó una gran piedra, y, dejándola caer sobre la cabeza con tanta fuerza que le saltó los sesos, dijo con risa: *Quien tiene enemigos no duerma.*

(175.)

Si con plumas ajenas
tus obras vistes,
¿no temes las conozcan
y te las quiten?
Y será fuerza

que la corneja cisne
quede corneja.

(175.) Un libro bueno se hace viendo muchos libros. Las mayores obras se apoyan con ótras. La buena literatura permite que aprovechemos los pensamientos ajenos, siempre que sepamos apropiarlos con toda naturalidad y elegancia á nuestras ideas, y darles más vigor y nuevos realces. Los filósofos antiguos establecieron sus sistemas científicos, y los modernos han sabido utilizarse de ellos, rectificándolos y engrandeciéndolos de tal modo, que pasarían por originales á no haber señalado sus autores las fuentes donde los bebieron, porque les dieron toda la fuerza, belleza y claridad que les faltaba, elevándolos á lo más alto de la perfeccion; cuyo mérito, en paralelo con el de sus inventores, no está decidido si es mayor que el de éstos. Únos opinan á favor de los primeros, y ótros al de los segundos. Los más sensatos y prudentes los dejan iguales. Los plagiarios, aquéllos que á la faz del orbe de las letras se llaman autores, no siendo más que meros copistas, son á los que satiriza esta seguidilla, usando oportunamente de la fábula de la Corneja que se vistió con plumas de otras aves; éstas las conocieron, se las quitaron á picotazos, y quedó sólo lo que era. Esto consiste en que tódos queremos ser sabios, y no conocemos nuestra ignorancia; porque *Como esté impreso mi nombre, sea con oro ó con cobre.*

(176.)

Si probar los incendios
de amor no quieres,

no veas á Belisa
que es el más fuerte:
 Y es muy seguro
que, verla y abrasarte,
será todo úno.

(176.) Grande sería la hermosura de esta Belisa, cuando no eran dos instantes el verla é incendiar los corazones; pero tal vez todo aquel fuego, si nó apagado, sería resistido con la nieve de un misántropo que ni áun pondría cuidado en verla. Toda belleza quiere ser celebrada; y como esto no se puede conseguir si ántes no la llegan á ver, quieren ser igualmente vistas. Porque aunque dicen que *El buen paño en el arca se vende*, tambien sabemos que *Saca á la feria tus mulas, que se venden mal si están ocultas.* Si esta hermosísima Belisa rendía con su vista, no era esto la mayor hazaña que podía hacer; sino perdonar á los vencidos, elegir entre ellos el que fuese más digno de su mano, premiarle con ella, y vivir sólo para Dios y para su esposo. Así haría mucho más preciosa su belleza, que trayendo con ella embelesados á múchos, y exponiéndola á desgracias que llegan á sentirse cuando no pueden remediarse. Sobre perdonar al rendido, tengo presente esta

REDONDILLA.

El vencer no es más glorioso
que perdonar al vencido:
siempre virtud esto ha sido;
y aquello, acaso dichoso.

(177.)

Si un solo pelo encuentras
en la fortuna
y asirte de él no sabes,
¿por qué la buscas?
Deja que á ótro,
lo que tú no aprovechas,
haga dichoso.

(177.) *Quien de la ocasion no sabe aprovecharse, no tiene de qué quejarse.* Si era viejo el que hace papel en esta seguidilla, y le faltaban fuerzas para sujetar á la fortuna, tiene disculpa; porque

No he visto ser venturoso
ningun hombre desde que
llega á viejo, aunque no esté
muy enfermo ó achacoso.

Por esta razon dice el refran: *El viejo que no tiene, fortuna no espere.* Si era jóven y la dejó escapar, tampoco merece pena, porque

El jóven, si encuentra alguna
mala ó buena diversion,
allí pone su atencion
y no quiere más fortuna.

El refran dice: *El jóven enamorado, sólo en esto está su cuidado.* Si era un hombre sensato, hizo mal; y si era un necio, hizo bien; porque *No hay suerte más dura que servir á un necio puesto en altura. Cuando un necio está en su mulo no teme á Dios ni al*

mundo. Es oportuno aquí este cuento, ya que se habla de los necios.

Lo era muy grande cierto caballero. Quejóse á ótro con mucho furor porque le había motejado de tal necio en una conversacion, y le satisfizo así: «No he »dicho semejante cosa; pero sí, que usted no es de »los hombres grandes que saben mucho, ni de los »necios que saben poco: conque lo que vine á decir »fué, que usted no sabe poco ni mucho.» Y muy satisfecho el ofendido, concluyó diciendo: «*Eso es ha-»rina de otro costal;* no tengo queja de usted.»

Otro caballero necio decía al padre de un muchacho muy agudo: «Usted crea que estos niños tan agudos se vuelven brutos cuando son grandes.» Y el muchacho respondió: «Muy agudo sería usted cuando pequeño.»

(**178.**)

Si siempre estás contento
con tu fortuna,
ahorrarás los deseos
del que la busca.
Y son tan malos,
que sufocan á múchos
por no lograrlos.

(178.) En pocas palabras dice muchas verdades esta copla. ¡Qué mayor felicidad para el hombre, que estar siempre contento con su suerte! *Cómete tu poco, y que busque más el loco.* Si aquello poco se disfruta sin más afanes que los que se empleen en adquirirlos, porque mandó Dios que *Con el sudor de nuestro rostro adquiriésemos el sustento*, ¿no será con una tranquilidad suma? ¿Estarémos expuestos á la continua

zozobra, á la interminable agitacion en que ponen á los que anhelan á conseguirlos, los deseos de ascender á las elevaciones? Y estando en ellas, ¿terminan acaso los sustos, las ansias y las incertidumbres? ¿Se llegó al fin de la felicidad? Entónces, cada aliento es un suspiro; cada palabra, una congoja; y cada paso, un peligro. Los rayos desprecian las chozas, y buscan los grandes edificios. Las caidas son más peligrosas miéntras es mayor la altura de donde se cae. *La gloria vana florece y no grana. Subir, subir, y rodando venir.* ¿Y cuántos, ántes de la subida, han dado en la sepultura? Penetrados de esperanzas, se lisonjeaban de verse empinados sobre la rueda de la fortuna dentro de pocos momentos. Hallan en úno, á aquél que se las había hecho concebir, con el rostro ménos agradable que otras veces, y sin más motivo, se consternan, se afligen, se contemplan fuera de la gracia de su idolillo, la sangre se altera, se inflama, los postra; últimamente, pára su circulacion, y ellos su carrera. *Si bien ó mal baila mi Juan, ótros lo dirán.*

T.

(**179.**) Tus producciones, Fabio,
no alabes nunca,
que á ellas las abates,
y á ti te injurias.
Deja que el sabio
las premie con desprecios,
ó con aplausos.

(179.) Sobre este asunto queda ya dicho lo suficiente en la nota á la seguidilla 161 para gobierno

del lector, si acaso le necesita. Aquí sólo añadirémos que ningúno debe celebrar sus obras, áun cuando tengan sobrado mérito, porque además de ser sospechosas estas alabanzas, traen consigo la nota de vanidad en el que las hace. Por esta razon aconseja este estribillo que el sabio decida sobre su mérito ó inutilidad, porque *Cada ollero sus ollas alaba, y más si las trae quebradas. Del que sus obras alabe, sospecha que nada sabe. Al que sus obras desprecia, como á un sabio le aprecia.*

(**180.**)

Teníamos á Rita
por una santa.
y vemos que es un diablo
cuando se enfada.
Con esto advierte
que lo que hay bueno en ella
es aparente.

(180.) Aunque *Cada pajarillo tiene su higadillo,* donde hay verdadera virtud los enfados son pocos y muy pasajeros. Enfurecerse luciferinamente es muy ajeno de los prudentes y timoratos. No debemos dejarnos seducir de las apariencias, porque hay múchos que se presentan como corderos, y son lobos carnívoros. Por eso se dijo: *Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libraré yo. Mi marido alborota la casa, y el de Juana siempre calla. Al mio la furia se le pasa, y el de Juana á pellizcos la mata.*

(181.)

Tus agradecimientos
á las finezas,
si ellas han sido grandes,
mayores sean.
Si ingrato eres,
los mortales su trato
negarte deben.

(181.) Con discrecion explica la seguidilla del modo con que se han de agradecer los favores; y el estribillo, el justo castigo que el ingrato merece. No es digno de la sociedad, sino del desprecio comun y de que se hiciese con ellos lo que dice este refran: *Al ingrato, quemarle el hato.* Se horroriza la naturaleza al ver que un corazon clemente y generoso favorece y da como un segundo sér al que estaba sepultado en el seno de la oscuridad y de la indigencia; que aquél cae en ella por disposicion de la inconstante fortuna, y éste, en vez de mirarle siempre como á un hombre de probidad, benéfico y único bienhechor suyo, le desconoce y áun le mortifica más que su propia desgracia, con su ingratitud. Hombres piedras, en cuyos corazones no ha quedado el menor resto de humanidad: buscad entre las fieras más crueles úna que se parezca á vosotros, y no la hallaréis. Tódas agradecen el beneficio; pero vosotros, con una alma racional, no sólo le desconoceis, sino que le negais. Por esto se dice: *No hay fiera más fiera que el que ingrato sea.*

Hay algúnos que agradecen en secreto; pero és-

tos no dan muestras de agradecidos, aunque lo sean. *Hable el que recibe, y calle el que da.* Si estos frenos se cambian, el que hizo el beneficio y el que le recibió proceden defectuosamente, guardando la debida proporcion. El bienhechor se desluce, quita su mérito al favor, y la gratitud al que la debe tener, si le publica; y éste se hace un ingrato si le calla. Y sin embargo de que aconseja un refran: *Haz bien, y no cates á quién*, ótro dice: *Haz bien, y guárdate;* y *Quien en ruin lugar planta viña, á cuestas saca la vendimia.*

(182.)

Tántalo de sed muere
cerca del agua;
tú, con tanta riqueza,
de hambre te acabas.
¡Ah, miserable!
esos bienes que guardas
serán tus males.

(182.) Lo peor es que serán sus males eternos; porque quien tiene todo su corazon puesto en su tesoro, ¿cómo ha de ponerle en Dios? Al Rico Avariento le servía el infeliz Lázaro de estorbo á su vista, porque pensaba que con la suya, y recogiendo las migajas que caían de su mesa, había de arrancarle el corazon, que era su hacienda. El avariento, ni conoce ni sabe lo que es caridad. Sólo es liberal cuando hace testamento. Pero ¡con qué dolor se separa de lo que juntó su codicia! Si le tuviera tan grande de haber ofendido á Dios, haría una contricion perfecta. Ningúno encuentra razones más oportunas, aunque falsas, para negarse á hacer bien, que el avaro. Ignora

que *Los piés del hortelano no echan á perder la tierra, ni el sastre ensucia la tela;* es decir, que *Las obras de caridad, en vez de disminuirle, adelantan el caudal,* porque *Dios da ciento por úno.* Pero nada sirve para vosotros, monstruos de la ambicion, cuyos corrompidos corazones tienen su único embeleso en el sórdido interes. Vosotros que sois la ignominia de la naturaleza y de los hombres; que sólo pensais en adquirir oro por medios tan detestables, que la horrorizan; en encerrarle en el seno que le produjo, porque pensais que si percibe la luz del dia se ha de derretir y aniquilar con ella: dad libertad á esos presos inocentes; olvidad por un momento vuestra insaciable avaricia; sacad de los tenebrosos encierros en que ella los deposita, los talegos que va apolillando el tiempo por obedecer á vuestra crueldad, y repartid una parte de ellos entre vuestros infelices semejantes, entre vuestros hermanos, por más que á corto espacio os conduzca á la desesperacion el dolor de haberlo hecho. Vosotros solos podíais aliviar en mucha parte las aflicciones de la patria. Vosotros, que sois la polilla del Estado, deberíais ser su único remedio. Hacedlo así; consigan mis palabras este triunfo, y excederá á los mayores de los más famosos conquistadores. Logre mi persuasion convenceros y reduciros á este tan honrado, tan justo y piadoso ejercicio, asegurados de que con él lograréis el epíteto glorioso de caritativos, y yo la fama de hacer portentosos milagros.

(**183**.)

Tus obras con espacio
trazarlas debes;

y en cosas que no entiendas
jamás te mezcles.
Estos dos puntos
pueden lograr que tengan
paso seguro.

(183.) El que escriba para el público debe proponerse, entre ótras, dos cosas principalmente: úna, entender bien el argumento ó argumentos que ha de tratar en sus obras, porque sin esta circunstancia no puede hablar con toda propiedad de ellos; y no ha de sembrar las márgenes de citas, que enfadan más que ilustran, lo que está reputado por los sabios por una vana ostentacion y por un deseo de pasar por literato, á lo que dan el nombre de pedantería; y ótra, meditar con mucho pulso, espacio y reflexion, no sólo el plan de la obra, sino todas sus oraciones, cláusulas y períodos, para que salgan sin aquellos vicios que la prisa y ninguna lima ocasionan. Estos mismos objetos propone lacónicamente la seguidilla; porque de los errores que despues note el crítico juicioso, no es disculpa el decir que se ideó, dispuso y concluyó con aceleracion, porque en manos del autor estuvo haber tardado tres años en cada línea.

Lo cierto es, que obras hechas repentinamente rara vez merecen general aplauso, aunque sean producidas por un ingenio sublime. Lo que ejecuta la prisa, desaprueba la prudencia; y lo que obra una reflexion detenida y pausada, lleva á la razon por compañera. La prisa, particularmente en las cosas grandes, es noche de mucha sombra; y la consideracion espaciosa, dia de mucha luz. En una palabra, *Poco á poco hilaba la vieja el copo. El que de prisa vive, de prisa muere. Mi tia Luisa todo lo hace*

bien, y nada de prisa. Pián, pián, las hormigas á Roma van.

Si cae poco á poco el agua,
fertiliza los terrenos;
mas si es tempestuosamente,
es inundacion, nó riego.

(183.)

Temor da al poderoso
su caudal mismo;
y al pobre, su miseria
le trae tranquilo.
Tódos celebran
al rico; mas del pobre
nadie se acuerda.

(184.) *Riquezas con sobresaltos, miserias las llamo, Mal haya el caudal que da continuo afan.* El rico que sólo piensa en su oro, ¡con cuántos cuidados y zozobras vive! Tiene en él su corazon, y cree que tódos aspiran á robársele. ¡Oh cruel ambicion, á cuántos conduces al abismo! *Al dinero, al loco y al aire, darle calle.* Gocen tódos lo que pródiga cria la naturaleza. Aprendan del pobre los podérosos avaros á tener tranquilidad. Nada teme que le quiten; nada cree le envidien, y en nada piensa más que en adquirir un pedazo de pan, comerle con toda satisfaccion, y dormir con el mayor descanso. Es verdad que el que muere con oro, muere con ostentacion; pero con más fatigas que el pobre, porque el sentimiento de dejarle es entónces lo que más llega á afligirle; y *Ni la cama de oro alivia al enfermo, ni la buena fortuna hace sabio al necio.*

(185.)

Tengo que darte gracias,
¡Oh Manzanares!
pues tu corta corriente
llevó mis males;
y en tus orillas
encontré los consuelos
de mis fatigas.

(185.) Así como otros rios son celebrados por la abundancia de sus aguas, lo es Manzanares por la pobreza de las suyas. El célebre poeta cordobes don Luis de Góngora, hablando de él, dijo que *Un borrico le orinó en invierno, y ótro se le bebió en verano.*

El arcano que encierra esta seguidilla y su estribillo es muy difícil adivinar. Lo cierto es que *Cuando el rio suena, agua lleva;* y no hay que decir que *Más es el ruido que las nueces*, porque *Confesion de parte releva de prueba.* Cuando el que habla en ella le da gracias, algúnas halló en sus márgenes. Buen provecho le haga. Por esto se dijo que *Al que se muda Dios le ayuda. Ningúno es profeta en su patria.* Y *Al cabo de los años mil van las aguas por do solían ir.*

(186.)

Tente constante, Astrea,
que tu balanza,
si no está en equilibrio,
nos descalabra.

Haz, por lo ménos,
que altos y bajos hallen
igual tu peso.

(186.) En la seguidilla 31 se habló largamente de Astrea, de la justificacion de su peso, y de lo que en él admite ó reprueba. Decir ésta que *se tenga constante*, es suponerla tan débil, que pueda caer; y esto es agraviarla, ó no conocerla.

Astrea es la diosa de la Justicia; está bajo del cielo para habitar entre los mortales; tiene puesta toda su autoridad en manos de las legítimas potestades y jueces que la ejercitan con exactitud y equidad: luego, dudar de la pureza con que procede por aquellas manos, es un crímen. Puede haber jueces que, dejándose arrastrar de desordenadas pasiones, olviden su deber y corrompan su alto ministerio; pero si se descubren, con el castigo se corrigen, y ótros escarmientan. Ni tampoco distingue, cuando es administrada por la rectitud, *los altos de los bajos;* esto es, *los humildes de los poderosos*, porque á tódos mide igualmente, sin prescindir de lo que las leyes prescriben, por más que se atraviesen empeños, respetos ó intereses. Por esto se dijo: *El buen juez no se vence ninguna vez; ni te valdrá el escribano si tódo pasa por su mano. El dinero tódo lo vence; pero con el buen juez nada puede.* Sobre tódo:

Los rayos de la justicia
tienen tan bella influencia,
que protegen la inocencia
y castigan la malicia.

(187.)

Tiene Amor por oficio
estar herrando,
y es su mayor acierto
dar en el callo;
pues la herradura,
como es hecha de *yerro*,
no la ve nunca.

(187.) No sé qué conexion tengan los yerros del Amor con el ejercicio de albéitar. Si el herrador calza con hierros á los brutos, el Amor esclaviza con ótros peores á los hombres. Las herraduras sirven á las bestias para afirmarse; pero los yerros del Amor entorpecen al hombre de piés, manos y entendimiento, y más présto le hacen caer, que andar derecho, porque sólo tienen expeditos aquéllos y éstas para conducirse al precipicio, áun acabando de salir de un riesgo.

Lo que no puede negarse es, que aquellas mujeres reputadas por grandes profesoras del *Arte de amar*, dan más golpes en el *callo* que en la *herradura*, luégo que huelen que ésta es de hierro; porque este metal le conocen por la nariz, reservando la vista y el tacto para el oro y la plata. Como están graduadas en la universidad de Cupido, observan escrupulosamente los cánones que en ellas las enseñaron, y que con tanta aplicacion aprendieron. En la principal puerta de aquélla se halla esta advertencia:

No se lee en estas escuelas
doctrina de nominales;
toda es doctrina de *reales*.

Sobre la de la Escuela de primeras letras, dice:

Aquí, de todas las letras
que contiene el A. B. C.,
sólo se enseña la *D.*

En la puerta de la Gramática hay este terceto:

Si quieres conjugar bien,
para hacerlo, trocarás
Amo, *amas*, en *Do*, *das.*

Sobre la del general de Retórica hay dos figuras de medio cuerpo, úna de plata y ótra de oro. A los que preguntan que quiénes son sus prototipos, se les responde que los dos mayores retóricos y oradores que admiró le antigüedad: *Marco Tulio Ciceron,* de los latinos; y *Demóstenes*, de los griegos. Sobre la del primero, que es de plata, están escritas estas palabras: *A nomine et argento disces;* y sobre la del segundo, que es de oro, se lee: *Dimidium nominis Rethorica non indiget.* A los que preguntan la significacion de estos rótulos enigmáticos, se les satisface por la catedrática así:

«Ya sabeis, amados oyentes mios, que un *marco* »*de plata* es cierto peso de este metal sonoro y encan»tador. Decir Marco Tulio: *Es mi nombre, y de la* »*plata puedes aprender Retórica,*—que esto expresan »aquellas palabras latinas,—es decir: *Mi nombre es* »*Marco*, y la materia de que estoy hecho, *plata;* pues »con un *marco de este metal* puedes aprender más Re»tórica que la que pueden enseñarte todas mis ora»ciones y obras, porque en estas escuelas, y en el »tiempo presente, un *marco de plata* en nuestra esti»macion debe pasar por el mayor retórico del mundo.

»Por lo que hace á *Demóstenes*, traducida á nues-

»tro castellano su empresa latina, dice: *La mitad de* »*mi nombre no tiene necesidad de Retórica.* La mitad »del nombre de *Demóstenes* es *Démos;* pues el que »dice *Démos*, y lo acredita dándonos, no necesita en »nuestra escuela de más primores retóricos, perífra- »sis, tropos, figuras ni locuciones, pues sólo con un »*Démos oro*,—de cuyo amabilísimo metal está hecho »aquel retrato,—persuadirá más que su original per- »suadió con toda su elocuencia.

»En fin, la Retórica que os debo enseñar y vos- »otros aprender, para ejercitarla con todo el corazon, »se reduce á lo que explica esta

»OCTAVA.

»A *Dióme-des* leerás con eficacia
»imitando á *Dá-nae*, que, en lluvia de oro
»por lograr su belleza, amor y gracia,
»Júpiter la ofreció el mayor tesoro.
»Si amais á un currutaco, la desgracia
»de *Le-da* os seguirá, que sin decoro
»un cisne la dejó. Al que diere bien,
»agarradle sin muestra de *des-dén*.»

(**188**.)

Todo es Amor finezas,
todo es delicias,
pero el fin de lograrlas
es el sentirlas;
pues sus deleites,
al que más los disfruta,
más prónto pierden.

(188.) Las delicias, las satisfacciones y los gustos

que ofrece un amor ilegítimo, y por lo mismo delincuente, ofrecen al que los disfruta otros tantos crueles sentimientos cuando la razon le ilumina. Entónces reconoce que sólo eran aparentes y engañosas las complacencias, y que, como recibidas por la torpeza, habían oscurecido y abismado su espíritu. Así lo manifestó un poeta en estos versos:

En el jardin de Amor sólo hay primores,
tódo es delicia, tódo encanto. Apénas
se entra en él, se percibe
el delicado aroma de sus flores,
y se inflaman las venas
de bálsamo precioso; allí se vive
sin cuidados; los gustos se renuevan;
mas luégo que se prueban
desaparece toda su hermosura,
y sólo hallan los ojos
horror, humo y basura.
Las flores se convierten en abrojos;
en fetidez, su bálsamo; en tormento,
el que ántes fué contento;
y es la vil complacencia
el mayor torcedor de la conciencia.
A esta terrible pena no hay disculpa,
aflige con tremendo parasismo,
y al salir de este abismo
conociendo la culpa,
la llora el corazon y se arrepiente.
Pide al Omnipotente
que esta mancha le lave
por que en su gracia acabe:
y para conseguir tanta clemencia,
al puerto llega de la penitencia.

Sin embargo de que siempre llegarémos á tiempo á este misericordioso y seguro puerto, si lo hacemos

con las circunstancias y requisitos necesarios, ¿quién podrá asegurarnos que le tendrémos para ello? No hay instante seguro en nuestra vida. El que piense que cada úno es el último de la suya, vive bien y no morirá mal. Nuestros refranes dicen: *Quien mal anda, mal acaba. El que más piensa vivir, más présto suele morir. La muerte es tan cierta como la vida incierta. A la vejez y á la juventud espera el ataud.*

Ponderen cuanto quieran los que frecuentemente se alimentan con el fruto nocivo de los jardines de Amor, las satisfacciones que hallaron en ellos; pero declaren igualmente las amarguras que les produjeron y las pesadumbres que les costaron, y se verá que en el peso de la razon carga más esta balanza que la ótra. Nadie puede decir con verdad, que no ha sacado más sentimientos que gustos en los que le haya proporcionado el mundo. Por lo mismo se dieron á los que están entregados á ellos, los verdaderos avisos que ofrecen estos versos:

Los gustos que ofrece el mundo
son al principio hechiceros;
pero aquél que los disfruta
halla el desengaño luégo.
Donde vió satisfacciones
sólo encuentra sentimientos;
donde caricias, traiciones;
y donde halagos, desprecios.
Agobiada la conciencia
con el gravísimo peso
de las culpas, atormenta
con fuertes remordimientos.
Así como el delirante
en nada encuentra sosiego,
así el que vivió en el vicio
y sale de él, está inquieto;

hasta que al fin, avisado
con desengaños y riesgos
vuelve á encontrar en la gracia
que perdió, tranquilo puerto.

(189.)

Talento necesitas,
Fabio, si quieres
que la mujer y cuerdas
acordes suenen.
Flojas, disuenan;
y saltan múchas cuando
más las aprietan.

(189.) Fuerte argumento proponen esta seguidilla y su estribillo. Es precioso el símil de la mujer con las cuerdas de la guitarra; pero parece que no hay talento suficiente en el hombre para templar el de su consorte si ésta es de aquéllas que admitirán ántes arreglarse á la temeridad y á la desesperacion, que al consejo y buen ejemplo. Jamás logrará con ésta el esposo que en su trato no disuene ni deje de ser horrísono su tono. Puede lograrse la concordancia con poco trabajo habiendo ménos diferencia en los genios y en el modo de pensar de los dos; pero no es esto lo que se propone, sino una notable oposicion en ambos.

En este caso, si á la mujer la deja salir el marido con cuanto quieran sus caprichos, es imprudencia; y si la sujeta, castigo. De lo primero puede resultar perderla; y de lo segundo, irritarla. Aquello, la daría libertad para tódo; y con esto, era muy fácil que ella lo fuese, porque tendría la opresion por agravio, y no hay fiera que solicite con más vehemencia la

venganza, que la mujer que se contempla ofendida, en sentir de Juvenal. Pues, ¿qué medio podrá ser oportuno para conciliar estos extremos tan encontrados, como que flojas no hacen concordancia, y muy tirantes saltan? Ningúno, en mi concepto. ¿Qué talento puede sujetar á la razon á quien nunca la quiso conocer, por más que con ella se le quiso persuadir? Una mujer díscola, soberbia, temeraria, lo único que debe y puede hacerse con ella es lo que aconseja este refran: *A mujer temeraria, ó dejarla ó matarla.* Dejarla, es peligro: es un remedio cuasi peor que la enfermedad; y matarla, es crímen. Pues más vale exponerse á un riesgo, que cometer un homicidio.

El talento de Sócrates fué asombroso; pero no logró con él corregir el genio luciferino de su esposa Jantipa. Ella fué más bien su verdugo, que su consorte; más cruel enemiga que Anito y Melito, que le redujeron á morir envenenado; y preguntándole un dia Alcibíades cómo podía tolerarla, respondió el filósofo que «sufriéndola ejercitaba de manera su pa»ciencia, que se le hacían suaves las mayores perse»cuciones de sus enemigos.» ¿Y de qué arbitrios no usaría un hombre tan grande como Sócrates para templar á la que, no sirviendo para *cuerda*, era tan famosa *guitarra*? Pues lo cierto es que no le halló, y que aconsejándole que el castigo hacía prodigios, respondió: «*Reniego del árbol que ha de dar el fruto á palos.*» Él vivió muriendo con ella el tiempo que ella vivió con él. «Sólo trae una cosa buena mi muer»te (dijo pocos momentos ántes de experimentarla); y »es: que me libra de Jantipa.» ¡Infeliz hombre aquél á quien su desgracia le une á mujer tan incorregible como ésta! Ni el talento, ni el rigor, ni la suavidad podrán jamás reducirla ni obligarla, porque *Genio y*

figura, hasta la sepultura. Lo que la naturaleza da nadie lo borrará. Imitando á Job en la paciencia, hará que no se pierda el mérito que contrae un marido aguantando á la imprudente esposa; y á ésta tal vez el mismo rubor que le cause tan recomendable tolerancia la hará reconocer la razon, y ponerse en el camino que ella enseña.

(**190.**)

Te adoro, Atandra hermosa.
y este amor raro,
si el corazon lo siente
lo ignora el labio.
Cuando seas mia,
haré público el premio
de mis fatigas.

(190.) Es mucha fineza en un amante tener oculta la llama de su casto amor hasta que Himeneo la descubra con las de sus teas, y la corone con la posesion; y es muy raro el que observa un silencio tan recomendable, no sólo en las pretensiones de un amor honesto, sino en las impuras y obscenas. Algúnos no se satisfacen con hacer públicas sus debilidades, con reprensible escándalo de los que las oyen, sino que se alaban de lo que no hicieron. ¡Cuántas estimaciones bien sentadas quedaron por estos viles detractores perdidas! Esto no puede oirse sin horrorizarse. Deberían semejantes monstruos ser apartados de la sociedad, y hacerlos vivir entre fieras para que éstas aprendiesen de ellos inhumanidad y fiereza.

En el estribillo asegura este honrado amante que,

luégo que consiga unirse á la que ama, concluirá su silencio y saldrá de su pecho el incomparable amor que la tiene, como un torrente que declare al mundo sus legítimas felicidades. Así proceden los que aman y tributan respetos al honor, y así lo hizo ótro tan generoso como el amante que nos pinta esta seguidilla, segun lo declaran los siguientes

SONETOS.

I.

Ya todos mis pesares fenecieron,
mis suspiros, mis llantos se acabaron,
pues en mi amada Irene se cambiaron
en delicias, las que crüeldades fueron.
Su aversion, sus rigores se extinguieron,
y el lugar déstos, dichas le ocuparon;
se acabó su desden, resucitaron
mis esperanzas, posesion se hicieron.
Ayer tarde, ayer tarde, ¡feliz dia!
en el canapé estaba reclinada;
entré y la dije, lleno de alegría:
«¿Cuándo llegará la hora, Irene amada,
»en que pueda llamarte esposa mia?»
—«¿Cuándo? me respondió: ya está llegada.»

II.

Levantóse, estrechóme entre sus brazos,
y continuó diciendo: «Yo he probado
»tu fino amor, habiéndote mostrado
»para tus dichas tantos embarazos.
»Ya están vencidos; ya en estos abrazos
»te juro que serás mi dueño amado.
»Ven, Celio mio, siéntate á mi lado;
»la muerte sola romperá estos lazos.»

Absorto yo de lo que me pasaba,
y embelesado con lo que la oía,
dudé si era verdad, ó si soñaba.
Para salir de duda tan impía,
el párroco, que cerca de allí estaba,
nos desposó, y la dije: «Ya eres mia.»

(191.)

Tú apuestas á rendirme,
Fabio, y no adviertes
que si perdieses, gano;
si ganas, pierdes;
que las finezas
pérdidas serán siempre
si son por fuerza.

(191.) A este Fabio le caracteriza de simple su pretension. Quería reducir á la que habla en esta seguidilla á que fuese su esposa, apostando con la misma, que había de conseguirlo, por más que ella acreditaba repugnarlo. Sin duda le aborrecía, pues asegura que *aunque él ganase perdería más que si realmente perdiese.* Esta proposicion precisamente se funda en que cuando el lazo del matrimonio se hace con total oposicion de la mujer, es una pérdida irreparable y eterna para el hombre. Las que provienen de inesperados acontecimientos pueden con el tiempo remediarse; pero aquélla, con el tiempo y el continuo trato se hace más sensible y gravosa. Por esto dice el estribillo que, *áun en la posesion de las finezas, es infeliz y perdido el que las logra por la fuerza.*

La violencia jamás produjo buenos efectos, y mucho ménos en los vínculos de Himeneo. En los que

los forman debe brillar el amor. Si éste falta en alguno de los contrayentes, cuando camina al altar para asegurarle, quisiera más bien ir al sepulcro para así deshacerle. Como la voluntad no gobierna sus pasos, sino la fuerza, desaparece de él la alegría, y ocupa su lugar la desesperacion. ¡Desdichados matrimonios los que forma una autoridad indiscreta sin ninguna voluntad de los que los contraen! Y ¡mucho más infelices los que se hacen obedecer en ellos, por más que reconozcan la oposicion de los que violentan!

Así como en esta seguidilla es hecha la apuesta por un hombre de rendir á una mujer, es célebre en la historia la que hizo una mujer por rendir á un hombre. Era Frine la más hermosa y rica cortesana de Grecia. Ya se ha hablado de ella algunas veces en esta obra. Apostó, pues, que seduciría al filósofo Jenócrates, cuya castidad le hacía tan respetable como su ciencia. El dominio que había adquirido sobre sus pasiones le caracterizaban de insensible á los impulsos de cualquiera de ellas. Frine se lisonjeaba de que no se escaparía de sus lazos; y con efecto, las veces que la visitó el filósofo, llamado de ella, aumentaba por grados sus alicientes y hechizos para hacerle víctima de su vanidad; pero llegando éstos al último extremo, y reconocido el fin por Jenócrates, sólo con mostrar más la austeridad en su semblante, y una como sombra de reprension en sus palabras, hizo temblar á Frine y darse por vencida. Los que habían hecho la apuesta se la pidieron en tono de burlas, y ella respondió: «Yo no he perdido, porque aposté que »rendiría á un hombre, y me habeis presentado una »estatua de mármol.»

(192.)

Tu muerte, Laura mia,
muy poco siento,
cuando me tiene vivo
lo que padezco.
Es infinito;
pero nó lo bastante,
pues estoy vivo.

(192.) Es cuanto puede exagerarse lo que esta seguidilla y su estribillo dicen. Siendo infinito el sentimiento que destrozaba el corazon de este amante, por la muerte de su amada Laura (sería su esposa), le parecía que era poco sentir, pues le permitía respirar. Él quisiera sin duda que la muerte le hubiese acabado para no sobrevivir á su dulce dueño. A este mismo asunto se hicieron las siguientes

ENDECHAS.

Sangre arrojen mis ojos
por lágrimas ardientes;
y en mortales enojos
con tormentos vehementes,
traspase el pecho mio
dolor horrible, atroz, cruel é impío.
Murió Belisa, aquella
luz de mis ojos pura;
la refulgente estrella
de mi alma, hermosura
que idolatró mi pecho
ciego, amante, rendido y satisfecho.
¡Ay, Belisa querida!
No siento, nó, tu muerte,
pues no pierdo la vida.

Yo no supe quererte;
pues con tanto motivo,
aunque siento, ¿qué siento, si estoy vivo?
¡Ay, adorado dueño,
porcion del alma mia!
Moriste, y sólo el sueño,
para darme alegría,
te da ser y sentido.
¡Oh, quién pudiera estar siempre dormido!
Pero.... ¡Ah, cruel tormento!
En ti siempre pensando
doy gemidos al viento,
tu imágen adorando.
Te busco, llamo y veo;
voy á abrazarte, y aire es mi deseo.
Pero ya confundido,
ciego y desesperado,
sin tu vista aturdido,
sin tu luz asombrado,
para tranquilizarme sólo espero
ver el fin de mi vida.... mas.... ya.... mue.... ro....

U.

(**193**.) Unida con la dicha
va la desgracia;
si aquélla se desvía,
ésta la alcanza.
Donde éntre aquélla,
á muy cortos instantes
entrará ésta.

(193.) La supersticiosa gentilidad, en un mismo templo y sobre una propia ara daba cultos á Ange-

rona y Volupia, diosa aquélla de la tristeza, y ésta de la alegría, creyendo que debían estar juntas las que no podían estar mucho tiempo separadas, porque los que hoy son consuelos, mañana son martirios; los bienes se cambian en males; las glorias, en penas; y las triunfantes palmas, en funestos cipreses. Vuelan las dichas á buscar las desgracias, así como el sol, desde donde nace hasta donde fenece, sale lleno de luces y acaba cubierto de sombras. En breve tiempo ilumina su alma y enluta su sepulcro. ¡Qué brillante se presenta en su oriente! Pero, ¡qué présto advierte fúnebre su ocaso! ¡Ah, qué recuerdos morales nos hace esta seguidilla y su estribillo! Si, conforme lo acredita la experiencia, quisiéramos conocer de las felicidades la inconstancia, ¿quién las solicitaría? Ellas son la sentencia de las aflicciones, porque aquélla se impone poco ántes de sufrir el castigo dispuesto por la ley.

¿Qué dichas, qué felicidades no rodearon á Lucio Metelo y á Escipion? Nada desearon que no consiguieron. Cuantos honores pudo dar Roma, y cuantos triunfos facilitar Marte, alcanzaron. Pero todas estas glorias pararon en tragedia. Lucio perdió los ojos para que, ya que la padeciese, no mirase su desgracia; y á Escipion dieron muerte sus émulos en su propio lecho.

Polícrates, tirano de los samios, tuvo la fortuna sujeta á su arbitrio. Ningun mortal se lisonjeará de ser tan feliz. Pero, ¡ah, qué présto alcanzó á la dicha la desgracia! Le vence Oróntes, prefecto de Darío, le aprisiona cruelmente, y con más crueldad le quitó la vida. Por esto decía Séneca: «Ningúno me »parece más infeliz que el que siempre fué dichoso, »porque éste no pudo hacer experiencia de sí, ha-

»biéndole sucedido todas las cosas segun llegó á ape-»tecerlas; y múchas, ántes de desearlas.» Lo que importa es, sacar tanta utilidad de las dichas como de las desgracias; pues es tan fácil en únas y en ótras ejercitar la virtud, que es la felicidad verdadera.

(194.)

Un pobre da á otro pobre
pan y consuelo;
piden á un rico, y niega
esto y aquello.
Sólo es liberal
para dar nuevos brillos
á su vanidad.

(194.) Aquél que puede y no socorre al que le pide. no conoce los dulces efectos que ofrece la caridad al que la ejercita. Él buscaría ocasiones para ejercerla, si hubiera llegado á sentirla. «No hay cosa más de-»leitable ni que produzca una sensacion más útil y »lisonjera (decía Séneca) que el hacer bien.» ¡Admirable emperador aquél que, en medio de la gentilidad, no tenía por dia útil el que se le pasaba sin hacer una buena obra! Cada noche se tomaba residencia de sus operaciones; y si hallaba que no había hecho alguna accion caritativa, decía con gran sentimiento: *¡Perdímos este dia!* ¡Cuántos pudieran decir lo mismo, respecto de lo que tienen, y no lo dirán jamás, respecto de lo que desean tener! Esto consiste en que están heladas sus almas, por no haber sentido nunca en ellas el dulce fuego de la caridad.

(195.)

Un sabio dijo á un rico:
«Todo tu caudal
»no hará sepa tu nombre
»la posteridad;
»y en mis escritos,
»cuanto el tiempo durare,
»vivirá el mio.»

(195.) Los nombres de los poderosos no duran más que lo que ellos viven; los de los sabios y de los héroes, apuestan duracion con el tiempo. ¿Cuándo se borrarán de la memoria de los mortales Plauto y Terencio, Sócrates y Platon, Aristóteles y Demóstenes, Homero y Virgilio, Horacio y Ovidio? ¿Cuándo no se tendrán presentes los de César y Pompeyo? Y entre las heroínas, ¿cuándo faltarán los nombres de Semíramis y Cleopatra? ¡Con qué satisfaccion decimos: «Estoy con Ciceron, quiero ver á Tácito,» lo mismo que si estuvieran presentes!

Sin embargo de que esto es tan cierto, no debemos omitir la jocosa distincion que hizo un loco de la sabiduría y la riqueza. Preguntáronle que quién le parecía más sabio en el lugar; y respondió: «El tio Zampa.» (Con este mote parece era más conocido que con su propio nombre.) Reconviniéronle que, no sabiendo leer, ¿cómo había de ser sabio? Y contestó así: «La mayor sabiduría es juntar dinero. El tio Zampa »le ha sabido adquirir de modo, que su caudal llega á »millones; es el más rico de la comarca: luego es el

»más sabio. En prueba de esto óiganme un ratito. »Las ciencias se aprenden con una buena aplicacion »y disposicion en el sujeto. ¿Y qué aplicacion y dis»posicion se conocen para adquirir el oro? Ningúnas. »Tódos quieren agarrarle, pero pócos consiguen co»gerle. Yo creo que los más que estudian mucho, »nada estudiáran si tuvieran mucha plata; y el que »más estudia es sólo para coger su fruto á su tiempo, »que es el dinero. Lo cierto es, que es más difícil ha»cerse rico que hacerse sabio: luego ha hecho más el »tio Zampa en haber logrado aquello, que lo que ha»bría hecho en conseguir esto. ¿Dónde hay ciencia »mayor que la de juntar riquezas? Ésta la posee el tio »Zampa. Posee lo que no poseyó ningun sabio, aun»que lo buscaron tántos; posee, digo, la piedra filo»sofal, y es el mayor filósofo del mundo. Yo veo que »los sabios pisan con frecuencia los palacios de los »poderosos; pero no veo á éstos visitar las casas de »los sabios: luego *Algo tiene el agua cuando la bendi»cen. Yo quiero tener plata, mas que no sepa nada;* »y no quiero que digan: *Don Juan mucho sabe, pero »se muere de hambre. No hay saber como tener. Los »libros ¡cuánto enseñan! pero el oro ¡cuánto alegra!*»

V.

(**196.**) Vana esperanza mia,
¿quién te conduce
á beber al sol mismo
todas sus luces?
Abate el vuelo,
y en Ícaro abrasado
toma escarmiento.

(196.) Pensamientos atrevidos, esperanzas temerarias, y deseos no sólo injustos, irreverentes é imposibles de lograrse, siempre tuvieron trágicos fines, como lo experimentó Ícaro. No siempre favorece á los osados la fortuna, sino rara vez. Hay hombres que, así como tódo lo desean, tódo igualmente lo facilitan; con sólo empezar á solicitarlo, aseguran el conseguirlo. El amor propio los desvanece, y una loca satisfaccion los complace; pero ignoran que *De locos atrevimientos resultan escarmientos;* y que

Poca gloria es pretender
lo que no se ha de alcanzar,
pues la gala del pescar
es, llegar, ver y coger
los pececillos del mar.

(**197.**)

Vivo desesperado,
porque me casé

con un diablo, creyendo
que era una mujer.
No hay quien la sufra,
porque es la quinta esencia
de las tres Furias.

(197.) Uno de los tormentos más crueles que pudieron inventar todos los tiranos, es el de vivir unidos y estrechamente ligados dos genios diametralmente opuestos. Si á esto se sigue que uno de ellos sea luciferino, es tener al ótro colocado continuamente en la tortura más atroz. De esta especie parece que era la buena hembra del que se lamenta en esta seguidilla; y de la misma raza era la de otro marido que, diciéndole para consolarle en el martirio que padecía con su mujer, que en el cielo tendría la recompensa, respondía afligido: «Así será; pero es caso nunca visto que desde el infierno se pase á la gloria.»

A ótro que padecía los mismos tormentos, quiso Dios librarle de ellos, sacando de este mundo á su mujer. Sobre lo cual, y respirando toda aquella complacencia de que era capaz su corazon, viendo que desde aquel dia podía asegurar que vivía, hizo esta

REDONDILLA.

Mi mujer murió, y así
logramos gran bien los dos:
ella se fué á ver á Dios,
y Dios vino á verme á mí.

Ótro, que había sido soldado nueve años, y adquirido en ellos una alma atravesada, volvió á su pueblo, y empezó á enamorar á una mújer rica, que llevaba tres maridos, muertos como mártires de su ben-

dito genio, segun la voz comun. Los parientes del soldado le decían que, si se casaba con ella, viviría y moriría como los ótros. Y él les contestaba con risa, diciendo: «*Dios y vida componen la villa. En los »rostros somos desiguales los hombres, y tambien en »las acciones. No es tan bravo el leon como le pintan. »Ningüno es tan malo, que no le haga bueno el palo.* »De mí dirán: *Un marica ido, y ótro venido.* Pero el »tiempo y yo responderémos que, *Obras son amores, »y nó buenas razones.*»

Con efecto, se casó nuestro soldado; y como *Quien es ruin en Sevilla, lo será en Castilla*, la buena alhaja de su mujer á pocos dias sacó los piés de las alforjas para empezar al soldado la mortaja, el cual se divertía en oirla, y en cuidar un caballejo que había traido de la campaña, y tenía hecho creer á tódos que era el depósito de sus gustos. A las ancas de él llevó un dia á su angelical esposa á ver unos sembrados, y en su cintura el gran sable con el que decía haber muerto lo ménos un millar de enemigos. Llegaron al sitio que se propusieron, puso el rocin en una vereda circuida de verdes trigos, le trabó, y en alta voz le dijo: «Cuidado, que aquí no se come;» y le señaló los trigos. «Y si lo haces, de dos cuchilladas te dividiré las piernas.»

Volvió donde estaba su mujer riendo del precepto impuesto al jaco, y de lo bien que le observaba; pues aún no se había separado de él, cuando empezó á pacer del delicado y verde trigo con el mayor apetito; lo que visto por su amo, desenvaina el tremendo sable, llega al rocin, y le divide las piernas de dos furiosas cuchilladas. Asombróse la mujer con tan trágica catástrofe, y en un momento graduó á su marido de tigre sanguinario y carnívoro respecto de que

si aquello había hecho con un animalejo que amaba tanto, ¿qué no haría con quien nada quisiese? Como si nada hubiese ejecutado, y con semblante tranquilo, llegó á ella; y ésta, medio asustada, le dijo: «¿Qué has hecho, hombre?» Y la contestó con risa: «Nada; yo soy así. En desobedeciéndoseme, cumplo »exactamente la pena que impongo para ser obede»cido.» Vieron sus sembrados, quitó su aparejo al rocin, y dijo á su mujer: «Estos trastos no deben que»dar aquí, ni llevarlos yo; los ataré á tus espaldas, y »no te mortificarán mucho.» «¿Cómo es eso? (excla»mó ella). ¿Aparejarme á mí como si fuera mula de »carga?» «Y si vuelves á replicarme, haré contigo lo que con el caballo, que valía más que tú;» (añadió él en tono levantado, y con semblante feroz). Atemorizada ella, y conociendo que la amenaza sería ejecucion, dobló su cuerpo, hizo espalda, sufrió la silla, y entró aparejada en el lugar; con lo cual quedó tan mansa, que jamás se opuso á lo que su marido determinaba. Usando de éste y otros semejantes ejemplares con prudencia y oportunidad, creemos se amansarían múchas que parece imposible domesticarlas.

(**198.**)

Vivo en el seno horrible
de la pobreza;
los que ayer me adulaban
hoy me desprecian.
¡Fiera desdicha!
¡Ser ayer tódo aplausos,
y hoy ignominias!

(198.) El que fué rico es el que más siente ser po-

bre; y en sucediendo, como sucede siempre, lo que dice la seguidilla, llega el sentimiento á ser casi desesperacion. Porque verse despreciado del que por su mano fué favorecido; encontrar ingratos á los que creía hallar agradecidos, es hasta donde puede llegar el desconsuelo; y áun no sé si diga el furor y la ira, viendo al que recibió tanto bien, proceder tan mal. Es menester toda la paciencia de un Job para disimular con prudencia esta iniquidad. Hemos dicho mucho en esta obra sobre la ingratitud; pero queda más que decir. Nuestro intento en este artículo, por ahora, es sólo descubrir en quién será más grande el sentimiento: ¿en el que fué rico y llegó á pobre? ¿ó en el que no conoció otro estado que el de la miseria? Algúnos comparan á estos dos á otros tantos ciegos, de los cuales úno perdió la vista de alguna edad, y ótro nació sin ella; y los más opinan que el rico que llegó á pobre, y el ciego que perdió la vista, sienten con más motivo que el que siempre fué pobre y el que fué ciego siempre. Por lo que hace á la pobreza creo lo mismo, porque *La costumbre es una segunda naturaleza;* es decir, que el que siempre fué pobre, como connaturalizado á esta situacion, ni conoce ni envidia ótra, y tal vez si más feliz la consiguiera, le dañara. Y sucediendo lo mismo con el que fué rico, extraña, siente y padece todos los rigores de la indigencia, como no enseñado á ella, y como que cambia de aquella naturaleza ó costumbre en cuyo seno estuvo siempre.

Pero no sucede así con el ciego que vió y el que nunca tuvo vista. Iluminando á los dos igualmente la razon y el talento, será sin comparacion mucho más sensible la falta de este sentido al que siempre careció de él, que al que le tuvo mucho tiempo y le per-

dió despues. La razon parece que no deja duda. Apláudase delante de los dos un caballo que pasa casualmente enjaezado con todos los primores del arte, y por un buen jinete dirigido; celébrese despues la radiante hermosura del sol, sus luminosos rayos que dan luz al universo, y su continuo lucir; y píntense despues las perfecciones de una jóven, su aire, desembarazo, compostura y precioso vestido. Estos objetos los representa al que vió, su memoria, como ellos son en sí, y los considera como si los mirára. Un caballo, el sol, una mujer hermosa, yo sé lo que son; me parece que ahora mismo veo cada úno de estos objetos; y *Poco más ó ménos, toda la lana es pelos,* dice el que vió, y queda satisfecho. Pero, ¿cuál será el sentimiento del que no vió nunca, oyendo celebrar lo que ni áun su imaginacion puede representarle como es en sí? ¡Un caballo!... se dirá á sí mismo; bien sé que es un irracional que con nobleza sirve al hombre. Mas ¿cómo será su estructura, su estampa, toda la composicion de su cuerpo para ser tan hermoso como le oigo ponderar? El sol, el padre de las luces, el vivificador de todas las criaturas, incansable en su carrera, ¿cuál será todo el lleno de belleza, de resplandores, rayos y luces de un planeta tan grande, tan maravilloso, diáfano y brillante? ¡Una mujer hermosa!.... ¡Ah, qué encanto será para los ojos del hombre una hermosa mujer! Quizá le arrastrará más que todos los incomparables prodigios del sol. ¡Ya se ve! como que es su semejante; y, segun lo que por mí siento, la más preciosa alhaja para él de cuantas ha producido la sabia naturaleza. ¡Ay, Dios! ¡qué desgracia la mia! No sólo ignoro lo que es un caballo, el sol y una mujer, pero ni áun puedo dar razon del más despreciable insectillo! ¿Para qué me daría

aliento la naturaleza, si me había de arrojar al mundo sin vista? Pero ya que me dejó sin ella para no poder observarla, me dejó conducto por donde verter muchas lágrimas en fuerza de mi sentimiento. No creo pueda padecerle más cruel el hombre.

(**199**.)

Vengarme, Amor, intento
hoy de tus trampas,
para lo cual invoco
las nueve Hermanas.
Tódas me inspiren,
que á este rapaz soberbio
yo le haré humilde.

(199.) Quitar al Amor el poder que se le atribuye, sería dejar al hombre desembarazado de sus pasiones. Ellas son las que le arrastran, obligan y empeñan á seguir el objeto con que cada úna le seduce. Si las pasiones nos faltáran; si todos los mortales, sin ellas y dirigidos únicamente por la virtud, procedieran, tódos seríamos felices. Habría amor; pero siempre sería legítimo y honesto.

El que habla en esta seguidilla, usa de un estilo jocoso para satirizar á Cupido, amenazándole con que humillará la soberbia con que blasona que tiene bajo de su imperio todas las voluntades. Para esto invoca y llama á las Musas, á fin de que le iluminen el estro, y le inspiren versos conceptuosos; de lo que se infiere que con ellos intentaba castigar, abatir y poner en ridídulo al vendado rapacillo.

Estas nueve Hermanas son las dispensadoras del furor poético; las que asisten á los ingenios en sus composiciones para sacarlas con su influencia llenas de perfeccion. Habitan en el délfico Alcázar, y sirven á Febo de camareras. Está á su cuidado guardar á Helicona, cuya fuente arroja, en vez de agua, la celestial ambrosía de sus dioses; y el que tiene la felicidad de probarla, libra á sus obras de viruelas, y él, para vivir muchos años, no necesita de comer más que tres ó cuatro veces al dia. Los nombres de estas discretísimas y diafanísimas señoras del Parnaso, son: Melpómene, Polimnia, Terpsícore, Euterpe, Calíope, Urania, Clio, Erato y Talía. El que tiene la felicidad de invocar con todo el corazon el patrocinio é influjo de aquella musa á la que competa el argumento que se haya propuesto poner en verso, y esta invocacion sea tan fervorosa que llegue y mueva á la deidad, le sucederá infaliblemente, aunque sea un topo, lo que aseguró cierto ingenio en esta

REDONDILLA.

Los poetas más perversos,
si á las Musas claman bien,
y como hambrientos estén,
harán malísimos versos.

Por lo que hace a la palabra *hambrientos*, no tiene otra interpretacion que la de ser natural en todos los poetas estarlo siempre, porque entre ellos y el dinero versa una aversion irreconciliable. Hacen *voto de pobreza;* pero los más *maldicen* lo que han *votado.*

(200.)

Van al reves las cosas
en todo el mundo;
callan los ruiseñores,
cantan los buhos;
y en lo más alto
se aseguran los necios,
callan los sabios.

(200.) Tiene un buen artificio esta seguidilla y su estribillo para ponderar la extravagancia del mundo. Verdaderamente que los que forman los buhos no son cantos, sino pedradas que descalabran á los pobretes que tienen la desgracia de escucharlos. ¿Y no es una lástima que enmudezcan, ó hagan enmudecer á los cisnes y ruiseñores? Lo cierto es, que se ven cosas que nunca se vieron en el mundo antiguo. Nuestros nuevos filósofos han iluminado lo que aquél oscureció. En él, aquellos hombrones de bigote retorcido y las calzas atacadas, tan concienzudos, como cristianazos á prueba de bomba, establecieron máximas de distinto jaez que las que hoy nos ilustran. Ningúno tenía conocimiento de este refran: *Sin dinero ó lisonja nadie logra*, porque sólo el mérito ó la virtud se llevaban *La zorra por la cola*, sin que se pudiese decir que *Aún queda el rabo por desollar*. Tampoco sabían.... ¡Oh! *Era mucho lo que sabian, y nada se les daba*, que *Por dinero baila el perro*, y que *El que más adula hace más fortuna*. No le decían al sabio: *Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta;* sino *Entren los que saben; y los necios, á la calle.*

Pero ¿á qué viene esto? ¿es otra cosa que *Machacar en hierro frio? Tódos son buenos, y mi capa no parece;* y *Cada úno estornuda como Dios le ayuda.* Este Señor *nos dé lo que nos falta, y dinero para la plaza.* Lo mejor es dejar á *Cada loco con su tema,* porque *En cada tierra, su uso; y en cada casa, su costumbre.* Y *Por donde fueres haz como vieres;* sirviéndonos de consuelo que *Dios consiente, y nó para siempre.*

APÉNDICE

DEL COMPILADOR DE «EL REFRANERO.»

En la *Coleccion de las mejores coplas de Seguidillas, Tiranas y Polos que se han compuesto para cantar á la guitarra, por Don Preciso* (1), hállase al final del tomo I una serie de *Coplas que concluyen en juegos de palabras y Refranes castellanos*. Creyendo que mis lectores me agradecerán el que inserte aquí las que atañen á esta última clase, las cuales no pasan de diezinueve, procedo á transcribirlas á continuacion.

Yo sé los pasos que traes;
tu boca á mí me desmiente;
ándate en este camino:
Cántaro que va á la fuente....

Bien sé que vas á funciones:
te aseguro que lo siento,
porque suelen decir múchos
que siempre *A rio revuelto....*

Por querer á otro consorte
te olvidaste de mi amor;
no es urbanidad sublime
Desnudar á un santo por....

---

(1) 2 volúmenes, 12.°, Madrid, Repulles, 1816. *Don Preciso* e seudónimo de *D. N. Zamácola.*

Algun dia querrá Dios
que algúno de sí te arroje,
y te digas á ti misma :
Quien bien tiene y mal escoge....

Porque te quiero, mi gente
está con notable pena ;
y con sobrada razon
me dicen que *Cada oveja....*

Por todas tus propiedades
peligras si no la dejas,
porque todas las mujeres,
dicen que, *Cuanto más viejas....*

Bien sé que otro amante tienes
más propio á tu natural ;
pero tiene un no sé qué....
mas, en fin, *Tal para cual.*

De ser firme y muy constante
me hicistes un juramento ;
pero de ti no me fio,
que dicen : *Quien hizo un cesto....*

Sin que puedas agraviarte
me he de olvidar de tu amor,
para que pueda decir :
La gala del nadador....

Bien sé con quién vas á misa,
y quién tu persona manda,
sin llegar á conocer
que *Quien entre lobos anda....*

Señora, mis tristes quejas
hoy á tu ingratitud llaman:
óyelas con atencion,
que *Cuando los mudos hablan....*

Si entiendes que son ganancias
el tener á múchos ley,
mira que son ignorancias;
pues díme: *¿Adónde irá el buey....?*

Tú quieres que yo te quiera;
yo no quiero, que he mirado
aquel adagio que dice,
niña, que *El gato escaldado....*

De todas mis pretensiones
nada sacaré yo al fin;
y si con nada pagases,
diré al fin que A *gente ruin....*

El que tengo de olvidarte
es lo que á ti te desvela;
no vives muy engañada,
que siempre *Aquél que recela....*

Yo me retiro, señora,
de este tu esquivo desden;
anda por donde quisieres,
que á bien que *Ojos que no ven....*

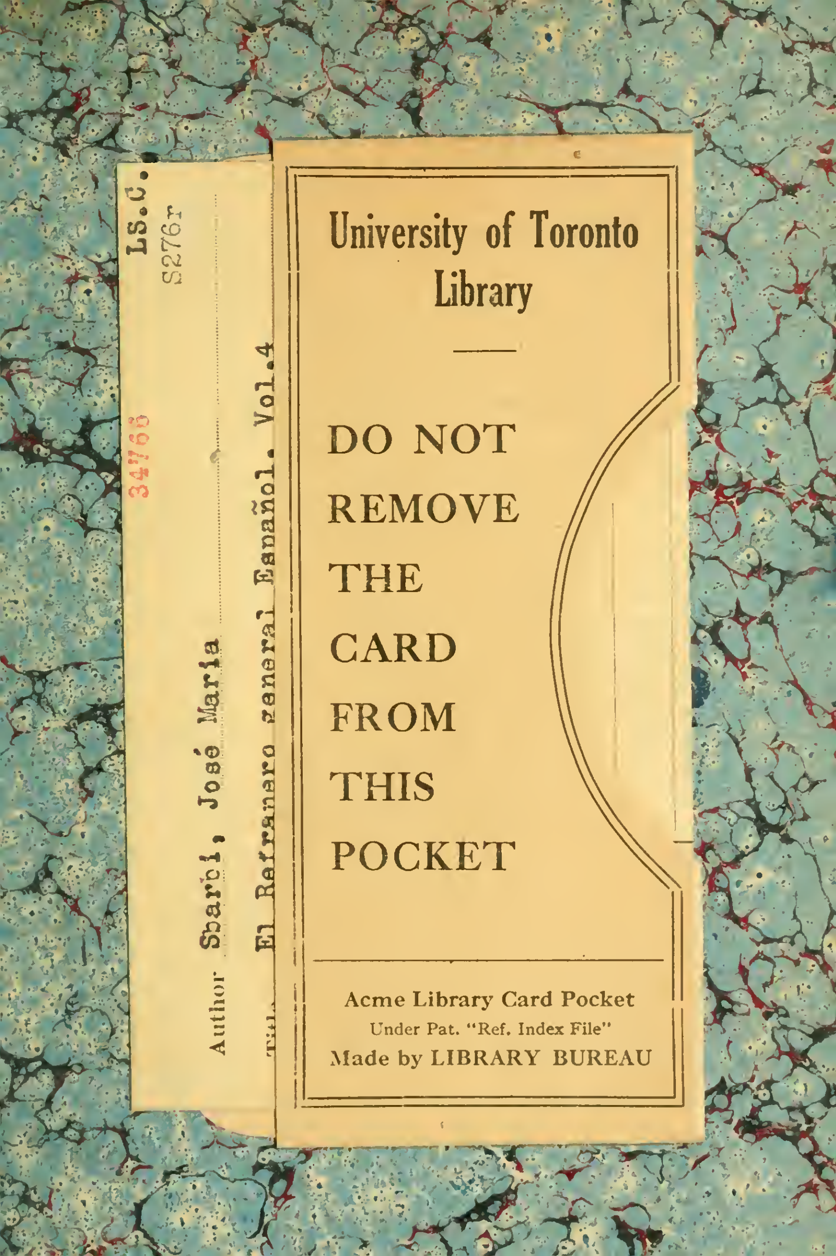
Ahora que fino te adoro
procuras que yo me corra;
yo te juro por quien soy
que *No hace tanto la zorra....*

Por Dios te digo, señora,
que mitigues ese ardor,
y cúmplase aquel adagio
que dice: *Amor con amor....*

Ni tú comes, ni yo cómo;
todo el dia estás rabiando;
y así es que *Haces el oficio*
del perro del hortelano.

FIN.





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.C.
S276r
34766
Author Sbarbi, José María
Title El Refranero general Español. Vol.4

